

Selecta

*No puedo creer
que no me*

quieras

AMOR Y SALSA

NUNILA DE MENDOZA

Selecta

*No
puedo
creer
que no me
quieras*
AMOR Y SALSA

NUNILA DE MENDOZA

Selecta

No puedo creer que no me quieras

Desde el puerto 1

Nunila de Mendoza

megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

A mis amigas, Virna, Marita y Karry

(aunque esos no sean sus verdaderos nombres),

ardón por permitirme contar sus historias.

A mi lindo puerto, mi rico Callao.

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Perú, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe

en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Prólogo

—No puedo creer que no me quiera —musitaba entre sollozos y suspiros.

—Tranquilízate, Vir —dijo Marita con voz de consuelo y acariciando sus cabellos—. ¿Quizás sí...?

—Toma un poco de agua —interrumpió Karry con mucha pena— y, por favor,

cálmate.

—No puedo creer —repitió Vir cerrando sus ojos con fuerza y sonándose la nariz— que no me quiera

El amor solo espera a quien sabe buscar

Algunos años atrás...

—¡Vieja bruja! ¿Viste cómo nos miró? —Marita hablaba susurrando al oído de un rollizo bebé que llevaba en brazos, mientras subía las escaleras hacia

el cuarto de su amiga—. ¡Ah! Que le haces caso. ¿Hemos venido por ella?

Estamos aquí por Vir. Me muero por verla. ¿Te parece romántico casarse solo por civil? —Le arrugó la nariz, y su hijito sonrió, se detuvo delante de la puerta del cuarto y tocó con fuerza—. Nunca imaginé que se casaría con otro que no fuera... —No terminó la frase porque, en ese instante, una hermosa muchacha vestida de blanco abrió la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó, sonriendo, la joven e hizo un movimiento muy gracioso para lucir el vestido.

—¡Ah! —gritó Marita, y el gordito se asustó—. ¡Vir, estás preciosa! No te besamos porque vayamos a despeinarte. ¡Dios mío!, pareces un ángel.

—Gracias, gracias. Lo sé. Pero gracias. Entren. —Vir tomó la mano de su ahijado y le dio un beso—. ¿Por qué no caminas?, así me llevarías la cola. —

Después de una pausa y muchos besos al bebé, preguntó—: ¿Y? ¿Qué sabes de

la gente del barrio? ¿Irán?

—Bueno, Vir —respondió Marita apenada—, la verdad, no todos, les apantalló

un poco el lugar en San Isidro, el hotel y toda la vaina. Pero las chicas de la Promo, casi todas.

—¡Qué bueno! —exclamó Vir—. ¿Y? ¿Viste al novio en la despedida?, ¿te pareció guapo?

—Está guapo, no tanto como... —no terminó la frase porque, aunque no tenía sentido, él bebé le dio un manazo en la cara y no dejó que terminara de decir tamaña estupidez...

—Hablé con Marielena —dijo Virna disimulando el incidente—. Me esperará

en el aeropuerto mañana.

—¿Cómo está la Loca? —Desvió la conversación a un tema más seguro y,

mientras su buena amiga la ayudaba en darle los últimos retoques, le contaba de

su amiga Marielena y lo feliz que estaba de recibirla en EE. UU., sus planes de

continuar sus estudios superiores en esa ciudad y cómo Iván, su novio, se había

encargado de todos los papeleos.

—Viviremos en la misma ciudad de la loca —decía Vir—, nos vamos esta

misma noche, nos quedamos en la fiesta hasta las dos y de ahí directo al aeropuerto. Mira, ahí están mis maletas.

—¿Y tu luna de miel? —preguntó Marita dando suspiros dramáticos tan

comunes en ella

—Será para después —respondió Vir mientras jugaba a comerse la mano de su

ahijado—. Es que Iván tiene que presentarse en la universidad el lunes en la mañana. Así que...

—¿Pero es seguro, Vir? ¿Sí seguirás tu carrera? No vaya a ser que te engañe y

termines de ama de casa, o de camarera en restaurantes gringos...

—Iván se encargará de todos los trámites —la interrumpió Vir, sonriendo por

la preocupación de su amiga—. Es seguro, continuaré mis estudios allá. Como lo

hizo él.

—Van a ser millonarios —dijo con una sonrisa sincera—. Dicen que los dentistas ganan muy bien en los EE. UU. Tu mamá debe de estar feliz.

Como nombrada por un conjuro, en ese mismo instante, apareció la mamá de

Vir. Entró a la habitación muy agitada, nerviosa, y dio una mirada a su hija de pies a cabeza revisando si todo estaba bien, porque, para ella, todo tenía que estar más que bien, todo tenía que ser perfecto.

—Bien, llegó la hora —anunció la señora Olga mientras le acomodaba el tocado a su hija—. Esperamos a tu papá y nos vamos. Ustedes vayan por delante

—agregó levantando la barbilla y dirigiéndose a Marita solo con el rabillo del ojo, quien, entendiendo el mensaje, se despidió con un ligero e inaudible murmullo y desapareció rapidísimo.

—¿Puedes ser un poco más gentil?, es mi amiga —preguntó Vir cuando su amiga salió del cuarto.

—¡Por favor! —dijo la señora mientras miraba el escote del vestido de su hija

—. Súbelo un poco. No me hagas hablar. ¿Cómo pudiste hacer esto? Tu tía Rita

llamó diciendo que todo Abtao está en la puerta de la municipalidad haciendo escándalo y en qué fachas. ¿Qué dirá la familia de Iván? ¿Pensarán que son de

nuestra familia? —La madre hablaba viéndose en el espejo detrás de su hija a la

vez que retocaba su peinado e intentaba subir el escote de Vir.

—Me importa un cuerno lo que piensen —respondió Vir quitándole las manos

de su busto—. Son mis amigos. ¿Cómo no los iba a invitar?

—Tanto que nos costó salir de ese barrio horroroso y tú los metes el día más importante de nuestras vidas. Una cosa era invitar a las amigas del colegio.

¿Pero los otros? ¡Qué horror! ¡Hasta el que vende picarones en la esquina!
¿Qué

pensará la familia de...?

—Mamá... —la interrumpió Vir—. Aunque no lo creas, también es mi matrimonio. Tengo el derecho de invitar a quien yo quiera.

—Todo el sacrificio que hemos hecho por casarte de esta manera, tanto gasto, buscando que todo, hasta el mínimo detalle, fuera lo más caro, lo más elegante.

Los salones, la orquesta, todo. Ya sabes que nos hemos endeudado por casi

dos

años, y tú no lo valoras y te atreves a invitar a esa gente.

—¡Basta, mamá! —exclamó Vir dándose la vuelta para mirarse en el espejo —.

Y te lo repito una vez más. Yo no quería tanta payasada. Te lo dije, algo sencillo entre los más cercanos. A ti es a quien se le ocurrió hacer todo este show: hotel, orquesta, limosina, etc. Todo por impresionar a los padres de Iván.

—¿Y que querías? ¿Que pensarán que eres una pobretona, que tus padres no te

pueden costear un matrimonio decente?

—Entonces no me lo saques en cara a cada rato.

—¡Ah! —gruñó la doña que, cuando estaba molesta, dirigía las baterías al esposo—. ¿Dónde está tu papá? Ese es otro, le he tenido que sacar del saco ese

licor asqueroso con el que quería invitar a la familia de Iván. Ustedes dos nunca

ponen de su parte para que las cosas salgan bien, siempre debo ser yo la que esté pendiente de todo, la que... —En esa parte, Vir ya no la escuchaba, por la ventana de su habitación miraba hacia la calle dando un suspiro de cansancio.

Vir, o, mejor dicho, Virna Zavala Duarte, se casaba ese día con un muchacho

que había sido su novio por dos años. En realidad, seis meses viéndose y un año

y siete meses por correspondencia. Lo conoció cuando ella recién había

ingresado a la Facultad de Odontología de una reconocida universidad limeña. El

muchacho ya había terminado la carrera e iba a la facultad por papeles que necesitaba para convalidar la profesión en los Estados Unidos, donde vivían sus

padres, residentes americanos desde hacía muchos años. En una de esas idas, conoció a Vir y quedó tan enamorado, como si le hubieran hecho un amarre, cosa que, ciertamente, creía la madre de él. Al poco tiempo se hicieron pareja.

Un año después, le propuso matrimonio e hicieron los planes de que ella terminara la carrera allá y vivieran felices para siempre en gringolandia.

Así que el día de la boda había llegado. Una novia muy serena bajó del auto y entró al municipio del brazo de su padre. Su madre, detrás, veía en ese momento

la culminación de su más anhelado sueño: estaba casando a su única hija con el

príncipe azul: profesional, apuesto, rico, de *buena familia*, casi extranjero. Que si ella, después de luchar constantemente, por más de veinte años para poder salir

de un barrio inmundo, su hija a los veinte años se iba casar con alguien que la iba de sacar de ese país inmundo.

En cuanto a los invitados que esperaban la boda, los del lado de ella pensaban que era demasiado buena para él. No solo era que Vir era muy bonita. Aparte de

sus rasgos muy finos y de tener unos ojos pardos preciosos, había en ella una expresión de vivacidad e inteligencia que sacaban chispas y opacaba por

completo al muchacho blanquiñoso, alto y de mirada sosa que la esperaba en la

puerta del municipio. Los del lado del novio, por su parte, pensaban que él era

demasiado para ella. Como decía la madre: «Vivir toda la vida en la mejor zona

de la Molina y conseguirse una muchachita de Jesús María, cuyos padres tienen

un negocio de ópticas de medio pelo. Y que ella tiene que trabajar para pagarse

sus estudios». Eso que la señora no sabía que en Jesús María solo estaban viviendo hacía tres años. Toda la vida y, con mucho orgullo, Vir había vivido en

el populoso y nada residencial barrio de Abtao de la urbanización Colonial, de la

Provincia Constitucional del Callao. Ese barrio de calles estrechas e intrincadas, de casas modestas, donde siempre había bulla, fiesta y, a veces, corría bala, donde había jugado carnavales con barro, pintura y, alguna vez, hasta con sopa.

Donde había recibido su primer beso, arrinconada a una pared de frontón, media

ebria y después de un campeonato de fulbito. Donde había ido a las primeras fiestas de quince años saltándose el muro de su casa, hasta caer en los brazos del enamorado. Donde se había quedado su primer amor...

A pesar de la preocupación de doña Olga, la madre de Vir, no estaban

retrasados. Llegaron todos a tiempo y sin ningún sobresalto. Los invitados

hablaban fuera del local esperando el momento en el que las autoridades dieran

la orden para entrar. El novio miraba a lo lejos a la novia que sonreía muy hermosa, rodeada de sus amigas, pensando en lo afortunado que era y que sería

muy feliz con esa encantadora mujer. Ella le hizo una señal de que entraría a los

salones porque tenía mucho calor y él se quedó parado en la puerta conversando

con algún invitado. Una vez que ella entró al recinto municipal, se le acercó al

novio, muy discretamente, un muchacho con un terno arrugado, sin corbata, y de

un aspecto totalmente descuidado; sobrio, definitivamente, no estaba. El

desconocido lo tomó del hombro y, con amabilidad, le pidió un cigarrillo. Iván

se lo ofreció, también de la misma manera, a ese desconocido, pensando en qué

clase de amigos tenía la pobre Vir y en qué bueno que al día siguiente se iban del país. De repente el joven se apoyó más en el hombro de Iván hasta rodearlo por

completo con su largo brazo y comenzó a hablar muy bajito a su oído, a medida

que empezaban a caminar, primero pasos pequeños, luego pasos más largos, hasta que cinco minutos después estaban casi en la esquina del municipio. El joven del terno arrugado le dio una palmada en el hombro y se alejó

caminando

muy despacio hasta desaparecer en una calle angosta. Después, ante la sorpresa

de todos los invitados que seguían la escena, el novio gritó: «¡Taxi!», se subió y se fue.

—No es posible. —Vir daba vueltas por la habitación del hostel mientras buscaba debajo de la cama, en los veladores, en cada rincón del cuarto. Hasta salió hacia la puerta para verificar si era el mismo cuarto en el que había estado el día anterior con Antonio. «Sí, esta es. Maldito», se dijo así misma mientras se quitaba los zapatos de novia para treparse a la cama y ver en la sucia lámpara colgante, para encontrar lo que estaba buscando. «Nada». De repente, escuchó que

tocaban la puerta.

—Lárguese —gritó Virna fuera de sí al escuchar la voz que se identificó como

el encargado del hostel.

—Abra, señorita —repitió una voz juvenil—. Es urgente.

Cuando Vir abrió la puerta, vio a un jovencito que la miraba muy asustado, pero pronto, de un empujón, lo mandaron hacia delante, en el mismo instante en

que Antonio ponía un pie en el marco para que ella no la cerrara.

—¡Lárgate! —vociferó ella, apoyándose con todo su cuerpo sobre la puerta.

—Abre, Vir —dijo Antonio con voz amenazante.

—Lárgate, hijo de puta.

Antonio, el muchacho del terno arrugado, empujó la puerta con tal fuerza que

hizo que ella rodara por el piso. Entró y luego la cerró rápidamente. Desde el piso, ella lo miraba con cólera y pavor.

—Te dije que no te ibas a casar —habló él con los ojos enmarcados en rojo y señalando con un dedo acusador.

—Eres el más infeliz de los hombres —Vir murmuraba con rabia mientras se levantaba con dificultad—. Maldito, ¿qué le dijiste a Iván?

—¿Tú qué crees? En realidad, fue algo que le enseñé. Siempre fuiste muy descuidada, Vir. Cada vez que íbamos a un hostel, algo dejabas de recuerdo, de

ahí nuestro juego: yo lo dejaba escondido. Después de semanas, regresábamos a

la misma habitación y siempre estaba en el lugar en el que lo habíamos dejado.

—¿Por qué has hecho esto, Antonio? No te entiendo —Virna hablaba presionando las palmas de las manos a los lados de su frente—. ¿Por qué?

—¿Qué creías? —Él la miraba fijamente mientras daba pasos para rodearla—.

¿Que no haría nada?, ¿que te ibas a dar el lujo de casarte de blanco con tu pituquito de mierda? ¿Invitar a toda nuestra gente para que me pasaran el parte

debajo de la nariz y yo me iba a quedar tan tranquilo?

—¿Crees que me iba a casar solo para molestarte? ¿Quién te has creído que eres? ¿Eh? Durante dos años te desapareciste de mi vida...

—¿Dos años? Acuérdate, Vir. Solo ayer dormimos en esa cama.

—No te apareciste en la fiesta de casualidad, sabías que estaría ahí. Lo planeaste.

—Quería hablar contigo. Fuiste tú quien, al verme, se me aventó a los brazos y

terminamos aquí. Supongo que querías tu despedida de soltera conmigo.

Además, yo no me fui de tu vida, tú fuiste quién decidió que era muy poca cosa

para ti.

—¡Eso es mentira!

—¿Ah, sí? ¿Con quién te ibas a casar, Vir? ¿Con el novio que escogió tu mamá? ¿Qué hizo? Publicó un aviso: «Busco el novio perfecto para novia con yaya».

—Eres un miserable. —Vir se le abalanzó para arañarlo. Él la detuvo por los brazos y la arrinconó contra la pared.

—Te lo advertí. Te pedí que no te casaras, te hubieses ahorrado toda esta humillación si me hubieses escuchado, si te hubieses dignado en bajar de tu pedestal de virgencita.

—Eres un... —Vir no podía hablar, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas

y las palabras no salían, estaba tan agotada. Él la soltó con fuerza, luego se sentó en un sillón, se tapó los ojos con las manos y, al destaparlos, se la quedó mirando con una mirada difícil de definir: rabiosa, extraña, ausente. Se levantó de un salto, puso llave a la puerta y se dirigió donde estaba el teléfono para arrancarlo de un tirón. De ahí, se fue al baño a lavarse el rostro. Estaba de boleteo, toda la noche, había estado tomando. Vir se quedó en el centro de la habitación, mirando

totalmente desorientada. Podía gritar, pero no tenía fuerzas. Vio una ventana y se acercó a ella, podía salir por ahí pero...

—Malograrías tu vestido —dijo Antonio, que se había apoyado en el umbral del baño y la miraba, pero ya no estaba serio, sino sonriente—. Estás muy bonita, Vir.

—Gracias —respondió Vir con una sonrisa cínica—. Me alegra que te guste.

—Como siempre. —Antonio se acercó a ella de dos zancadas y la abrazó con fuerza—. Como un angelito. Qué suerte iba a tener el novio. ¿De verdad le dijiste que eras virgen?

—¡Vete a la mierda!

—Vamos, Vir. Se le ve cara de imbécil. Pero de ahí a tragarse que tu no...

—Nunca le dije que era virgen... —lo interrumpió Vir sacudiéndose entre sus

brazos sin éxito—. Lo único que le dije era que quería esperar a estar casados para hacerlo.

—Entonces sigo siendo el único en tu vida.

—No por mucho tiempo. Hoy me tiro al primero que se cruce en mi camino.

—Ah, ¿sí? —Antonio comenzó a besarla en el cuello.

—¿Qué es lo que quieres, mierda? —Lo rechazó con fuerza hasta soltarse del abrazo—. Ya arruinaste mi matrimonio, mi viaje, mi futuro. ¿Algo más?

Antonio tomó su rostro entre las manos e hizo que ella lo mirara directamente a los ojos antes de decirle:

—¿En serio te ibas a casar con alguien que no amas? Te conozco, Vir.

Apuesto

a que ese encuentro de ayer no fue casual, tú también fuiste a ese lugar con la idea de encontrarme y venir aquí. Y dejar aquel recuerdo fue para que yo te rescatara de cometer esta estupidez.

—¡Qué arrogante eres! —respondió Vir, pero sin poder sostenerle la mirada. Y

había empezado a temblar tanto que sintió vergüenza de que él se diera cuenta.

—No tiembles, pequeña. Estás conmigo, y no mientas tampoco.

—Bien. ¿Terminaste? Se fue el novio, me humillaste delante de todos. ¿Ya me

puedo ir?

—No, Virna. Yo te salvé de cometer el más grande error de tu vida.

—Tú eres el gran error de mi vida. Ahora, termina esta payasada y déjame ir.

—Bien, pero primero.... —Antonio la volvió a abrazar con fuerza y comenzó a

besarla. Vir apretó sus labios, lo que hizo que él soltara una carcajada sonora justo en su boca.

—Como cuando éramos niños. —La siguió besando hasta que ella comenzó a temblar con más violencia y sus labios desobedientes se abrieron lentamente.

Hasta que ella no resistió más y empezó a llorar—. No llores, amor. —La había

echado en la cama y estaba encima de ella—. No llores... —le decía mientras acomodaba sus cabellos y besaba tiernamente su frente.

—Es que... —balbuceaba Vir.

—¿Qué pasa, amor?

—Es que pensé... pensé... que nunca más te volvería a ver. Pensé que nunca más...

—Nunca más ibas a sentir esto...

—Pensé que nunca más estaríamos juntos.

—¿Por qué crees que hice todo esto? —dijo Antonio sonriendo—. ¿Creías que

me iba perder tu noche de bodas?

Vir comenzó a reírse, pasó sus brazos alrededor de su cuello y entonces fue ella

la que lo besó a él con emoción, con ternura, con pasión.

Mientras, los familiares, amigos y hasta el mismo Iván, que, arrepentido, regresó por su futura esposa, buscaban a Virna por toda Lima, imaginando que

de la humillación estaría en un puente a punto de saltar, desesperados pensando

solo lo peor. Si en ese momento hubiesen podido apagar todos los sonidos de la

ciudad, la habrían encontrado siguiendo los alaridos apasionados de la mujer que

celebraba su reencuentro con el amor.

Karry recorrió esas calles sintiendo tanto miedo. Nunca había recorrido sitios así, ni sola o acompañada. Cuando su prima le dijo que ahí había visto a su esposo por ese lugar, fue muy grande su sorpresa, era difícil confundir a una persona como él. ¿Qué estaba haciendo el gordo en ese sitio? ¿Había dejado su

lindo y elegante departamento en La Punta por un lugar así? Y, lo más importante, ¿con quién estaba viviendo? Si era lo que ella sospechaba, la razón

por la que su esposo no regresaba a casa y estaba en ese sitio, dónde todo era tierra, arena casi. Ella, ridícula, caminaba con sus tacos altísimos, con su pelo rubio cortado a la moda y lentes oscuros. Como salida de una revista de *Vanidades*, regia, recorría un arenal, con un sol insoportable, buscando a su

marido. Karry sabía que el gordo quería volver a su casa, y la raíz de sus desdichas estaban en ese lugar. Rogó tanto por una solución, rezó tanto por una

respuesta, y esta llegó de casualidad. ¡Ay, las casualidades! Cuando te toca saber, no hay poder en cielo que lo impida. Fue como lo que le pasó a su tía Mariquita.

Su adorable tía cumplía veinticinco años de casada y lo celebró a lo grande, era

una de sus tías millonarias. Entonces comenzaron a ocurrir las casualidades. La

primera, su hijo mayor llevó a su nueva enamorada a la fiesta, a tan solo días de

estar con ella. Luego vino la segunda, la enamorada, días después de esa fiesta,

salió temprano del trabajo por una huelga de micros. Con dificultad encontró

uno para regresar a casa y, este, tercera casualidad, se desvió de su ruta habitual por una marcha de protesta en el centro, tomó calles intrincadas, en una zona populosa del distrito de Breña, cuando, en una de esas intrincadas calles, ella ve entrar al padre de su enamorado, muy presuroso, a una quinta. Algo le pareció extraño y se le contó a él. La duda quedó por días hasta que este le dijo que la

acompañase a ese sitio. Lo llevó y dieron una vuelta, era una quinta muy modesta, algo peligrosa. Había una sastrería en la entrada, quizás era el sitio donde su padre se hacía sus elegantes ternos. Ya por marcharse, de repente (la última casualidad), una niña cruzó corriendo y se tropezó con él, la pequeña levantó la cara y él la vio conocida, le sonrió nervioso y observó en qué puerta

entraba la niña. Unos segundos después, tocó en aquel lugar y quién salió a abrirle era ese rostro conocido, una mujer que había sido empleada en su casa varios años atrás, unos cuantos años, como la edad de esa niña. La mujer se lo

quedó mirando sorprendida y asustada, porque salieron otros dos niños más a verlo, aparte de la niña con la que se había tropezado, niños pequeños, con la cara exacta de su padre. Tía Mariquita, cuando se enteró de la traición de su esposo, de pena, se murió al año siguiente de un cáncer agresivo. Y el padre, un

año después de un derrame cerebral de culpa. Entonces Karry era su tía Mariquita, la prima se había perdido buscando una dirección donde hacían arreglos de una muy rara máquina de coser, por la ciudad satélite, y vio a Renzo

entrando a esa casa, hasta se había tomado la molestia de anotar la dirección y

dársela. Él no tenía familia ni amigos por ahí. «Ay, gordo», pensaba Karry mientras limpiaba sus zapatos parada en la puerta de esa rústica casa y tomaba

valor para tocar la puerta, «como compruebe lo que pienso, por la “Sarita”, como dices tú, “por la Sarita”, que te mato».

No puedo, no puedo, no puedo vivir sin tu amor

Antonio y Vir eran la pareja de Abtao. Destinada a ser enamorados, novios esposos, amantes desde que eran niños, era obvio que terminarían juntos. Ella era la más bonita, la más vivaz, la más intrépida. El, el más guapo, el más atleta, el más bacán. A pesar de que sus madres se odiaban. A pesar de que sus padres

los habían educado de distinta manera. A pesar de que una persona con vida y experiencia hubiese pensado «dos soles no brillan en el mismo cielo». Pero verlos juntos era explosión. Una delicia en el contraste y en las coincidencias.

Virna: blanca, bajita, delicada con su nariz respingada, sus ojos claros y su cabello castaño rizado. Antonio: alto, bronceado y de unos ojos y cabellos negros intensos. En carácter, ambos eran vivaces, con calle, bailarines,

juguetones y con una agilidad en palabra de maratón.

Vivían a media cuadra uno del otro, se llevaban dos años de diferencia y pertenecían a la misma mancha que creció junta, acunados por la calle. Desde niño, Antonio la había marcado para él. Cuando jugaban mata gente, era a ella a

quien primero le tiraba la pelota. En los carnavales, era de quien tenía que cuidarse, porque no paraba hasta revocarla en barro. Cuando jugaban botella borracha, los demás tenían que darle lugar porque él tenía que sentarse frente a

ella. Cuando llegaron a la adolescencia, se juntaron y no se separaron hasta que

ella terminó el colegio y tuvo que irse a vivir a otro barrio. Trataron de continuar su amor, pero en ese momento se alzó ante ellos una pared, «una

maldita pared»,

como diría Marita. La diferencia de cómo los habían educado para hacer frente

al mundo. Ella quería ser alguien en la vida, y él solo quería... vivirla.

Virna era la mayor de tres hermanos, sus padres tenían una tienda de abarrotes

en el Mercado Modelo 1, que posteriormente vendieron y convirtieron en ópticas. Así que desde pequeña se hizo cargo de la casa, porque ellos, sus padres, trabajaban hasta que se juntaba la noche con el día. Cuando ella apenas comenzó

a sumar y restar, la pusieron detrás del mostrador. A los catorce años Vir manejaba su propio dinero y administraba las cuentas de la familia con

responsabilidad. Fue la manera como la criaron. En cambio, a Antonio, los padres le jodieron la vida desde que nació. El señor Carranza, el papá, era un sujeto de sonrisa fácil y bonachón que trabajó un tiempo en la Etapa. Luego sufrió un accidente de trabajo y se retiró de la empresa. De ahí en adelante vivió de su liquidación y de una exigua pensión. Jamás tuvo la intención de buscar algún trabajo para llevar algo más a su numerosa familia, se conformó con eso y

así se quedó. Sentado todas las tardes en la puerta de la casa para conversar con

los vecinos, hablar de política y contar chistes. La madre de Antonio, por su parte, era una mujer educada para ser la sirvienta del esposo e hijos; para su mala suerte, todos, los cuatro, fueron hombres. Antonio era el penúltimo y el más engreído por ser el más guapo y el más alto. Y sabría Dios por qué era su favorito. Así que, en casa de los Carranza, jamás se pensaba en el futuro, en progresar o en aspirar a una vida mejor. Si había qué comer ese día, no había problema, todo era fiesta y vacilón. Hasta antes de casarse Antonio, su madre le

lavaba la ropa y hacía su cuarto. Calentaba su comida, así llegara a las 3 de la mañana después de una borrachera. No se preocuparon por darles estudios. Si trabajaban, bien; si no, igual. Como decía la señora: «En mi casa, jamás faltará

cama y comida para un hijo mío». En cambio, a Virna, apenas salió del colegio a

los dieciséis años, su padre le consiguió de inmediato trabajo como asistente en

una clínica odontológica de un amigo de la tienda. Por las mañanas iba a la academia. «¿Quieres ir a la universidad?, tienes que trabajar. Te pagas la mitad

de la pensión y yo, la otra mitad. Así es la vida, hija». Entre el trabajo y la universidad, Virna no tenía tiempo para verse con Antonio y, poco a poco, se fueron alejando a pesar que se amaban mucho.

—Amor. Tengo que llamar a mi mamá. Deben estar preocupados por mí. —
La

novia que no llegó a ser esposa esa tarde, se sentó en la cama y, mientras se tapaba con una sábana, trataba de mover a Antonio.

—No, Vir, no rompas el encanto... —La atrajo hacia él mientras le besaba sus cabellos.

—Vamos, conecta el teléfono. Por favor. Les puede dar algo de la
preocupación.

A regañadientes, Antonio conectó el aparato.

—¿Aló, mamá?

—¡Dios mío, Vir! —respondió la madre con un largo suspiro de alivio—.
¿Qué

pasó? ¿Dónde estás, hija? Te estamos buscando como locos, hemos puesto todo

Lima patas arriba buscándote.

—Estoy bien, mamá. ¿Mi papá?

—Está bien. También muy preocupado, furioso igual que yo. ¡Ay, Dios, Virna!,

si supieras qué escándalo se armó luego que reconocieron a ese malnacido, y de

la forma cómo te fuiste... ¡Qué horror!, basta con decirte que la gente se agarró a

golpes en la puerta del municipio por defenderte a ti, a Iván o por defender a ese maldito... Fue todo tan desagradable, tan vergonzoso...

—Lo siento, mamá.

—Lo sé, hijita. —Doña Olga hablaba con una voz muy dulce, algo llorosa, tan

inusual en ella—. Todo es culpa de ese desgraciado, solo Dios sabe qué le habrá

dicho a Iván. Pero él regresó, hija, Iván regresó a los minutos que tú te fuiste y estaba muy arrepentido. Le explicamos quién era ese y lo entendió. Él también

está preocupado buscándote. Hasta pensábamos que, de la vergüenza, de la humillación que te hizo pasar ese maldito, hubieses cometido una locura.

—No, mamá, estoy bien.

—Hija. Iván dice que todo está bien. Él también se ofuscó, reaccionó mal,

pero

está desesperado por encontrarte. Incluso, delante de todos, largó a la madre.

Vieja maldita, poco faltó para diera saltos de felicidad de que su hijo no se hubiese casado contigo. Iván la mandó bien lejos y se quedó con nosotros buscándote.

—Mamá, yo...

—Hija, estamos a tiempo —la interrumpió con ansiedad—. A las cuatro sale tu

vuelo. Iván dice que se casarán allá en Atlanta, apenas lleguen.

—No puedo, mamá.

—Ya sé, hija, que estás avergonzada. Pero Iván dice que todo está bien. El comprende lo que te pasó. Le explicamos cómo ese hombre te acosa y te persigue, es un enfermo que...

Virna miraba atentamente a Antonio mientras hablaba con su madre. Esta

hablaba muy alto y todo lo que decía se podía escuchar. Él, que se había incorporado en la cama, también la miraba muy serio, con esos enormes ojos negros que suplicaban en silencio. «Dios, cómo te amo», pensó Vir sin escuchar

los ruegos de doña Olga.

—Mamá, no me puedo ir con él. Yo no lo quiero.

—Hija. —El tono dulzón de la voz cambió de inmediato—. ¡Carajo Virna!

¿Qué te pasa? ¡Hace unas horas te ibas a casar con él! ¡Dios mío! ¿Me quieres

volver loca?

—No, mamá —respondió Vir bajando la mirada y pegándose más al fono—.

Lo siento y discúlpame con él, pero no puedo hacer esto. No quiero irme con él,

no quiero ser su esposa.

—Vir... —Su madre hizo una pausa y comenzó a gritar—: ¿Estás... estás con

él? Estás con ese maldito. ¡Dios mío! No es posible.

—Lo siento, mamá.

—Carajo, Virna. ¿Qué estás haciendo?

—Mamá, yo...

—No. No es posible —gritaba histérica—. Tú no puedes estar hablando en serio. Esto es una broma de mal gusto. Virna, estás echando tu futuro a la basura

por alguien que no vale nada.

—No puedo, mamá. Perdóname.

—No estás en la casa en una hora, estás muerta para nosotros. ¡Muerta!

—Mamá, mamá... Me colgó.

Antonio la rodeó con sus brazos y la besó con devoción mientras secaba sus lágrimas con los dedos.

—Somos el uno para el otro, Vir.

—Díselo a mis padres —dijo ella con una sonrisa triste—. Y ahora, ¿qué, Antonio?

—Yo no puedo vivir sin ti, Vir. Este tiempo que hemos estado separados ha sido un infierno para mí. No te quiero perder.

Virna sonrió de nuevo, le acarició con suavidad la mejilla y, mirándolo directamente a los ojos, preguntó de nuevo:

—Y ahora, ¿qué, Antonio?

Dejaron el hostel a las tres de la mañana. Ella, con su vestido de novia y con su

saco encima. Tomaron un taxi que los terminó llevando a la casa de Antonio. Él

abrió la puerta, intentando no hacer ruido, y entró en su habitación con Vir de la mano.

—Lárgate —le dijo Antonio al hermano pequeño que estaba durmiendo en su cama—. Vete a tu cuarto.

—¿Qué pasó? —dijo Pablito aún adormilado—. Vir, ¿no te casabas hoy?

—Vete a tu cuarto —refunfuño Antonio en voz baja.

El muchachito le dio un beso a Vir. Y se fue sacándole la lengua a Antonio, que cerró la puerta.

—¿No hubiese sido mejor quedarnos en el hostel? —dijo Vir susurrando para no despertar al resto de la familia.

—¿Sabes cuánto pagué por el cuarto más el taxi? Me he quedado sin una moneda.

—Antonio, ¿qué va a decir tu mamá? Sabes que me odia.

—No diré nada. Y si habla, mañana buscaremos dónde irnos.

—¡Ah! Estoy tan cansada que no puedo ni responderte. ¿Aún tienes ese póster?

—¿Te acuerdas la vez que lo hicimos en mi cama, cuando mis papás no estaban...? —A Antonio se le encendió la mirada mientras le retiraba el saco a

Vir y le desabrochaba su vestido.

—Ni lo sueñes. Estoy tan agotada. Solo quiero dormir.

—No vas a acostarte con este vestido. No sé ni cómo puedes respirar con lo apretado que está.

—¡Oh! Mi vestido, míralo. —Con un gesto triste, Vir pasó las manos por su arrugado traje de novia—. Está hecho mierda. Si supieras cuánto costó.

Mientras Vir parecía haberse dormido de pie, Antonio le quitó la ropa, se quitó

él la suya y la echó en la cama, la arropó con cariño y la rodeó con sus brazos para que durmiera pegada a su pecho.

—La traje en la madrugada —susurró la mamá de Antonio parada en la puerta

de la habitación de su hijo—. Y ahora están durmiendo juntos, en su cuarto.

—¿No se casaba ayer —dijo el papá también en voz baja, parado frente a la puerta— con el muchacho millonario?

—Te estoy diciendo que está ahí metida en el cuarto de tu hijo. Es obvio que no se casó con el otro.

—¿No habrá Antonio hecho una locura? Te dije que estos días estaba actuando

muy raro. Desde que se enteró de que Vir se casaba, lo vi dando vueltas por la

casa como un desquiciado.

—¡Dios santísimo! —pronunció la señora persignándose al aire—. Y yo que pensé que me había librado de esta.

—Hablas como si tu hijo fuera la gran cosa —expuso don Edmundo molesto, acomodándose las gafas—. Pobre chica, más bien ella parecía haberse librado de

él... ¿Qué habrá pasado? ¿No sabes de alguien de la cuadra que haya ido al matrimonio? Quizás te puedan contar qué pasó.

—Tienes razón. Mi comadre Anita. Ella me dijo que iría.

—Buenos días —le susurraba Antonio al oído mientras la tenía aún abrazada acariciándole su espalda blanca y suave, llena de pecas que alguna vez se había

dedicado a contar en una contemplación de amor.

—Todavía no, déjame dormir un poco más... —murmuró Vir.

—Bueno, solo un poco —dijo Antonio. Él hubiese deseado que fuera toda la vida el tenerla entre sus brazos acariciándola, sintiéndola suya, cuando la noche

anterior solo podía imaginar que esa mañana ella amanecería en los brazos de otro.

—¿Qué hora es? —preguntó ella aún abrazada a su pecho.

—Las 12 p. m.

—¡Dios! —gritó Vir, y se incorporó por completo—. ¡Las 12 p.m.! Tengo que

hablar con Marielena.

—¿Qué tienes que hablar con ella? —indagó Antonio.

—Se supone que hoy me esperaría en el aeropuerto. Imagínate que vaya y solo

vea bajar del avión a... —Vir no pudo pronunciar su nombre por pena, por él y

por Antonio—. ¿Cómo hago? No tengo ni qué ponerme.

—Marita te ha traído esa ropa.

—¿Marita? ¿Sabe que estoy acá?

—Todo Abtao sabe que estás acá —contestó Antonio estirándose como un gato, o un león como lo veía Vir. Admirando su cuerpo, pensó: «sí que es hermoso».

—Dios mío, qué vergüenza. —Se tapó Vir los ojos—. ¡Que escándalo el de ayer!

—Pero valió la pena, ¿no? —le dijo Antonio tomando su rostro entre sus manos y mirándola tiernamente—. ¿No? —le repitió.

—Claro, amor. —Vir lo besó en los labios con mucho amor, pero sin mucha convicción—. ¿Dónde me baño? ¿Está tu mamá?

—No, salió desde temprano con mi papa y Pablo. Solo estamos tú y yo.

—¿Qué habrán dicho? ¡Qué pena!

—No digas tonterías.

—Me voy a bañar antes que vengan.

—Vamos entonces... —le dijo Antonio tirando de la sábana con la que ella se

cubría.

—¿Y si vienen?

—Te taparé la boca para que no escuchen tus gritos.

Marita era tan buena amiga que no solo le había llevado ropa que ponerse, también la había puesto dinero en uno de los bolsillos del pantalón. A la una de

la tarde del día sábado, cuando salieron a la calle a llamar por teléfono, todo el barrio estaba en su puerta. Sabían que Vir no se había casado y que ese día había

amanecido junto a Antonio en su casa, en su cuarto, en su cama.

Todos los vecinos estaban parados en la acera para verlos salir. Vir se quedó tan sorprendida que se abrazó a Antonio con temor, como si la quisieran linchar.

Por el contrario, la gente comenzó a silbar, a reírse y a aplaudir.

—¡Qué buena, Antonio! —gritaban riéndose—. ¡Parecía escena de novela!
No

te quedaste para la bronca, Virna, yo le rompí las narices a tres pitucos en tu nombre. ¡Así se hace! ¡Virna, de verdad que fue un tonazo!

Después de dejar a la mancha, tranquila, con explicaciones, aceptando

bromas

de doble y triple sentido, fueron a hacer lo que tenían planeado.

—¿Aló, Marielena?

—Vir, ¿qué pasó? Acabo de hablar con tu mamá. Cuéntamelo todo.

Habían ido a una cabina de teléfonos, cerca de la casa, pero Antonio, disimuladamente, no dejó que Vir cerrara la puerta. Así que tuvo que hablar con

él en frente. La verdad, Antonio le tenía más miedo a Marielena que a la misma

madre de Vir. No solo era su mejor amiga, pero a diferencia de Marita, que también era su amiga íntima, esta ejercía una influencia muy grande en Vir. Se

habían criado desde pequeñas en la misma cuadra, fueron al mismo colegio, tuvieron los mismos amigos, hasta el primer enamorado, y el único que tuvo Marielena antes de irse a los EE.UU. fue el mejor amigo de Antonio. La madre

de Marielena se había ido del país cuando ella tenía doce años, y ella se quedó al cuidado de la abuela y unas tías solteronas mientras la madre buscaba la manera

de llevársela, que fue un año después de terminar el colegio. Mientras eso pasaba, Marielena vivió más en casa de Vir que en su casa. Virna solo tenía hermanos hombres y sus padres pasaban todo el día trabajando. Así que las dos

habían unido sus soledades y se hicieron inseparables. Pero Marielena era diferente a Vir. En muchas cosas, empezando porque tenía carácter. Mientras Vir

era toda emoción, ternura, espontaneidad, Marielena era racional, fría y con una

madurez que asustaba. Por eso, siempre se enfrentó con Antonio. Desde el principio. Tanto así que él no pudo acostarse con Vir hasta que ella se fue del país.

—No pude hacerlo, amiga... —hablaba Vir enroscando nerviosamente su dedo

en el cordón del teléfono—. Yo no pude casarme. No estoy enamorada de Iván.

—Antes de que hables más —dijo Marielena—, ¿está ahí Antonio?

—Sí.

—¿Puede escucharme?

—No, no creo —habló Vir con nervios, pegándose más al auricular del teléfono.

—Bien. Te entiendo, no quieres a Iván. *Okey*. No quieres casarte, perfecto.

Hubiese sido un error. Pero aún tienes tu pasaporte, tu visa y hasta puedes cambiar el pasaje. Vente.

—Marielena, yo estoy con Antonio.

—Vir, por favor, amiga. Piensa las cosas con calma. Antonio es punto muerto.

Te lo he dicho mil veces. Con ese pata no vas a llegar a ningún lado.

—Estoy con él.

—No necesitas su permiso para venir. Aquí tienes casa, familia, trabajo.

Puedes seguir tus estudios, como yo lo estoy haciendo. Por favor, no cambies tu

futuro por el enamorado del barrio. Vamos, reacciona. Ya no tienes quince años. Te estás jugando tu vida. ¿Tienes tus papeles contigo?

—Mi mamá se ha quedado con todo.

—Ya hablé con ella. Ni siquiera ha mencionado a Iván. Solo quiere que vengas. No quiere que regreses con Antonio.

—Yo lo amo.

—¡Carajo, Vir! De amor no vas a vivir. ¿Quieres quedarte en ese barrio para toda la vida? ¿Dónde estás ahora? En la casa de él. Por favor, Vir, reacciona.

Esta es tu oportunidad. Recuerda lo que siempre dijimos, saldríamos de toda esa

mierda y seríamos alguien. NO te traiciones a ti misma por un estúpido que no lo

vale.

—Ahora estoy muy confundida. No sé qué pensar.

—Bien. Díselo a él. Que te dé tiempo. Que tienes que resolver las cosas con tus papás. Regresa a tu casa. Duerme. Y mañana verás las cosas mejor. Pero sal

de la casa de él. No podrás pensar bien con Antonio a tu lado.

—Está bien.

—Vir. Amiga. Por favor.

—Está bien, Marielena... Yo te llamo luego.

—De tu casa, Vir. Invéntale una excusa. Dile que tienes que ir por tu ropa. O...

—Está bien, Marielena. Adiós.

—Vir...

Vir colgó el teléfono, no podía continuar hablando. Antonio la miraba fijamente, comenzó a acariciarle la mejilla y darle tiernos besos en la sien.

Cuando se levantó, él la abrazó con fuerza. «Claro que no me iré, amor».

Qué cosa tan linda, qué cosa tan bella

La casa de Antonio estaba tal cual la recordaba Vir como hacía tres años, como

hacía cinco, como hacía diez. Parecía que, en esa casa, el tiempo se había detenido. Todo muy limpio y ordenado, eso sí, pero hacía años que no se compraba ni un mantel. La pobreza se respiraba en el aire. Hasta los forros de los muebles eran los mismos. Lo único nuevo era un enorme y moderno equipo

de sonido que Antonio había comprado hacía algún tiempo con el único de los

pocos trabajos que había tenido, donde duró más de tres meses. Juntó el dinero

necesario para su costoso estéreo y dejó el trabajo. Ejemplo claro de su carácter.

El padre de Antonio y su hermano recibieron a Vir con mucho cariño y entusiasmo; de diferente manera, ambos la adoraban. Para el señor Carranza, Vir

era la hija que siempre esperó; para Pablito, el púber hermano de Antonio, era

la

novia que algún día quisiera tener. Solo la señora Susana, la madre, los recibió

arqueando una ceja, y lo primero que les dijo fue:

—Espero que sepan lo que están haciendo.

Vir la ayudó en la cocina. Casi ni hablaron, nunca se llevaron bien, pero no era

por Vir. Era que la señora Susana y la mamá de Vir no se soportaban. No podía

haber mujeres más diferentes. Solo tenían en común lo orgullosas y tercas que eran. La señora Susana opinaba que la madre de Vir era una señora muy liberal.

«Trabaja todo el día en la calle porque no le gusta hacer las labores de la casa.

Para desentenderse de los hijos. Por eso es que la hija ha crecido sin rienda». La señora Olga, mamá de Vir, por su parte, opinaba: «La madre de Antonio es una

gran ociosa. Prefiere morirse de hambre antes que trabajar. Con la miseria de sueldo del esposo. Nunca ha hecho el esfuerzo siquiera de poner una mesita en la

calle y vender una mazamorra». Cuando sus hijos se enamoraron, hicieron todo lo posible por separarlos. Pero, por su lado, Antonio era un chico muy voluntarioso, le llegaba lo que opinara la madre. Por su parte, Vir era una chica a quien desde niña le habían dado las responsabilidades de una persona mayor. No

la podían tratar como una adulta por un lado y como una niña por otro. Así

que

solo les quedó esperar que el destino los separase. Aunque hubo una época en que la señora Olga había ganado la batalla. Una de las razones por la que se compraron la casa en Jesús María fue para alejar a su hija de Antonio. Hasta dio

resultado por un tiempo. Eso creyó ella.

—¿Y, Antonio?, ¿iremos a festejar tu vida de casado? —Toda la mancha estaba

en la puerta de la casa de Antonio. Solo faltaba Marielena. Hasta los amigos casados habían ido a verlos. Les hacían bromas. Y contaban una y otra vez las

ocurrencias del fallido matrimonio. Cuando Antonio se acercó al novio, cuando

Vir salió corriendo tan rápido que nadie la pudo alcanzar, cuando don Chico, así

le decían al papá de Vir, le pegó al papá del novio porque dijo algo inapropiado

de su hija. Y cómo doña Olga se había agarrado de las mechas con la otra vieja,

o cuando le volaron un diente a uno de los amigos del novio, de un puñete.

Muchos de ellos llevaban en su rostro la huella de lo divertida que había estado

esa *fiesta*.

—Vamos pues —dijo Antonio sonriendo, que tenía abrazada a Vir y la besaba

de vez en cuando. Se los veía tan felices.

—Vamos a la Maquina del sabor. Hoy hay duelo de orquestas cubanas —
gritó

uno de los muchachos—. Y, Vir, ¿todavía sabes bailar salsa?

—Sí —respondió ella rapidísimo—. Y tú, ¿ya aprendiste?

Llegaron todos juntos al salsodromo, como siempre, haciendo alboroto,

apoderándose inmediatamente de la pista de baile. La verdad, Vir se sintió un poco desubicada. Desde que había terminado con Antonio hacía tres años, no había vuelto a un lugar de esos. Iván era un chico pituco y de dinero, y en las discotecas a donde la llevaba no sonaba ese tipo de música, se entraba con el carro del año y tenían esos carteles de «Se reserva el derecho de admisión».

Muchas veces, Vir temió que la dejaran parada en la puerta.

En cambio, ahí, con sus amigos, con esa música, con Antonio a su lado, al

poco tiempo se sintió como en casa. Después de unos segundos, eran él y ella el centro de atención. Qué buenos bailarines eran, tenían la música en la sangre, bailaban con una gracia y sensualidad desbordante. Sus pies casi ni se movían del piso y parecía que flotaban. Él la tomaba en sus brazos, le daba vueltas, hacían pasos de baile, le cantaba al oído, se hacían bromas, se reían, se amaban.

¡Qué excelente noche! Vir deseaba que esa no acabara nunca, que el sueño nunca

terminara.

—Antonio, despierta, son más de las diez —Virna hablaba mientras lo sacudía

con fuerza.

—¿Qué pasa, amor? —contestó Antonio con pereza y sin abrir los ojos.

—Son más de las diez. —Vir ya se había duchado, estaba cambiada, había ayudado a la señora Susana en el desayuno y el quehacer de la casa—.

Vamos,

ya todos están despiertos.

—Ya —dijo Antonio levantándose pesadamente—. ¿Qué quieres?

—¿Tienes trabajo?

—Tengo un amigo que me debe un dinero.

—Amor —lo llamó Vir—, no te he preguntado si tienes dinero, sino si tienes trabajo.

—No —respondió Antonio bostezando—. El hermano de Checho ha quedado en conseguirme un puesto en la agencia donde trabaja.

—¿Y?

—¿Y? No me ha llamado aún.

—Entonces vamos a buscarlo. Aquí he apuntado unos trabajos en el periódico

que pueden ser. Dios, y yo no tengo ni mis documentos, todo se quedó en la casa. Estoy pensando que quizás mi papá me los pueda traer, junto con mi ropa.

—¿Para qué tanta urgencia?

—Antonio, ¿de qué vamos a vivir? —le dijo Vir acariciando su mejilla, pero sin mirarlo—. Papá también puede hablar con algunos amigos suyos a ver si te

consiguen algo.

—¿Tú crees? —preguntó Antonio dando otro largo bostezo—. ¿No crees que esté molesto?

—Sí, puede ser —contestó Vir mientras repasaba el periódico que tenía en las manos—, pero a él se le pasa más rápido que a mi mamá. Además, él no quería

que me fuera al extranjero... Yo iré a la clínica. Quizás me vuelvan a contratar.

Aunque el dueño era medio pariente de... Me tendré que tragar el roche.

—¿Ya tomaste desayuno? —indagó Antonio frotándose los ojos.

—Sí. Vamos, apúrate. Desayunas y de ahí nos vamos a buscar al hermano de Checho y yo voy a llamar a mi papá. No tienen línea en la casa.

—No, solo recibe llamadas.

—¿Tienes dinero para llamar por teléfono?

—No.

—Pero ¿lo que te di? Lo que me prestó Marita.

—Lo gasté ayer en la discoteca.

—¿Todo?, ¿y ahora, Antonio?

—Le voy a pedir a mi mamá. O quizás a mi abuela.

Vir, en ese instante, tuvo un *déjà vu*. Tenía catorce años otra vez y Antonio le decía: «Espera, le voy a pedir plata a mi mamá o a mi abuela para ir al cine».

Solo que ahora él tenía veintidós. Y no tenía dinero ni para una llamada por teléfono. «Dios mío, ¿qué estoy haciendo», se dijo a sí misma. Un frio corrió por

sus sienes y se puso pálida.

—¿Te pasa algo? —preguntó Antonio al ver su rostro.

—No, nada. Solo... —Vir se sintió mareada del miedo—. ¿Antonio?

—¿Qué pasa, Vir? Me asustas.

—Antonio... —Ella tomó su rostro entre sus manos y, mirando a sus ojos como si quisiera ver detrás de ellos, le dijo—: Vamos a hacer que esto funcione,

¿verdad?

—Claro, Vir, yo te amo.

—Y yo a ti. Pero de amor no se vive. Yo tengo metas en mi vida y quiero compartirlas contigo, no renunciar a ellas por ti.

—Otra vez con lo mismo.

—Quiero una vida como la he soñado. Quiero terminar mi carrera. Me faltan tres años. Con mi sueldo, si es que, por gracia de Dios, me devuelven el trabajo,

con las justas, podría pagar mi pensión, y eso haciendo horas extras por ahí. Y el resto, ¿de qué vamos a vivir?

—Podemos estar un tiempo aquí y...

—No, Antonio. Tu mamá me puede pasar por unos días, no más. Las dos

nunca nos llevamos bien. Tenemos que alquilar aunque sea un cuarto. Tienes que

tener un trabajo.

—Te lo prometo, así será.

Valgan verdades, Antonio hizo el esfuerzo. Por dos semanas, se levantó temprano, armó un currículum, salió a la calle, visitó algunos amigos. Pero nada,

es que el amor de Vir, aparte de su metro ochenta, sus bellos ojos negros, bailar

salsa y hacer muy bien eso, Antonio no era nadie y no sabía hacer nada. Tenía

algunos cursos de mecánica que no terminó. Algo de experiencia en trabajos de

seguridad, tres meses como chofer en una fábrica de polos; luego nada. Vir se tragó el orgullo y regresó a su anterior trabajo, una clínica dental de gente de plata, en el corazón de Miraflores. El dentista, que era su jefe y dueño, a pesar

que era, como había dicho Vir, medio pariente de Iván, la recibió encantado. Le

tenía mucho aprecio. Como decía siempre, era la mejor asistente dental que había tenido en todos sus años de profesional, con correa para aguantar su malhumor, inteligente, hábil, todo lo aprendía muy rápido, además de su carácter

campechano y medio ahorado. «Su chalaca brava», como le decía.

«—No hay problema, Vir —le había dicho el doctor mientras se ahogaba en su

propia risa—. En realidad, no tenías nada que hacer con ese pánfilo de mi sobrino. Y qué gusto de verle la cara a la estirada de mi prima cuando le cayó el

arreglo floral en la cabeza y...».

Así que Vir retornó a su trabajo y se tragó algunas miradas de desprecio de algunas doctoras que siempre la miraron de arriba abajo. Pero, en fin, de nuevo

tenía trabajo. En casa de Antonio, los problemas con la madre de él fueron en aumento, de sutiles comentarios, a verdaderas batallas campales.

—¿No eres su mujer?, no esperarás que yo le lave su ropa —decía doña Susana

mientras le aventaba la ropa de Antonio en el fregadero.

—No, señora, espero que se la lave él.

—¿No querías tener marido? Ahí está. Tú sabías cómo era mi hijo antes de meterte con él.

—Señora, yo trabajo de lunes a sábado. Incluso ahora estoy haciendo sobre tiempo. Estoy parada todo el día. ¿Y espera que el domingo me dedique a lavarle

su ropa? ¿Esos pantalones que son más grandes que yo?

—Yo lo hacía.

—Antonio no trabaja, tiene tiempo de sobra para lavarse su ropa.

—Eso lo tiene que hacer su mujer. Ahora vas a querer que él te lave tu ropa.

—No sería mala idea.

—Hablas como si hubieses sido criada entre sirvientes.

—No, señora. Desde los catorce años, yo era la que lavaba la ropa en mi casa.

La de mi papá, de mi mamá y de mis hermanos. Lo hacía porque mis padres trabajaban todo el día, hasta los domingos, y las de mis hermanos porque eran pequeños. Pero Antonio es un adulto y...

Ahí se quedaban las peleas. La madre de Antonio fruncía el ceño, daba media vuelta y la dejaba con la palabra en la boca. Continuaron en ese ir y venir por casi dos meses. Los únicos momentos de paz eran cuando se encerraban en la habitación y se amaban con locura, para luego caer rendidos en un sosiego post

amor. Dejaron de ir a bailar. Vir decidió no tocar el dinero de su sueldo dos meses, lo justo para alquilar lo más pronto posible un cuarto. Vendió la cadena y

los aretes que había tenido puestos el día que, supuestamente, se iba casar. Le dio ese dinero a la señora Susana para cubrir los gastos de su comida y pagar el

teléfono. Tuvo que llegar Vir a esa casa para que tuvieran línea después de meses.

—Me vas a recoger al paradero, a las ocho más o menos. Hoy voy a cobrar.

Y claro, como era viernes en la noche, Antonio se quedó conversando y

cheleando en la puerta de su casa con unos amigos. Se acordó de ir a recoger a

Vir cuando la vio llegar casi en brazos de un amigo de ambos, que la rescató de

un grupo de pirañas que la revolcaron casi por diez minutos en el paradero hasta

abrirle su sostén, quitarle el dinero y meterle la mano por donde quisieron.
Qué

más le hubiesen hecho si Memito, el amigo del barrio, no la hubiese distinguido

y corrido a su auxilio... Estaba tan golpeada y sucia que hasta la mamá de Antonio se compadeció de ella, la ayudó a bañarse y luego le dio una valeriana

para que se durmiera. Ella, Virna, en ningún momento le dirigió la palabra a Antonio.

—Aló, ¿papá?

—Hijita, ¿eres tú?

Vir regresó a la cama después de la llamada. No fue a trabajar ese día. Se quedó, aunque despierta, hasta más de las 10 a. m. acostada, solo pensando.

Antonio dio vueltas alrededor de ella por horas, sin dirigirle la palabra, como perro asustado, esperando su castigo... La escuchó hablar con su padre y temía,

con razón, lo peor.

—No lo hagas... —dijo, por fin, él.

—Ven, Antonio. —Se incorporó en la cama y le hizo una señal para que se sentara a su lado, luego ella lo abrazó con fuerza y le dijo con dulzura—: Te quiero, amor. De eso estoy segura. Estos dos años que pase sin ti fueron también

terribles para mí. No hacía más que pensar en ti. Llorar por ti. Y no quiero separarme de tu lado.

—No lo hagas entonces.

—Si me quedo aquí y continuamos los dos viviendo en estas condiciones, vamos a terminar odiándonos.

—Vir, yo de verdad lo siento. Será como tú digas...

—Antonio, escúchame, por favor. No quiero separarme de ti. Te lo acabo de decir, te amo. Pero esto no es vida. Somos muy jóvenes, podemos solo posponer

lo que hemos planeado.

—Vir, no te vayas... —Antonio balbuceaba nervioso—. Vir...

—Nada, Antonio... Si tú me amas, comprenderás lo que te estoy pidiendo.

Solo te pido tiempo. La única manera en que mis padres me ayuden es volviendo

a casa. Y es lo que quiero hacer. Estar en mi casa, dormir en mi cama, retomar

mis estudios. Estoy muy joven para llevar toda esta responsabilidad a cuestas.

—Apenas llegues a tu casa, la Olga sacará tus maletas y te embarcará en el primer avión.

—No. No lo haré... —Vir sujetó su cara entre las manos y la puso a la altura de su rostro—. Porque yo no quiero. Ya tome la decisión: eres tú y solo tú el hombre que quiero en mi vida. Seguiremos viéndonos, conseguirás un trabajo. Si

es posible, estudiarás algo, y cuando tengamos lo suficiente para continuar solos, lo volvemos a intentar.

—Vir...

Ya no dijo más. Se abrazó fuerte a su mujer y le pidió un beso a cambio de dejarla ir. Esa misma tarde, Vir se encontró con su padre, que le gritó por casi cinco minutos, luego ya no pudo más, era su pequeña y de verdad siempre fue

una hija muy buena.

—Hija mía, ese corazón tuyo te meterá en muchos problemas... —le dijo su padre acortando el discurso que tenía preparado, leyendo en sus ojos su futuro como gitana vieja.

Con la mamá, no fue tan fácil. La señora Olga le gritó por casi tres horas, tomaba aire, agua, hasta cenó, y luego regresaba a la carga una y otra vez. Hasta

que don Chico la calló. Creo que por primera vez en la vida.

—¡Ya basta! ¡La perdonas o no! Pero no vas a seguir gritándole de esa manera.

—Bien. —La señora Olga tomó aire y después dijo lo que Vir, conociéndola, sabía que diría—: Regresas a casa, te volvemos a ayudar, pero la condición es...

—Separarme de Antonio.

—¿Y...?

—No volver a verlo.

—Estamos de acuerdo entonces. Aunque sigo pensando que lo mejor es que te

vayas con Marielena.

—No, mamá. No me voy a ir del país. Prefiero regresar a la casa de Antonio.

Cuando salió de la casa de Antonio, se dio la separación más triste, que ni una

telenovela mexicana podría describir. Virna lloraba a mares y Antonio la consolaba dándole besos en su rostro, en sus manos, en sus cabellos... Como habrá sido de triste la escena que, en un gesto de compasión, jamás pensado, la

mamá de Antonio les preguntó por más de tres veces si estaban seguros de que

eso querían hacer.

—Sí, es por el bien de ambos —dijo Vir.

Marita miraba a Héctor, su cara pálida, las manchas rojizas de sus mejillas, las

llagas sangrantes a los bordes de su boca. Qué fea enfermedad. ¿Le tenía lástima? No. ¿Le guardaba rencor? Tampoco. Quizás, si alguna vez lo hubiese amado. En ese momento, años después, lo comprendía al mirarlo. Nunca lo quiso. Lo escogió de forma inconsciente porque estaba segura de que jamás podría enamorarse de él, ni siquiera le atraía físicamente, era un hombre egoísta, sin sentido del humor, casado, con hijos. Era el hombre inalcanzable, por el que

nunca tendría que luchar porque no querría hacerlo. A veces, era cariñoso cuando quería. Lo único bueno en él, lo que la había cautivado, era que le había

ofrecido sacarla de casa de sus padres, y lo hizo. Le alquiló una pequeña habitación con baño cerca de la oficina. La iba a ver dos veces por semana, le consiguió otro trabajo para no ser roche en la agencia. Estuvo casi bien al principio, sin mayores lujos, y ella tenía para ofrecerle que era mujer y quince años menor; suficiente para Héctor. Pasaron los meses, entonces ella quiso

quedar embarazada; él, no. Recordaba con qué obsesión le contaba las pastillas

anticonceptivas. «Más adelante, negrita, cuando me separe de la Meche». Pero ella no quería que se separara de la Meche, ella no lo quería como marido, o tener una casa más grande, o ser la señora de... Ella quería un hijo. Ella quería

no estar nunca más sola en este mundo. Lo descubrió un día que, sin querer, olvidó tomar la pastilla y, extrañamente, no se sintió mal o asustada. Al día siguiente, se *olvidó de nuevo*. Sonreía pensando en que, si era niña, le pondría Gabriela, como esa monjita de su colegio que tanto la quería, y si era niño, Carlos, como el actor Carlos Matta, quizás hasta le salía cantante. Le mintió por

casi tres meses, hasta que él le sintió los senos demasiado grandes y corrió a la

farmacia por un examen de embarazo. Recordaba el temblor de sus manos, lo pálido que se puso. «No te preocupes, negrita, tengo un amigo, amigo de un ginecólogo, que nos ayudará». Cuando ella se rehusó, él se puso furioso, hasta amenazó con arrancarle el hijo a golpes si no iba con el doctor. Ella le dijo que

sería pecado y que no quería ir al infierno, que quería a su hijo. Él le prometió un

sinfín de cosas: que tendrían muchos hijos, que esperara a que se separase de la Meche, que la amaba, pero en ese momento no podía, que todo lo que tenía estaba a nombre de su esposa, que si esta se enteraba, lo dejaría sin nada. Ante la negativa de Marita, él quiso cumplir su promesa, le dio una bofetada para luego

darle una fuerte patada en el vientre. Marita, en el piso, temerosa de su bebé, le dijo que estaba bien, que lo haría, que iría con ese doctor, pero que no la golpeará. Se levantó a duras penas del piso, y él le dio la espalda. Entonces recordó también porque lo había escogido, era más pequeño que ella. Tomó,

en

un descuido, una pesada sartén, se la estrelló en la cabeza y lo dejó desmayado

en el piso. Al verlo así, le vino la imagen del padre, vio su rostro en la cara de Héctor. Tomó la sartén en alto y, cuando le iba dar un segundo golpe, recordó que era también el padre de su hijo. A los minutos, él despertó y la vio sentada a su lado con la sartén aún en sus manos.

—Te pude matar —le dijo Marita—, te hubiese golpeado tantas veces en la cabeza hasta abrírtela como una sandía... No lo hice porque iría a la cárcel y

¿quién vería a mi bebé. Así que piensa esto Héctor, el hijo que quisiste, hace unos minutos, matar, te acaba de salvar la vida.

Héctor salió muy asustado, teniendo la mala fortuna de cruzarse con Virna en

la entrada. Cuando ella entró al cuarto de su amiga y vio que tenía el rostro magullado, bajó corriendo y le aventó una piedra en el parabrisas de su carro. El

hombre, esa tarde, por partida doble. Marita nunca le contó a nadie lo que pasó

esa tarde; Héctor, tampoco, prefería quedar como el hombre pegalón a que supieran que una mujer lo había desmayado con una sartén.

Y no hago más naLos padres de Virna cumplieron su promesa. Ella continuó con sus estudios, aunque sospechaban que seguía viéndose con Antonio a escondidas. Y era cierto,

lo hacían casi todos los días. Él iba a buscarla a la salida de la clínica o de la facultad como cualquier pareja de enamorados, pero sus planes de ir al cine o al

parque quedaban en eso, intenciones, y siempre terminaban en el hostel más

cercano que encontraban. El vientre de ella era tan insaciable como el de él insatisfecho. Siempre querían más el uno del otro. Hasta que, tanto va el cántaro

al agua que...

—¡Antonio!

—Todavía, amor.

—Antonio, sal de encima.

—¿Qué pasa, Vir?

—El preservativo no está.

—¿Qué?

—No lo tienes puesto. Estoy toda mojada.

—Pero si yo...

—Se salió. O creo que lo tengo adentro. ¡Maldición! ¿Llegaste?

«¿Llegaste?». Con la justa, Vir llegó a terminar ese ciclo en la facultad. Su papá fue el primero que se dio cuenta de lo que se avecinaba.

—Vieja —le dijo un día a su esposa—, ¿te has dado cuenta de que la Virna ha

engordado de un tiempo a esta parte? La falda del uniforme ni le cierra.

La señora Olga tomó el comentario de su esposo, lo sumó a las dos mañanas en

las que la vio muy pálida y las dos tardes en que se negó a comer esa comida que

tanto le gustaba.

—¿Cómo pudiste...? Lo sabía... Eres una... Te largas...

Cuatro frases y Vir estaba otra vez con sus maletas en la puerta de la casa de Antonio. Esa vez, en un acto de sensatez, él vendió su fabuloso equipo de sonido

y alquiló un cuarto, siete casas más abajo. Se casaron cuando Virna estaba casi

de ocho meses de embarazo. La pobre tenía una barriga tan escandalosa que el

cura dobló la nariz más de una vez en un gesto de desaprobación, mientras el papá de ella contenía la risa al oír que ella le pedía que terminara de una vez porque tenía ganas de orinar.

Doña Olga no fue al matrimonio de su hija. De solo imaginárselo, sintió que no

podría resistirlo. Verla casarse en La San Pedro. Que la recepción sería en la casa de Antonio y que...

—¡Seguro cerrarán la calle! —gritaba dando vueltas, furiosa, en la sala de su casa—. Servirán carapulcra en platos descartables, venderán la cerveza y

bailarán salsa hasta el amanecer. Luego, borrachos, tocaran la puerta para que les den aguadito, gritando su «¡Chim pum, Callao!». ¡Oh, Dios! ¿Cómo puedes

castigarme así? —La señora, levantando sus brazos al cielo, juraba que se volvería atea.

Y todo fue exactamente como dijo doña Olga que sería. Pero también hubo un

detalle que vio el padre de Vir. Los ojos de su hija brillaban de una manera muy

especial y, cuando salió de la iglesia del brazo de Antonio, se podía decir que no había mujer en este mundo que fuera más feliz. Fue más de un año, casi dos, de

aparente felicidad. Virna se incorporó de nuevo a la rutina del barrio, las amigas, las polladas, los cumpleaños, los campeonatos de fulbito, los carnavales, las broncas y el espíritu solidario característico de la gente chalaca. Ese lado, todo bacán. Pero, por el otro, dejó de estudiar, y con el bebé y sin la ayuda de su madre, tuvo que hacerlo. Don Chico de vez en cuando le daba algún dinero que

sacaba a escondidas y también le consiguió un par de trabajos a Antonio, pero el

muchacho con mujer e hijo seguía siendo eso: el muchacho. Irresponsable y ocioso hasta el absurdo, hacía el esfuerzo un par de semanas, pero era más fuerte

su sangre, los amigos, la calle, él.

—Antonio, ¿qué haces aquí, estás loco? —le decía Vir en la puerta de la calle

—. Mañana entras a la fábrica a las 5 a. m. No podrás despertarte.

—Vir, no molestes. El negro se va a Argentina mañana. Lo estamos despidiendo. ¡Salud, negro!

—A ti es a quién van a despedir del trabajo si llegas otra vez tarde. No te la puedes pegar de nuevo.

—Una chela más y me acuesto. Ahora vete a dormir, amor. Él bebe se puede despertar.

—Antonio, si no estás trabajando, por lo menos hazte cargo de la casa, del niño. Todo el día lo dejas al cuidado de tu mamá, y tú no haces nada más que dormir. Mira, ni siquiera puedes hacer un arroz. Te dejé todo listo para que cocinaras.

—Comimos donde mi mamá —respondió él, muy frescamente, mientras se estiraba tras despertarse de su siesta de cuatro horas.

—¿Y yo, Antonio? ¿No como? ¿Quieres que, después del trabajo, llegue a casa

a cocinar? No jodas. Al menos en eso puedes ayudarme.

—Ya, amor, te prometo que lo hago mañana. Ahora ven, hace tiempo que no lo

hacemos. Hay que aprovechar que el gordo está dormido.

—Estoy muy cansada, lo único que quiero es acostarme.

—No te preocupes, yo hago todo.

—Sí, para hacer eso, nunca te falta energía. Debería a ponerte a trabajar de puto, voy a llevar tu currículum al Troca, ahí sí la harías.

—La última vez que lavo tu ropa, Antonio. No es justo que yo haga esto. Y será mejor que aprendas. Mira los polos que has malogrado. La de color se lava

aparte y lo blanc, todo junto.

—Ya, chola... —decía Antonio sentado a un lado del lavadero mientras leía

una revista—. ¿Sabes? Deberíamos contratar a una señora que venga a lavar la

ropa o, mejor, comprarnos una lavadora. Hay una en que la ropa ya sale hasta seca.

—¿Con qué plata, Antonio? —Virna lo miraba extrañada, hasta sorprendida.

Esperaba que, por ahí, que, quizás... esa vez, hubiera, en el fondo de esos hermosos y profundos ojos del hombre al que amaba, un segundo de reflexión.

Esperó y él le respondió:

—¿No te iban a dar un aumento?

—Antonio. Por favor. Anda a buscar trabajo. ¿No te da vergüenza que tu mujer

te esté manteniendo?

—Vir. Amorcito, pero si ya recorrí todas las fábricas. En todo sitio botan a la gente. Nadie está contratando a nadie.

—Pero, gordo, ¿cómo tus amigos están trabajando? Solicita en ENAPU, que te

ayude tu papá.

—¿Y terminar con los pulmones cagados como mi padre? Además, chata, ¿cómo voy a trabajar con este dolor de la pierna que no se me va?

—¿Quién te manda a jugar fútbol con chibolos? ¡Que irresponsable eres,

Antonio! Te pudieron romper la pierna.

—Sí, pues ven, hazme masajitos, amorcito.

Pero, aun así, Vir recordaría esos años como los mejores de lo que fue su vida con Antonio. Lo amaba, sus ojos negros inmensos la adormecían de solo verlos.

Despertar abrazada a él, verlo cargar orgulloso al hijo de ambos era bueno. Todo

era bueno si no pensaba en el futuro. Todo era perfecto si, como en una fotografía, se hubiesen quedado inmóviles para vivir por siempre en ese instante.

—No me vayas a fallar, Marita —hablaba Vir alegremente—. Tienes que pasarle la voz a toda la gente... Si Marielena va a ser la madrina, regresa solo por el bautizo del bebé. Quiero que toda la gente venga, vamos a hacer un tonazo.

Marielena regresó después de seis años al país. El encuentro de las dos amigas

fue de lo más emotivo, se abrazaron en el aeropuerto entre lágrimas, sonrisas y

gritos de felicidad. Se miraban una y otra vez. «No has cambiado nada», «Tú tampoco». A pesar de la lejanía, del tiempo transcurrido, cinco minutos y ya eran

las amigas de siempre. Parecía que solo ayer se habían despedido y hoy se volvían a encontrar. Se contaron a detalle todo lo que les había pasado, aunque

una sabía la vida de la otra al dedillo, puesto que se hablaban todas las semanas

o, por lo menos, una vez cada quince días. Así, mientras una empezaba una oración, la otra terminaba su frase.

Vir, se endeudó hasta el cuello para alquilar una casa más grande, en la misma

calle, pero con una habitación extra para poder alojar a su amiga. Compró unos

muebles y pidió un préstamo en el trabajo para celebrar el bautizo del bebé a todo dar. Estaba muy feliz, sobre todo, emocionada de tener a su amiga en casa.

Apenas llegaba del trabajo, se sentaban a conversar hasta la madrugada.

Marielena, según la naturaleza de su carácter, al segundo día se dio cuenta de que no todo estaba bien en la vida de su amiga. Vir le ocultaba algunas cosas que

le pasaban o, mejor dicho, se lo hacía a sí misma. Pero Marielena se quedaría pocos días, así que no quiso hablar, ¿para qué? Hasta el día del bautizo, en el que ya no aguantó más.

—Marielena, mira quién ha venido a verte.

—¡Renzo!

—Hola, amor, ya tengo mi visa, estoy listo para que me lleves. ¿O ya tienes a otro?

—No, querido. Después de ti me volví lesbiana.

Marielena todavía manejaba el código del barrio, bromeó con todos, se vaciló

con la gente, bailó incansablemente. Se rio de las anécdotas que contaban cuando eran los cuatro, Antonio con Vir y Renzo y ella, e iban por ahí

reventando tumbas. Reía mucho, parecía feliz. Aunque no lo estaba.

—¿Qué haces aquí, Marielena? —Entró Vir a la cocina y habló algo agitada por el baile—. Renzo quiere bailar contigo.

—Vine a la cocina por agua. Y estoy aguantando la chela. Ya no tengo costumbre de tomar tanto.

—¿Sabes de lo que nos estábamos acordando afuera? De la vez en la que nos peleamos con el de la seguridad de la Maquina del Sabor, cuando quisimos entrar sin pagar y tú le...

—No me acuerdo, Vir... —Mariela la interrumpió muy seria, cerró los ojos e hizo un gesto de enfado.

—¿No te acuerdas? Tú fuiste la que le...

—No, no me acuerdo —la cortó otra vez, tirando el agua que estaba en sus manos al caño, con fuerza— porque simplemente no vivo en el pasado. Si lo hiciera, jamás hubiese salido de aquí.

—¿Pasa algo, Mari? —preguntó Vir extrañada.

—Dímelo tú. Mírate, Vir. ¿Qué mierda estás haciendo?

—No sé a qué te refieres —respondió Vir con una risa nerviosa, pues presentía

desde hacía días lo que su amiga iba a decirle.

—¿Esto es lo que quieres, Virna? —dijo Marielena haciendo un gesto con las

manos y subiendo el tono de la voz—. Mira dónde estás viviendo. El progreso en

tu vida ha sido avanzar dos cuadras de la casa de tus padres. Esto no fue lo que

dijimos que haríamos con nuestras vidas. De eso sí me acuerdo.

—Estamos intentándolo, Marielena.

—¿Los dos? ¿O tú? Acabo de verte dándole dinero a ese vago de mierda para la cerveza. Sacaste dinero de tu bolsillo y se lo pusiste en la mano...

—No es lo que crees. Él está cambiando. No es el mismo, solo que tiene mala suerte.

—Yo creo que tiene mucha suerte. Una mujer que le llena el bolsillo, la cama y

la olla. ¿Qué más puede pedir?

—El me ama y yo lo amo. Tú sabes que lo intenté, estuve con Iván. Dejé de verlo... No pude, él es el amor de mi...

—Virna —la interrumpió Marielena conteniéndose las ganas de agarrarla de los hombros y sacudirla con fuerza para que despertara o reaccionara—. Las amigas del colegio, las pocas que han venido, han entrado a tu casa estirando la

nariz. Cielos, eras Virna Zavala, la más bonita, la más inteligente, la más hábil.

Eras tú la que llegarías más lejos que todas, y mírate.

—No es lo que crees. —En ese momento, empezó a llorar—. Yo soy feliz.

—No te creo, y te conozco como a nadie en este mundo. Crees que eres feliz.

Te engañas a ti misma. No puedes ser feliz renunciando a tu futuro, a tus sueños.

Si no lo haces por ti, hazlo por tu hijo. Porque tampoco creo que esta sea la vida que deseas para él. —Marielena hizo una pausa para mirarla con pena, suspiró y

se atrevió a decirle—: ¿Por qué no lo intentas en los EE.UU.?

—No sin Antonio —respondió firmemente, pero sollozando—. No me iré sin él.

—¿Al menos ese ha intentado sacar la visa? Quizás, si lo sacas de este barrio de mierda, pueda tener una oportunidad.

—Se presentó ya dos veces, pero nada.

—¿Cómo se la van a dar? No tiene trabajo, no tiene estudios, no tiene dónde caerse muerto. Tú sí tienes tu visa, Virna. Tienes papeles. Un hijo no es nada.

Saldremos adelante. Yo estoy por terminar mi carrera y mi novio tiene un buen

trabajo, te ayudaremos. Conviene que el bebé esté pequeño para que se adapte rápido al sistema. Vámonos, Vir. Estás viviendo un espejismo.

—Siempre lo he amado, Marielena, tú lo sabes.

—A los quince años estaba bien que dieras tu vida por él. Era lo lógico. Al igual que Renzo. ¿Quién no quería estar con ellos? Éramos la envidia de todas.

Pero ahora, a esta edad, sacrificar tu futuro por él. No jodas, Virna, Antonio no

lo vale.

—Puede ser que... —En ese momento, el aludido y un amigo entraron a la cocina. Virna se incorporó rápidamente y se volteó para que no viera que estaba

llorando.

—¿Qué hacen aquí? La gente está preguntando por ustedes —dijo Antonio algo molesto.

—Recordando cosas del colegio. —Vir le sonrió, tratando de disimular su nerviosismo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Antonio mirando a Marielena muy serio.

—En realidad —acotó Marielena con una sonrisa forzada—, me estaba contando lo insatisfecha que la tienes, tanta marimba te está pasando la factura.

Él rio con rabia disimulada.

—Vamos. —Estiró la mano hacia Vir y la tomó con fuerza—. Esa es nuestra canción, pequeña.

—Vamos, esa canción también me gusta —pronunció Marielena—. Quiero ver

si Renzo se mueve como antes.

En un momento de la reunión, Antonio sacó a bailar a Marielena.

—Deja de meterle cojudeces en la cabeza... —dijo él en voz baja y con fuego en los ojos—. Estamos bien, ¿entiendes?

—Por supuesto —respondió Marielena con una sonrisa, y le devolvió la mirada igual de furiosa, no era fácil de intimidar—. Tú estás bien. —Hizo una pausa, saludó guiñando el ojo a un antiguo pretendiente y continuó—: Tienes todo lo que siempre has querido. Todas tus metas y expectativas están resueltas.

—Recuerda que estás en mi casa. Y ella es mi mujer. No la tuya.

—¿Sabes qué nos diferencia, Antonio? Que yo sí quiero a Vir.

Marielena, después de la fiesta, no pudo tocar el tema de nuevo con su amiga.

Fue imposible, Antonio no las dejó solas en ningún momento. Y no descansó con la persecución hasta verla subir al avión.

—Solo

piénsalo

—dijo

mientras

abrazaba

a

Vir,

que

lloraba

desconsoladamente—. No lo olvides. Estaré siempre para ti y para tu hijo.

Siempre te esperaré.

—Gracias, amiga. Adiós.

Marielena se fue y dejó, para el pesar de Antonio, la simiente de la insatisfacción en Vir. En realidad, esa siempre estuvo, solo que su buena amiga

había abierto la ventana para que entrara el aire fresco de la realidad y creciera.

Marita miraba a Héctor respirar con dificultad, ya se le formaba un hueco en las costillas cuando intentaba ingresar el aire. «Falta poco».

«Te sacó de la casa a los dieciocho años», le había dicho Vir. «¿Me sacó? — se

preguntaba a sí misma—, ¿me sacó o, la verdad, me hubiese ido con el primero

que me ofreciera una salida para salir de ese infierno que era mi hogar?». Entró a trabajar como asistente del asistente al poco tiempo de terminar el colegio, una

amiga de una monja de su antiguo colegio, que sabía de su situación, le encontró

ese trabajo. Sor Graciela, qué buena mujer. El trabajo de Marita consistía en llevar y traer papeles de un piso a otro en una prestigiosa agencia de aduanas.

Recordaba lo feliz que fue la primera vez que le pagaron dos meses juntos, se sintió millonaria. Lo primero que hizo fue ir a su casa y entregarle todo a su progenitora. «Mira, madre, ya trabajo, ya no necesitamos de él, puedes

votarlo de la casa, con esto nos alcanza para mantenernos. Puedo también pedir turno en

la tarde y que me paguen más». La madre sonrió contenta, le acarició la mejilla y

le prometió que así lo haría, por fin echaría a ese mal hombre, que era también

su padre, de sus vidas. Por fin sus hermanos y ellas vivirían tranquilas, sin el golpeador alcohólico. Por fin. Pero su madre no cumplió su promesa, apenas llegó el viejo borracho, le entregó todo su dinero, contenta. Él sonrió feliz, la besó y, a media noche, la despertó a golpes para que le dijera dónde había escondido el resto de la plata. Al día siguiente, el gordito medio calvo, ese contador llamado Héctor, la invitó a tomar una gaseosa por el calor, y ella aceptó. «No tuviste toda la culpa, Héctor, yo también fui la culpable. Tú levantabas todo lo que tenía falda, y yo me hubiese ido con cualquiera que me

sacara de mi casa... No tuviste toda la culpa».

Karry, parada delante de la casa, comenzó a temblar con violencia.

Tontamente, buscó un timbre que no había, tomó aire, hizo puño y, cuando iba a

dar el primer golpe a la puerta, se detuvo, cerró los ojos y se pasó, nerviosa, la mano por la frente, pensando en dar la vuelta. Nada de esto tenía sentido, ella no

era así. Cómo le hubiese gustado tener un poco del carácter de su amiga Virna.

Lo vería ¿y qué le iba a decir?, ¿y si salía una mujer?, ¿qué le diría a ella, a su amante? Peor aún si veía algún niño con la cara de Renzo. Conociéndose,

solo

atinaría a llorar haciendo un gran ridículo. «Si te deja, es porque no te quiere en su vida, así de simple», le había dicho en más de una oportunidad a alguna amiga que solicitaba sus consejos. Y en ese momento ella estaba persiguiendo a

un hombre, humillándose de esa manera. Pero ¿acaso diez años de matrimonio

no eran suficiente inversión para, por lo menos, dar la cara? Respiraba con dificultad. «Falta que me dé un ataque de asma por la ansiedad. ¡Qué cobarde soy!, ¿por qué me criaron así, como muñequita de porcelana? No puedo». Estaba

por darse la vuelta cuando la puerta se abrió sola. Ella, esa mujer, la había visto desde el interior de la casa por una ventana.

—Pasa —le dijo.

—Buenas tardes, soy...

—Sé quién eres —la interrumpió con frialdad—. Te llamas Karry y eres la esposa de Renzo.

—Yo quiero...

—Sé que quieres —la interrumpió de nuevo—. Pasa, tenemos mucho de qué hablar.

—¡No, Antonio! ¡No trabajas, no comes! ¡No trabajas, no tenemos sexo! ¡No trabajas, no te lavo la ropa! ¡No trabajas, no entras a esta casa!

—¡Carajo, Vir! ¿Acaso crees que lo hago a propósito? ¡No hay trabajo! Y si

lo

hay, al primero que sacan es al más nuevo. ¿Qué quieres que haga?

—Busca a Checho, que te vuelva a conseguir ese puesto.

—No, ahí no regreso, la pata ese me echó como un perro.

—¿Y? Checho dice que están necesitando gente.

—¿Y el roche que me hizo pasar el supervisor? ¡Maldito! Si lo vuelvo a ver, le

rompo la cara. Además, para la cojudez de sueldo que pagan.

—¿De qué mierda estás hablando? —gritaba Vir ya fuera de sí—. ¡Fue tu culpa!, llegaste tres veces tarde. Ojalá y te regrese el empleo... Y de vergüenzas

la mía. ¿Qué crees que hago yo ahí en la clínica? ¿Viendo a los de mi promoción

de la universidad desfilando en la clínica, ya profesionales? Yo sigo ahí, sirviéndoles de asistente. Hace poco llegó uno que ingresó después que mi promoción, ya está trabajando como dentista, ganando cuatro veces más de lo que yo gano. Yo sí me tengo que chupar todas esas roches. ¿Y tú?

Las cosas siguieron en aumento, había ratos de calma, como las noches después de una fiesta. O algún domingo, en que se quedaban solos en casa.

Antonio prometía, Vir fingía creerle, hacían el amor y dormían abrazados.

Luego, la mañana lo mismo.

—No hay comida —Antonio hablaba mientras daba un portazo a la refrigeradora.

—No tengo dinero —contestaba Virna con una calma muy mal disimulada—, me gasté lo último en la ropa del bebé y sus remedios.

—¡Le compras ropa todos los meses! Más lo que le manda Marielena. Tiene todo ese ropero lleno de puras cojudeces.

—¡Yo trabajo para mí y para mi hijo! —lo interrumpió Vir gritando más fuerte

que él—. No para darte de comer. ¿Quieres comer? ¡Trabaja!

—¡Bien! —Antonio levantaba los hombros mientras salía por la puerta—. Me

voy a comer donde mi mamá. Y no creo venir a dormir, tengo una invitación, no

te puedo llevar porque solo es para desempleados.

—¡Qué me digan que has estado con la puta esa de la Gata! Vas a ver. ¡A los dos les saco la mierda!

—¿Dónde está la plata?

—¿ De qué hablas? —respondió Antonio sin dejar de ver la TV.

—La quincena. No me has dado nada.

—¿No compré la caja de leche y lo otro?

—No jodas, Antonio. Nunca tienes trabajo y, cuando por fin consigues algo, compras una caja de leche y unas cuantas bolsas de pañales, y eso es todo. El resto del dinero, ¿dónde está?

—¿Quieres que te dé cuenta de mi dinero? A ver... pasajes, pagué a la señora donde como mi menú, ya que tu no quieres cocinarme. Mas lo que compré. Ya

no tengo nada más.

—Te lo chupaste ayer, ¿verdad? —gritaba Vir con las manos en la cintura—.

Claro. Por eso, esa fila de zánganos estuvieron dando vuelta toda la noche y llegaste todo borracho. Eres una mierda, Antonio, una mierda. No piensas en nadie más que en ti. ¿Y tu hijo?, ¿y yo? ¿Quién pagará la casa, el agua, la luz, la comida?, ¿con qué? Vendo tu cajita de leche y pago las cuentas... ¿Dónde vas?

Antonio... Antonio... ¡Carajo, Antonio! ¡Vuelve!

—Vamos a EE.UU., Antonio. Vuelve a intentarlo. Tengo un amigo que nos puede ayudar en arreglar los papeles.

—No jodas con lo mismo, Vir. Ya me parecía raro que quisieras tener sexo así,

de tan buena gana.

—No, amor. Sé que he estado de muy mal humor estos días. Pero yo también estoy cansada. Tú sabes que te quiero, gordo. Pero ya no aguanto esta mierda.

Ocho horas de pie, de lunes a sábado, y ¿para qué? El bebé ya tiene tres años y

no podemos ni siquiera ponerlo en un colegio particular, va al colegio al que fuimos nosotros, o sea, no avanzamos nada estos años... Hazlo por él y por mí.

Te lo ruego.

—Está bien, pequeña. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad?

—¿Sabes qué voy a hacer yo por ti ahora? Lo que más te gusta, y no hablo de comida.

—No te presentaste a la entrevista. —Vir estaba sentada en una silla, con las manos juntas y sin encender la luz, cuando, muy avanzada la tarde, Antonio regresaba a casa.

—¿Qué? —preguntó Antonio.

—No te presentaste. Cachito estuvo en la embajada, esperándote en la puerta hasta las doce. Se suponía que te iba a dar...

—Tuve que hacer —la interrumpió Antonio sin mirarla y con voz ronca.

—Antonio, me lo prometiste. ¿Por qué? —la pregunta la dijo con un hilo de voz tan triste que hirió su amor.

—No me iban a dar la Visa, Vir —respondió sin darle cara—. Tú lo sabes. Me

llamaron para una chamba fija y decidí ir a lo seguro.

—Te compré un terno nuevo. Me gasté un dineral en los papeles y tú simplemente... No te importó.

—No entiendo tu obsesión con los EE.UU. ¿Crees que ahí el dinero está en los

árboles, que la gente caga plata? Si no lo hacemos aquí, ¿por qué allá?

—Lo hubieses dicho antes de ilusionarme así. Que no querías, que no lo harías.

Hasta Marielena me envió dinero para tus papeles.

Antonio no le respondió. Solo se quedó mirando al vacío.

—Bien... —dijo Vir con un triste suspiro—. Entonces me voy yo.

—Si quieres irte, vete —respondió él muy rápido, como si esperara esa afirmación hacía tiempo—, pero no te vas con mi hijo.

—No estoy peleando, Antonio. Puedo ir a trabajar un par de años y luego regresar con un capital para poner un negocio o algo así. Y podremos darle ambos una mejor vida a...

—Vete, Vir —la interrumpió Antonio—. No tienes que convencerme. No tengo

problema con eso. Pero no te vas a llevar a mi hijo.

—Tú sabes que no me iría sin él.

—Ese es tu problema.

En ese punto, las cosas se volvieron insoportables, dejaron de hablarse, dormían en la misma cama lo más lejos el uno del otro. Vir lloraba todos los días

camino al trabajo. Ahí era el único sitio donde daba descanso a sus penas. Varias

veces le ofrecieron mejores trabajos con un mejor sueldo, pero ella era muy sentimental. Se había encariñado con la gente, más, cuando había llevado a trabajar a Marita, a quien su marido la había abandonado por enésima vez.

Virna

estaba más contenta por tenerla a su lado. Y se completó el grupo cuando entró a

trabajar un nuevo especialista: el doctor Paul o Dr. P., como lo llamaron. Vir ya

lo conocía porque había sido compañero de la promoción de Iván. Algunas veces

lo vio en las fiestas a las que fueron, hasta lo invitaron cuando se iban a casar.

Ella tubo, al principio, un poco de recelo hacia Paul porque había sido amigo de

su ex y que supiera lo que había pasado, pero al cabo de un par de días se dio cuenta de que era muy buena persona, de carácter tranquilo, respetuoso y buen

profesional. Incluso tomó en gracia la broma que Marita y ella le hicieron en su

primer día de trabajo en la clínica.

—Dale la señora Flores —dijo Vir.

—¿Qué? —preguntó Marita.

—Sí, que la atienda él —sonrió, pícaramente, Vir.

La señora Flores era una paciente muy particular. Bastante atractiva y

voluptuosa, en sus buenos años había sido una reconocida vedete del medio y todavía conservaba sus encantos. Pero, además, era exageradamente temerosa.

Tenía un terror a los procedimientos dentales, así que, por lo general, se

dopaba

de pastillas antes de cualquier intervención, lo que ocasionaba que sus reacciones fueran lentas y muy graciosas.

—Despacito, trátame con cariño. Soy muy nerviosa, doctorcito —murmuraba con una voz aterciopelada y melosa.

—No se preocupe, señora —respondió Paul.

—Y es su primera vez —dijo Vir con una sonrisa inocente— con usted.

—¡Ah! Claro.

—¡Ay, doctor!, qué miedo, no vaya a meterla toda.

—¿Dice, señora?

—La aguja, doctor —intervino Vir—. La paciente habla de la aguja. No se preocupe, señora, solo será la puntita... Además, ya el doctor le echó la cremita para que no le duela cuando entre. ¿No es cierto, doctor?

—Claro —respondió el doctor algo sonrojado.

—¡Ay, doctor!, aún me duele —exclamó la señora—, todavía siento.

—Abra más la boca, señora —dijo Vir tratando de disimular una sonrisa maliciosa—. Doctor, ¿quiere más succión...? Doctor, ¿desea succión?

—No —pronunció Paul—. Digo sí, hazme más... la succión, por favor... —
Su

tartamudeo hizo sonreír a Vir abiertamente.

Como era costumbre de la amable señora, comenzaron a continuación unos

gemidos y aullidos muy sugerentes, los que, alguien ubicado detrás de la puerta,

hubiesen confundido la escena con una sesión amorosa-pornográfica-dental.

Entre suspiros de «Ya, despacito, despacio, por favor», «Sáquela ya», «Ya no aguanto», «Por favor», «¡Ay, Dios», «¿Más succión, doctor?». Mientras el doctor

procedía a la intervención, había entrado al consultorio Marita, para seguir la broma a Vir.

—¿Falta mucho? Ya termine de una vez —casi aulló la señora Flores.

—Es que está muy abierta —dijo Marita—, señora. —Hizo una pausa y gruñó

con la garganta—. Cierre un poquito la boca.

—Espere, señora, relájese. Si lo hace, será más rápido —acotó Vir—. El doctor

ya casi termina.

—Ay, ay. Más despacio. Ahí, ya no hay, despacito. Quiero que termine de una

vez. No me duele, pero ya sáquela...

—Listo. Eso es todo —suspiró el doctor, aliviado, al ver la muela extraída y la

sonrisa de oreja a oreja de las asistentes.

—¿Ve, señora? —dijo Marita riéndose—, el doctor llegó... a finalizar el procedimiento.

—Gracias, Dios, ya no aguantaba más. ¿Me dolerá mañana?

—No se podrá sentar... —mencionó Marita— cerca al calor. ¿No, doctor?

—Sí. —Él comenzó a sonreír, cayendo en cuenta de lo que ahí estaba pasando.

Una vez que salió la señora de la sala, se quedó riendo con las chicas y secando

el sudor de su frente.

—¿Deseas un cigarrillo? —preguntó Vir a Paul—. El doctor García siempre se

fuma uno después de atender a la señora Flores.

—Qué malo es, doctorcito —agregó Marita—. Después de tanto maltrato y ni siquiera le ha dado su número de teléfono.

—Muy gracias —respondió saliendo del consultorio a tomar aire, con ganas,

ciertamente, de fumarse un cigarro.

—Le deberían cobrar doble. Yo creo que hasta se viene, la desgraciada —le dijo Vir a Marita.

—Lo que es yo... cinco minutos más y me venía con ella.

Pero esos momentos de relax terminaban cuando Vir cruzaba el umbral de su casa. Si Antonio estaba por casualidad, comenzaban los roces y las indirectas que, con el tiempo, se fueron haciendo tan directas como crueles.

—¿El bebé? —preguntó Vir.

—Tu mamá vino por él —respondió Antonio, que estaba en pantalones cortos

y viendo la televisión— en la tarde. Dijo que lo llevaría a una matinée.

—Ah.

—¿Ya comiste? —indagó él, y apagó la TV.

—No.

—¿Quieres ir a comer algo?

—No tengo dinero, Antonio.

—Yo te iba a invitar. Pero sabes qué... vete a la mierda.

Un domingo de febrero, Vir conversaba con unas amigas en la vereda de su casa. Antonio tomaba unas cervezas con un grupo de amigos. Y los más jóvenes

de la calle jugaban carnavales. Había una regla en el barrio: elegir a la reina del carnaval, que sería la chica que terminara más revolcada y sucia. Toda valía: betún, pintura, harina, lo que hubiera a la mano y lo que resistiera la piel. Ese año habían hecho una poza en el jardín del vecino. La pobre chica que pasara por

ahí, la cargaban en peso y la tiraban a nadar en el lodo.

Vir y sus amigas no participaban, ya eran mayores para ellos. Sobre todo Vir, era intocable desde joven, todos le temían a Antonio. Para esos chicos de unos

trece a quince años, Antonio era su ídolo, el pata más alto, fornido, guapo, el que ganaba las peleas con solo mirar al adversario, el mejor bailarín de salsa y el que se había casado con la mujer más linda de la cuadra. ¡Qué más se

podía pedir!

Claro, todo era que crecieran, vieran el mundo más allá de ocho cuadras a la redonda y descubrieran la verdad. Pero, mientras eso pasaba, Antonio era el bravo de Abtao.

—¡Eh, Antonio! ¿La puedo mojar a la Vir?

—Lárgate, huevón, anda a mojar te las pezuñas.

Mientras seguía conversando con sus amigos, Antonio miraba a Vir de vez en cuando. Qué bonita era. Sus mejillas estaban sonrojadas del sol y de unos vasos

que se había tomado demás. Reía desenfadada con las amigas, de chistes que ella

misma contaba; como siempre, era el centro del grupo. Vir también, por momentos, alzaba la vista a donde estaba él. «¡Mierda!», se decía a sí misma,

«qué bien se le ve hasta con short». De repente, en un descuido, él estaba detrás

de ella, la levantó entre sus brazos y se la puso al hombro. Vir gritaba histérica porque sabía a dónde la llevaba. La soltó en el charco ante la risa de todos, y de Antonio mismo. Pero no le duró mucho, cuando Vir le tendió la mano para que

la ayudara a salir, lo jaló con fuerza y él cayó encima de ella. Ambos se reían mientras se arrojaban lodo a la cara, revolcándose juntos. Esa tarde terminaron como el rey y la reina del carnaval. Entraron a la casa corriendo, alterados por la urgencia de sus cuerpos. Se metieron a la ducha juntos, se besaron

desesperadamente, se arrancaron la ropa, rieron a carcajadas y ahuyentaron las penas. Con la justa llegaron a la cama.

—Ponte el preservativo, Antonio.

—No he comprado, chola.

—¡Carajo, Antonio! No estoy tomando las pastillas.

—Llego afuera, amor, no pasa nada.

—¿Pero cómo es que no tienes un preservativo?

—¡Carajo, Vir! ¿Hace cuánto tiempo que no lo hacemos?

—Entonces deja ahí, Antonio. Lo hacemos más tarde.

—No, cholita. Por favor, Vir.

—¡No, Antonio!

—Vamos, Vir. Tú también quieres.

—¡No, Antonio! ¡Carajo, Antonio! ¡Sal!, ¡sal te he dicho!

—¿Qué mierda te pasa, Vir?

—¿Qué mierda me pasa a mí? ¿Qué mierda te pasa a ti? ¡Estás loco! ¿Y si salgo embarazada otra vez? ¿Ah?

—¿Y qué tiene? ¿No estás casada?, ¿acaso no tienes marido?

—Marido tengo. Lo que no tengo es un hombre responsable que me ayude a mantener un hijo. Imagínate a dos.

—¡Putra madre, Vir! ¡Siempre la tienes que cagar toda!

Antonio se vistió con cólera, abofeteándola con la mirada. Mientras, Vir sentía

ganans de gritar con rabia, o solo llorar bajito con pena. Hizo lo segundo, no

quiso despertar a su hijo.

—Perdón —le dijo él ya con los estertores de la muerte roncando en su pecho,

con los párpados cerrados, tomando su mano con las pocas fuerzas que le quedaban—. Perdón, Marita, te hice daño.

«No, no lo hagas, Héctor —pensaba ella—, yo nunca te quise, quise un hombre

que no pudiera amar. No quería terminar como mi madre, enamorada hasta la enfermedad, enamorada irracionalmente de un hombre malo, de un hombre que

no la quería y que ella adoraba tanto que anteponía hasta sus hijos por él».

Recordaba vívidamente, viendo a Héctor agonizar esa noche, cómo, siempre, su

padre se había gastado en tres días su sueldo de profesor, tomando. Y, como siempre, regresaba a casa para echarle la culpa de todas sus desgracias a su madre. Ella era la culpable de que él hubiese dejado a una buena mujer. «¡La dejé por ti —le gritaba—, tú te metiste en mis ojos!». Claro, la chica huérfana criada por unas tías solteras, que era veinte años menor, lo sedujo

despiadadamente hasta hacerlo dejar su familia. No era cierto, la esposa también

estaba harta de él. Cuando supo que había embarazado a una alumna de diecisiete años, vendió todo lo que pudo, incluida su casa, tomó sus cosas y se

fue al extranjero con sus hijos. Lo dejó con una mano delante y otra atrás, se hizo de esa familia y tubo lo que siempre quiso en la vida, a quién echarle la

culpa de todas sus frustraciones. Pudo ser un gran artista y no un pobre profesor

de música en escuelas fiscales; pudo ser un gran concertista, pero por la mala mujer que se cruzó en su vida no lo logró, y ella le creía, ella, ciertamente, creía que la culpable de que él no fuera el hombre que quiso ser. Cuando desaparecía,

no dejaba plata para la comida, y su madre no sabía qué hacer. Demasiado celoso

para dejarla trabajar, ella temía hacerlo, solo esperaba que el recordara que tenía casa y que sus hijos tenían que comer. Esa noche, se fueron a dormir ella y sus

hermanitos tomando un agua de yerbaluisa y con hambre, con mucha hambre.

Marita se despertó muy tarde por los ruidos, él había llegado con medio pollo a

la brasa y los vio a los dos callados, escondidos. Comían riendo, él la besaba en

la cara, embarrando sus mejillas. Le daba de comer en la boca con una mano, mientras con la otra hurgaba entre sus piernas. Y su madre estaba, lo más triste

para Marita, feliz, pocas veces la había visto tan feliz. Se prometió entonces que nunca sería como ella, nunca podría comer sabiendo que sus hijos estaban con hambre, nunca podría amar a un hombre más que a sus hijos, más que a sí misma. Aunque nunca conociera el amor. Por eso lo escogió, Héctor estaba bien

para ella, estaba segura con él, jamás podría enamorarse de un hombre así, eso la

libraría de ser su madre.

—No me pidas perdón, no te amé nunca. —Le acarició su huesuda mano—.

No me debes nada.

—Siéntate, Karry, viniste a verme, querías hablar conmigo. Yo también quiero

hablar contigo desde hace mucho. Disculpa el desorden y la pobreza de mi casa.

Karry, parada en el centro de la sala, no sabía qué hacer. ¿Desorden?, ¿era eso

una sala? La imagen era de absoluta pobreza, paredes solo tarrajeadas donde

colgaban almanaques pasados, cajas con botellas amontonadas una encima de otra, un techo de eternit con plásticos entre las láminas para evitar que se filtrara la lluvia. Un falso piso de cemento, muebles raídos, sillas destartaladas alrededor de una mesa que tenía un plástico como mantel y que en su centro dejaba ver una

botella de gaseosa partida a la mitad de donde sobresalía una punta de papel higiénico, la que suponía serviría como servilleta en las comidas. Ella, que solo

usaba en su casa servilletas de lino bordadas aunque comiera sola. «Así me criaron, amor, no éramos ricos, pero así era mi vida, todo limpio, ordenado, fino; todo bonito», le había explicado a su esposo cuando él se reía de lo pulcra y ordenada que era su esposa.

—Siéntate, Karry, le dijo de nuevo.

La mujer la llamaba por su nombre, como si la conociera, como si Renzo, muchas veces, le hubiese hablado de ella. «Se reirán de mí» ¿Por qué tenía tanto

miedo, tanta vergüenza? ¿Acaso no era ella, Karry, la esposa, no era quien debía

estar parada con la nariz en alto, mirándola de arriba abajo?, ¿no era quien debía dar las órdenes? No tenía derecho de ser ella quien exigiera explicaciones, ella debería estar mirándola de pies a cabeza, insultándola, poniéndola en su sitio.

Karry se sentó y le dio las gracias por recibirla en su casa.

Qué será, qué será, qué será

—¿Por qué tan tarde, Vir, qué paso? —preguntó el Dr. P al verla llegar; Vir jamás llegaba tarde al trabajo.

—Lo siento, Paul. Toñito sigue con los bronquios.

—Deberías salir del Callao, es demasiado húmedo.

—Si tengo pensado comprarme una casa en Chacarilla con mi aguinaldo.

—Ahu... —dijo Paul con una sonrisa.

—Perdona, Dr. P., no he dormido en toda la noche. Lo paseé de un lado para otro. Estoy con un genio...

—Sí, ya me di cuenta... —El doctor Paúl sonrió mientras la veía acomodarse para empezar con el trabajo—. Te averigüé de la universidad. Con ese amigo que

te conté. Dice que te puede ayudar a convalidar la mayor cantidad de cursos posibles. Ya han cambiado la curricular casi tres veces, desde que dejaste la facultad.

—¡Ay, Paul! Cada día se me hace más lejana la posibilidad de volver. Con

las

justas el sueldo me alcanza para los gastos de la casa. Y eso que ahora mis padres me están ayudando con el colegio del bebé.

—¿Todavía no consigue trabajo Antonio?

—Está en esas.

—Deberías poner a tu hijo en un colegio estatal y ese dinero aprovecharlo en terminar tu carrera.

—No me alcanzaría ni para la décima parte. Además, es dinero de mis padres,

ellos lo disponen.

—Quizás, probar el traslado a una universidad estatal.

—Sí, puede ser.

Paul, con el paso del tiempo, se convirtió en un buen amigo para Vir. Marita también era su confidente, pero la pobre tenía sus propios dramas, era madre soltera, el padre de su hijo era hombre casado que la trataba muy mal cuando estaba juntos, que más le convenía tenerlo lejos, aunque eso significaba hacerse

cargo del niño, sola. Era el hombre, el tipo de patanes, que pasaba dinero a los

hijos solo si había derecho de cama. Patán. Así que Marita, aunque escuchaba a

Vir en sus penas, trataba de no cargarla con muchas cosas; demasiado tenía la pobre con su propia existencia. En cambio, Paul era tranquilo y respetuoso, escuchaba a Vir, con paciencia, la aconsejaba. Llegaron a entenderse muy bien en sus tristezas y alegrías.

—Ya, pues, Dr. P., ¿cuándo fue tu primera vez?

—Ya les he dicho que no voy hablar de sexo con ustedes.

—¡Qué malo eres! —exclamó Marita mientras le servía un café, en un descanso entre paciente y paciente—. Nosotras te contamos todo Y tú nunca sueltas nada.

—Ustedes hablan solas. Yo nunca les pregunto nada.

—Sí, pero bien que te cagas de risa escuchando lo que decimos —pronunció Vir sacándole la lengua

—¡Ay, Vir! —exclamó Marita arrugando la nariz—. Hoy te toca asistir a la bruja.

—Esa me tiene harta... —respondió con un gesto similar—. Me odia.

—No es cierto —dijo Paul—. Liliana es especial, pero no es mala gente.

La verdad era que la tal doctora sí la odiaba un poquito. Es que Virna era todo

lo que ella no era. Liliana era una dentista de unos treinta años, muy alta y con

un rostro si bien no desagradable, un poco tosco para una mujer. Además de ser

muy rígida, era poco femenina, anticuada y siempre estaba hablando de religión.

Y, por supuesto, soltera.

—Ayer me hizo pasar vergüenza, Paul —acotó Vir—, delante del paciente, ese

gordo colorado, el cajamarquino. Él se puso a hacerme bromas y yo le seguí la

payasada. De repente, ella volteó y me dijo casi gritando: «Demasiada confianza

te tomas con los pacientes». El gordo casi se atragantó del susto. Ya no volvió a

realizar ningún comentario, se puso tan rojo que daba ganas de echarle agua fría.

—¿Y no le dijiste nada? —preguntó Marita.

—¿Qué le iba decir? «Doctora Hurtado, no se ha acomodado el palo que tiene

clavado en el...

—Vir —la interrumpió Paul.

—Le hace falta un hombre —dijo Marita—. Uno que le remueva hasta la conciencia, que le haga clamar a Dios.

—Creo que hasta es virgen —sonrió Vir—. ¿No pertenece al grupo católico de

profesionales no sé cuánto?

—Con más razón —añadió Marita—. A esa, lo que le falta es un negro de dos

metros de alto y treinta centímetros de frente, así como Memito. Que la deje robada.

—Ahí, memito tendría que entrar con comba... —agregó Vir, riéndose.

—No, mejor con esas máquinas de perforar las pistas... —dijo Marita riéndose

también.

—Debe de tener hasta telarañas en el asunto... —volvió a decir Vir.

—¡Y ustedes salieron de colegio de monjas! —exclamó Paúl riendo.

—¿De qué hablan? —preguntó la doctora en cuestión, que entraba la sala dónde los amigos hablaban.

—De un nuevo tratamiento para el estrés —respondió Vir— que el doctor Paul

quería recomendarle. ¿No, doctor?

—Todo tuyo —dijo Antonio—. Y endosado a tu nombre para que lo cobres.

—¿Estás hablando en serio?

—Ahí está, todo tuyo. Claro que me darás de ahí para los pasajes y mi menú.

—No, amor —lo contradijo Vir—, desde mañana llevarás tu lonchera, que te preparara tu fiel y adorada esposa. Ganas más que yo...

—Podrías sacar tus joyas del empeño. Los aros lo primero.

—¿Hablas en serio?

—Sí, amor. Aunque también me falta ropa, estas zapatillas ya hablan solas.

—Lo siento, gordo. Le debemos a todo el mundo, comenzando por mi madre.

Y ya sabes, deberle a doña Olga es como deberle al diablo. No les está yendo

bien con las ópticas.

—Deberían venderlas. Y volver a la tienda en el mercado.

—Se lo he dicho hasta el cansancio. ¿Qué quieres que te prepare para cenar?

—¿Quieres saber qué quiero comer, o a quién quiero comerme?

No ganaba más que Vir. Pero estaba trabajando, era el gesto, el esfuerzo más que el dinero. Se levantaba muy temprano y trabajaba ocho horas diarias. Podía

haber hecho sobre tiempos, pero no quería exigirle. Llegaba a casa cansado, pero

a su casa. A los brazos de su esposa, que lo amaba mucho. Eso sí que era amor.

—¿Cómo lo conocí? —habló Karry tratando de controlar el temblor de su voz.

Ella estaba ahí porque en esa casa estaba viviendo su esposo, que la había abandonado hacía meses. La mujer con la que él estaba viviendo la había invitado a sentarse en su humilde sala, se la quedó mirando fijamente por un largo rato y luego le preguntó, como si fuera ella una invitada, como si esa fuese una visita de cortesía, que le contara cómo había conocido a su esposo —. Fue un

amigo quien nos presentó. El amigo de Renzo lo llevó para que le hiciera la taba

con una amiga mía con quien estaba en afanes. «Sí, es de la Punta y trabaja en

un banco». «La Punta, banco, debe estar en algo», le había dicho al amigo y

fue.

Cuando me vio, quiso ahorcarlo con la mirada. Yo era, como me dijo luego:
«Un

cuarto de pollo, que no pasaba del metro sesenta, delgadita, con una nariz en
pico y dientes de conejo». Pero él era un caballero, sonrió y, por lo bajo, le
dijo al amigo: «Le dices que tengo enamorada y que está enferma. Estas
feítas se le

prenden a uno como chicle». Entramos a la discoteca y conversó muy amable
conmigo. «Diez minutos y me voy», se había discho. Pero a los cinco
minutos se

dio cuenta deque yo era una chica muy divertida, que lo hacía reír reír del
uniforme de los mozos, luego, con las cargadas sobre la situación del país. A
los

quince minutos, Renzo advirtió, mientras le contaba sobre lo que había
pasado en mi trabajo el día que hubo un asalto, que yo tenía unos ojos muy
bonitos, verdes, grises. «Algo extraños, pero bonitos». Mi papá era
farmacéutico y, qué casualidad, trabajó muchos años para el mismo
laboratorio donde él laboraba.

Hasta yo conocía personas que aun trabajaban ahí y le conté unas anécdotas
muy

divertidas de los jefes de Renzo. «Sí, la querida lo encontró con la esposa, no
al revés, ella se dio por ofendida porque el viejito le había dicho que ya no
estaban casados. Le hizo una escándalo que tuvieron que traer a la policía». A
los cuarenta minutos, «Qué graciosa eres», me había dicho, «cuando frunces
la nariz

al sonreír y tu cabello es rubio natural. ¿Te gustaría bailar?», me preguntó
Renzo. Yo sonreí encantada. «Claro, ¿podrás conmigo?», lo reté. No pudo.

Modestia aparte, soy una excelente bailarina. Y la salsa es mi fuerte. En

medio

del baile, se dio cuenta de que tenía una cintura tan pequeña que su mano la cubría casi por completo, lo que hacía ver mis caderas aún más grandes, y que

mis piernas eran muy bien torneadas. «No me digas que ya te cansaste, Renzo,

mírame, yo ni sudo», lo azuzaba yo. Después nos empujaron y me tropecé con

él, entonces sintió que tenía unos senos también muy bien formados, algo grandes para mi baja estatura, como a él le gustaban. En el segundo empujón, firmes y duros. Dos horas después, se había ido ya su amigo con mi amiga. Pero

nosotros ni nos dimos cuenta. Tres horas después, en cada baile, comenzó a apretarme cada vez más hacia su cuerpo y, justo en el preciso momento en que

Renzo me miró intensamente con cara de «qué bien se vería este cuartito de pollo en una cama», yo, el cuartito de poll, le dije: «Bueno, Renzo, la pasé muy

bien. Gracias», y desaparecí entre la gente. «¡Karry!», me había gritado Renzo en la mitad de la calle, «¡Karry! ¿Dónde vas?». «A casa». «Yo te llevo». «No te

preocupes», le había dicho sin voltear a verlo, «ya vienen a recogerme». «¿Me das tu teléfono?, a ver si nos encontramos otro día». «No. A tu enamorada no le

debe gustar que te llamen las feítas que se pegan como chicle». «Oye, yo...».

«No te preocupes», concluí, «la decepción fue mutua. Tampoco me gustan los

“*playboy* de barriada”». Renzo, en ese momento, se dio cuenta de que toda la noche lo había estado calentando. Nada fue casualidad. Mis bromas, mi interés

por su trabajo, la manera en que bailaba, los supuestos tropezones. Todo fue adrede, lo calenté hasta llevarlo al límite y luego le dije adiós. Ni se dio cuenta cuando le pegué un gran chicle en su cabello. Hasta se tuvo que rapar.

—¿Hablaste con tu novia, Paul? —preguntó Vir mientras este llenaba unas historias de la consulta.

—No todavía.

—¿Estás haciendo planes de ir a especializarte al Brasil, de irte por unos años a otro país, y todavía no hablas con tu novia?

—Se lo he insinuado, le he hablado de la especialidad, pero...

—Paul, ¿por qué no se casan de una vez? Y se van juntos.

—Ella es muy pegada a sus padres, a su casa. No creo que quiera irse del país.

Además, tiene un buen trabajo. No puedo pedirle que lo deje todo y se vaya conmigo.

—Pero si se aman. Además, ya sabes, amor de lejos, amor de a cuatro.

—Hace dos semanas la han ascendido.

—¿No la quieres?

—Tenemos ya cinco años

—No te he preguntado cuántos años tienen juntos, sino si la querías.

—Yo, no sé, ahora último...

—Pues déjate de cojudeces —lo interrumpió—, es mejor que te aclares y pronto. No hay nada más cruel que un hombre le haga perder su tiempo a una mujer. Tú estás todo inseguro y ella quizás está escogiendo su vestido de novia.

Bien, hablando de otra cosa, te decidiste. Ortodoncia, ¿verdad?

—Es la especialidad más cara, Vir. Con mis ahorros no creo que me alcance.

—Valdrá la pena. El doctor García, que en paz descanse y que de Dios goce, siempre decía que era la especialidad del futuro. ¿No has visto cuánto gana el huevón ese del Ferguson? Y para mí que no sabe nada. Sus pacientes salen más

feos de lo que entran.

—Lo pensaré —respondió Paul sonriendo—. ¿Y tú?

—Estoy ahorrando. Si le dan el aumento a Antonio, puede ser que el siguiente ciclo, me incorpore. Le está yendo muy bien en el trabajo.

—¿Y esa cara, Antonio?

—Me despidieron, Vir.

—¿Cómo? Pero, gordo, ¿qué pasó? Si hasta te iban a ascender.

—Pasó algo en el trabajo y entonces... —El tonito de voz, la mirada

desviada,

la manera de rascarse la cabeza...

Vir se incorporó, dejó su cara de sorpresa y se cuadró como boxeador a punto de recibir el golpe.

—Habla de una vez, Antonio —dijo muy seria.

—Estoy en problemas.

—¿A qué te refieres?

—Ficco y yo nos metimos en un lío muy gordo. En realidad, era una tontería, pero...

—¿Qué pasa, Antonio? Me asustas.

—Cuando nos mandaron para dejar esa mercancía a Piura. ¿Te acuerdas? El mes pasado. Bueno, nos dieron dinero para viáticos. Nos excedimos en los gastos y a Ficco se le ocurrió falsificar unas boletas para que nos rembolsaran el dinero. Dijo que todos lo hacían, que nadie se daría cuenta, y entonces...

—Ese Ficco, te dije que no lo metieras a trabajar contigo...

—Bueno la cosa es que... ahora han encontrado algunas otras facturas falsificadas y pérdida de cosas donde Ficco está metido. Entonces, como estuve

implicado en lo otro, creen que también estoy en eso... La empresa ha puesto una denuncia y...

—¡Por Dios, Antonio! ¿Eres imbécil o qué? Falsificar boletas para... ¿Qué te crees?, ¿qué tienes quince años y falsificas la libreta de notas? ¡Eres un

adulto, carajo!, ¿cómo te pudiste prestar para esa cojudez?

—Lo sé, Vir, fue una tontería. Pero no estoy en lo del robo. Tú me conoces, yo

no haría eso.

—Sí, te conozco, Antonio, sé que eres incapaz de robar. Pero también sé que eres tan imbécil para haber visto al Ficco ese robando y no decir nada, ¿verdad?

—No, Vir. Yo no sabía nada. Solo lo de la falsificación... un par ceros en unas

boletas de restoranes, nada más... ¡Estas cosas!, ¿por qué siempre me pasan a mí?

—¿Por qué será, Antonio? Quizás porque tienes veinticinco años y la mentalidad de un mocoso de trece. ¿En qué estabas pensando cuando falsificaste

esas facturas? ¿Que era una payasada, una broma? No pensaste que te estabas jugando el trabajo. Y ahora hasta tu libertad.

—Todo el mundo lo hace, Vir. Estas cosas pasan.

—Sí, estas cosas pasan y son por algo. A ti te pasan por imbécil. Ahora vamos

a preguntarle a todo ese mundo cómo sales de estas. ¿Cómo pudiste ser tan irresponsable? Te advertí desde el principio que ese Ficco era mala ficha. Sabes

de la fama que tiene en el barrio, y tú lo fuiste a meter a tu trabajo.

—No lo pensé en ese momento, Vir. Era mi pata.

—Ese es el problema contigo, Antonio. Nunca piensas. Ni en tus responsabilidades, ni en tu familia, ni en mí.

—¡Carajo!, ¡sabía que no debía contarte nada!, que te ibas a poner toda histérica. Como siempre.

—Y si no me lo contabas a mí, ¿quién te iba a ayudar, Antonio? ¿Quién te iba

a sacar de esta? ¿Tu amigo Ficco?

Fue un gran lio, de los más grandes. Durante meses, los esposos Carranza Zavala no hicieron más que recorrer el Palacio de Justicia, corretear a los secretarios del juzgado y dar dinero por todos lados, además de huir de los acreedores. Antonio salió bien librado y sin antecedentes. Pero Vir tuvo que soltar todos sus ahorros, endeudarse con gente que ni siquiera conocía y vender

todo lo que encontró en su camino: electrodomésticos, ropa, sus joyas... hasta sus aros de matrimonio. Cuando el encargado le preguntó si no quería

empeñarlos mejor, «Para que pueda recuperarlos más adelante, señora», le había

dicho, ella respondió con una triste sonrisa y una voz de presagio: «Como dice mi papá: “lo que se ha de empeñar, que se venda de una vez”».

—Pensé que no ibas a venir —dijo Paúl.

—¿Y perderme tu despedida? —respondió Vir, que dejó su bolso en la silla y saludó con la vista a los demás asistentes a la despedida del doctor—. ¿Les gustó

el ceviche? Yo lo hice. Lo mandé con Marita.

—Sí, está muy bueno. ¿Y esa ropa?

—Estuve en el juzgado.

—Pensé que lo de Antonio ya había terminado. ¿No dictaron sentencia?

—Sí, pero no fui para eso —respondió Vir, desviando la mirada mientras llamaba a Marita con la mano.

—¿Y, doctorcito, nervioso por el viaje? —dijo Marita—. Ahora que te vas solterito, arrasarás con los cariocas. Ya te alucino bailando samba con una calata en el carnaval... —terminó de hablar dando unos pasitos de samba.

—¿Están comiendo el ceviche? —preguntó Vir a Marita—. Me salió muy picante.

—Está riquísimo, Vir, todos están repitiendo —respondió Marita—. Te voy a servir un plato. Ahora vengo.

—¿No has hablado con Gaby? —indagó Vir a Paúl—. Una reconciliación a último minuto...

—No. Cuando terminamos se veía más que aliviada, créeme.

—Bueno. A ti tampoco se te ve de luto que digamos.

—Incluso, ayer me llamó para despedirse.

—¡Qué civilizados son los pitucos! —exclamó Vir mientras tomaba un trago

—. Si hubiese sido yo, después de seis años de espera, te llamaba para mandarte

a la recon...

—No me has dicho a qué fuiste al juzgado —la interrumpió Paul.

—Me voy a divorciar. Fui con el abogado a presentar la demanda.

—¿Qué? —preguntó sobresaltado—. No me habías dicho nada.

—¿Hace cuánto tiempo que no hablamos? Con tus ajetreos, no hemos tenido tiempo de conversar.

—Sabía que las cosas estaban mal. Pero no pensé que tanto así.

—Más que mal. Ayer me mudé a la casa de mi mamá. Y al él no lo veo hace tres meses.

—De verdad lo siento, Vir.

—Gracias, Dr. P. Te vamos a extrañar... —le sonrió Vir con sinceridad.

—Y, Paúl, ¿regresarás? —preguntó un doctor al extremo de la habitación—, ¿o

te quedarás por esas tierras calientes?

—Sí, regresaré —respondió Paul algo nervioso—. Claro que regreso.

Que no me trate como tú, que me ame como tú nunca

amarás

Karry continuó con su relato, la escena no podía ser más bizarra, ella le contaba a la mujer que vivía con su marido, cómo ellos se habían conocido, pero, por alguna razón, no se sintió incómoda, quería también que ella supiera su

historia.

—Renzo, entonces, trató de dejar lo de la discoteca así. Se sentía mal por lo

que dijo a su amigo y que yo lo hubiese escuchado. Pero tenía más rabia por lo

que yo le había hecho. Trató con el amigo de averiguar algo sobre mí, pero este

estaba bien aleccionado, no consiguió nada. Entonces se acordó de que yo trabajaba en aquel banco. Así que me hizo la guardia a la hora del almuerzo por

casi dos semanas. Ni él mismo sabía por qué estaba haciendo eso. Hasta que me

vio. Me siguió, sin que yo lo advirtiera, al restaurante donde almorzaba en mi descanso. Así que, mientras yo conversaba muy animadamente con una amiga esperando el servicio, él se sentó de un golpe en mi mesa. Me saludó sonriendo.

En ese momento, cuando lo vi, me sonrojé, me temblaron los labios y cerré los

ojos como si el sol me hubiese dado de frente. Renzo me dijo, luego, que, por ese momento, por verme reaccionar así, había valido la guardia de las dos semanas... Aunque, después pensó que no había sido suficiente. Volteó a ver a

mi amiga y le dedicó su fascinante sonrisa de catálogo, y ella lo vio tan guapo que, a pesar de mi negativa, nos dejó solos.

«—Hola Karry. Todavía no has respondido mi saludo.

—¿Qué quieres?

—Saludarte, ver cómo has estado. Pensaba invitarte a salir. Que completaras tu actuación de esa noche.

—No saldría contigo ni muerta.

—No muerta, no me servirías.

—¿Qué es lo que quieres, imbécil?

—Ya te lo dije. Nos quedamos en la mitad de algo y quiero que lo completes.

—Mira, galán de barrio, estás haciendo el ridículo. Te molestó lo que hice, y a

mí, lo que dijiste. Estamos a mano. Y el pelo ya té está creciendo. Así que, si me haces el favor...

—Pero eso es lo que quiero, Karry. Hacerte el favor».

»No le respondí, tenía ganas de golpearlo, pero no soy así. Me levanté y solo

atiné a dirigirle una mirada furiosa. Salió del restaurant detrás de mí. Estaba tan nerviosa, tanto así que no podía siquiera cruzar la pista. «Espera», me había dicho tomándome del brazo con mucha suavidad.

»No volteé a verlo, solo le dije, con voz muy pausada y menos firme de lo que

hubiese deseado, que me soltara. Lo hizo y crucé la calle, entré al banco, me dirigí a mi oficina y fui directamente al baño. Me puse a llorar por casi una hora.

Sin saber por qué. Luego él me dijo que se había enamorado de mí desde ese momento, que sintió, al verme tan nerviosa y tan frágil, lo que hasta ese entonces nunca había sentido por ninguna mujer, ni siquiera por Marielena: ternura.

El señor juez que los divorció tuvo que callarlos hasta en tres oportunidades, pues Virna y Antonio se presentaron a la audiencia de *reconciliación* con tanta rabia macerada en sus ojos que terminó destilándose en las palabras que

se escupían uno al otro. Cada insulto, más hiriente, ingenioso y más vulgar que el

anterior. Llegó un momento en que la autoridad no supo si reír del espectáculo o

enfurecerse por completo al escuchar cada ofensa y réplica tan vulgar como graciosa. «Estos chalacos se pasan», pensó con una sonrisa maléfica, se relajó un

poco y luego los votó del recinto a gritos:

—Sinceramente —dijo al terminar—, les recomendaría poner un mar de por medio entre ustedes, hasta, si es posible, otra galaxia.

Salieron apurados y se pusieron a discutir de nuevo en la puerta.

—¿Oíste?, la pensión puntual, Antonio. Ni dudes que, a la primera, te hago juicio de alimentos.

—Sí, sí. Claro. Tan desesperada estás por tu soltería que te tenías que venir con

esa falda de putona.

—¿Sabes qué?, vete a la... —Le lanzó una última mirada de reproche a su entonces exesposo. Pero se trabó a la mitad. «Mierda, qué bien se ve en terno».

—¡Les dije «largo»! —los interrumpió el juez, quién se asomó a la puerta.

Lo que vino después para Vir fue fácil de prever: sus padres la aceptaron en la

casa, contentos. Pero ya nada era igual. Ella ya no era la hija, era la madre. Ya no era su responsabilidad, ya no era su problema. Y eso se hizo sentir desde el principio. Vir se sintió una intrusa desde el primer instante. Tuvieron que desalojar a su hermano del que fuera su cuarto, para dárselo de nuevo a

ella.

También le incomodaba la manera como su madre interfería en sus decisiones y

su forma de criar a su hijo, lo cual era cómico porque Vir siempre la recordó como una madre ausente y, en ese momento, quería ser una abuela omnipresente.

«Cuela la avena, le hará bien para su barriguita».

«Dale la sopita antes del segundo, eso le calienta el estómago».

«Ese niño está flaquito. No le dedicas tiempo en las comidas».

Sus padres insistieron en que dejara de trabajar para que se dedicara al niño.

Pero Vir no quiso, no solo sería perder el trabajo que tanto quería, era también el hecho de que, aunque los padres lo ocultasen, los negocios de las ópticas se estaban yendo a la bancarrota. Por más que don Chico quería regresar a la tienda

de abarrotes en el mercado de Sáenz Peña, era doña Olga la que se había enterado en lo de las ópticas. Sentía que volver a atender una tienda sería degradarse. Le gustaba el mandilito blanco, el que le dijeran, de vez en cuando,

«doctora», no tener que pelear con los comerciantes por los precios. Además, Virna quería volver a estudiar. Así que trató por un tiempo de ahorrar todo lo que

pudo para retomar sus clases. Por un año lo consiguió y logró avanzar dos ciclos.

Pero la cosa se iba haciendo más pesada en la casa entre la universidad y el trabajo. La abuela Olga era quien se encargaba del nieto; sinceramente, no era que no lo quisiera, lo adoraba, pero no era nada maternal la mujer.

—Estoy encerrada en casa por el nieto, querida. Ya ni salgo —comentaba por teléfono, a alguna amiga, su desdicha—. He descuidado las ópticas por estar en

casa con el nieto... Mi nieto está tremendo... Me ha envejecido cinco años en uno...

—¿Por qué nunca lo llamas por su nombre? —le preguntó Vir a su madre.

—¿A qué te refieres? —indagó ella.

—Antonio. Mi hijo se llama Antonio. Le dices mi nieto, el niño o la criatura, pero nunca su nombre.

—¿Y no sabes por qué? Tiene el nombre de ese... ese desgraciado que te arruinó la vida...

En ese momento, comenzaban las mismas recriminaciones de siempre: «Si no

hubieras dejado la universidad», «Si te hubieses casado con Iván», «Si te hubieses ido a los EE.UU.», «¿Por qué no esperar un par de años antes de salir

embarazada?, ¿tanto apuro de hacerte de marido?», «Mira en qué situación estamos. Se suponía que, en esta época, tú serías la que nos estarías ayudando a

nosotros enviando dinero para la educación de tus hermanos. Y nosotros, ¿hasta

cuándo?». Un día, Vir no aguantó más.

—Alo.

—Hola, Vir. ¿Pasa algo con el niño?

—No, él está bien... Antonio, estaba pensando. Será posible que tu mamá cuide al niño en las tardes. Mi mamá no puede verlo por el trabajo. Ya sabes, el negocio no está bien y necesita que...

—Claro... —respondió de inmediato, antes que Vir lo pensara dos veces.

Y así comenzó todo, otra vez. Vir dejaba al niño en el nido. Antonio iba a recogerlo y de ahí lo llevaba a casa de su mamá hasta la hora en la que llegaba ella del trabajo para volver a su casa. Luego él, muy amablemente, comenzó a llevárselo a lo de Vir para que no hiciera el viaje. Por esos días, estaba haciendo colectivo, en esos carros tipo lancha, de la ruta colonial Plaza Grau Colmena, para menores detalles. Así que movilidad no le faltaba. Incluso se encargaba de

pasar dinero a Vir para los gastos del niño. No mucho, pero era un apoyo. Así fue que los divorciados, que al principio solo se hablaban para decirse cosas muy

feas, largas y feas, comenzaron a decirse monosílabos, luego palabras hasta llegar a las oraciones completas. Un día, Antonio se apareció con el niño en el

trabajo de Vir y fueron a comer juntos por el cumpleaños del pequeño. Otro día,

por el día del niño; luego, por fiestas patrias, por su cumpleaños, por el día de la amistad, del trabajo, etc. Al poco tiempo, aun sin decir nada, estaban viéndose más que cuando estaban casados. Las miradas se volvieron cálidas mientras iba

enfriándose el rencor.

Faltaba una razón para este amor... y la inventamos

«¡Vamos Vir!», le había dicho Marita cuando habló con ella por teléfono,

«¿cómo no vas a ir al matrimonio de Renzo? No quiero ir sola».

Vir seguía dudando, por lo que, esa tarde, llamó a Marielena para contarle que

Renzo se casaba con una pitucona de la Punta, media feíta, que se llamaba Karry

y estaba podrida en plata.

—Bueno —dijo Marielena cagándose de la risa—. ¡Ay, Vir! ¿Cómo voy a estar

celosa? ¡Que con su pan se lo coma! Renzo no es mala gente, y si la chica tiene

plata, él sabrá cómo gastársela, de eso ni duda cabe.

—No sé si ir —dudó Vir—. Es que...

—¿Cómo qué no? —preguntó—. Si es por mí, no te hagas paltas. Me alegro por él, en serio. Renzo es un buen pata. Además, quiero que después me rajes de

todo.

—Amiga..., es que...

—Es ¿qué? —Su amiga sintió esa turbación y, de seguro, comenzó a sospechar

por donde venía su nerviosismo—. ¿Es porque te vas a encontrar con Antonio?

—No, no es eso. Lo he estado viendo... por el niño. Sabes que su mamá me lo

está cuidando y no pasa nada. Pero...

—¡Ay, Vir!, ¡no me jodas! No me digas que todavía tú...

—No, no, te lo juro, es que... ¿y si va con esa chica con la que dicen que está saliendo? Y yo voy sola, entonces...

—Vir, cuando uno ya no siente nada, lo puedes ver tirándose a Miss Universo y hasta le aplaudes, le haces barra. Pero si... ¿Sabes qué?, mejor no vayas, no vaya a ser que se te meta el diablo y...

Vir sí fue. Por Marita, que no quería ir sola; por Renzo, que siempre había sido chévere con ella; porque quería bailar, porque quería ver si la novia era tan fea

como decían, y por... él también. Le habían pasado el dato que estaba saliendo con una chica de la vuelta de su casa. Una mocosa pelos pintados que siempre

estuvo detrás de él. Quería cerciorarse. «Pero ¿por qué eso te importa, Virna?, ¿por qué?».

—Yo me resistí mucho, con sinceridad, no quería tener nada con él. Me repetía a mí misma, varias veces al día, que solo me traería problemas —hablaba Karry sonriendo—. Había algo en él, muy aparte de su físico impresionante. Era algo más que me ponía tan alterada, pero no estaba

dispuesta a descubrirlo, solo tenía claro que me traería problemas. De eso estaba más que segura. Sabía que no debía pensar en él, me decía que era un patán, chusco, ordinario, tan arrogante y tan... ¡Oh! Pero siempre terminaba imaginándolo desnudo. Fue él quien comenzó a perseguirme, y sí que Renzo era persistente. Abrió una cuenta en mi banco. Dos días a la semana iba a hacer un depósito o consultar su saldo, cedía su puesto varias veces hasta que le tocaba mi ventanilla. Y luego no decía nada que no dijera un cliente haciendo un trámite rutinario, pero me miraba de una manera que me dejaba nerviosa toda la tarde. Cuántas veces le puse el cartel de cerrado en sus narices. Y él desaparecía un par de días, pero otra vez volvía. Hasta el día en que le hice remolcar el auto de la puerta del banco. Se dio cuenta que fui yo porque le dije «adiós» con la mano mientras él corría tras de la grúa. De ahí no lo volví a ver hasta que al novio de mi amiga, el de la discoteca, se le rompió el preservativo. Así que fue Anita, mi pata del alma, quien se casaba y, aunque quizás Renzo fuera al matrimonio, yo tenía que ir. Pensé: «Voy a la ceremonia, estoy hasta que salga la novia. Que ella me vea y desaparezco, ni siquiera tiene por qué verme, ni si quiera iré a la fiesta. Solo a la Iglesia». No lo vi por ningún lado, pero en el salón de recepción, cuando estaba cruzando la puerta, me lo encontré. «Hola, Karry», me había dicho, «¿ya te vas?». Se había colocado entre la puerta de salida y la pared. «Hola, Renzo», le respondí totalmente aterrada, mirando que, para mi mala suerte, no había nadie cerca. «Mira, lo de tu auto, de verdad lo siento, no fue mi intención, pero en verdad estabas mal estacionado...». «Me costó la mitad del sueldo sacarlo del depósito». «¿En serio? No sabes lo mal que me siento». «No te creo». «No, de veras». «¿Sabes qué voy a hacer contigo?». Cuando dijo eso,

comenzó a caminar hacia mí, y yo cerré los ojos pensando que era capaz de tirarme a la piscina si era un animal. Quise correr, pero me sujetó de la cintura. «¿Dónde vas?». Con una sonrisa, me cargó hasta ponerme a la altura de sus ojos y me apoyó contra la pared. «No sabes las ganas que tenía de hacer esto». Entonces me besó, con fuerza al principio y, luego, con mucha dulzura, tomando mis labios con destreza, apretándome a su cuerpo, haciendo coincidir nuestras caderas, rozando mis senos, tocando más de lo que le había permitido a un hombre tocar. Por minutos, casi me hizo el amor con la ropa puesta y en posición vertical. Se detenía por unos segundos, tomaba aire, me miraba a los ojos y, otra vez, volvía a la carga. Hasta que me dejó en el piso temblando toda, agarrándome del brazo de él porque si no me caería. «Ahora», había dicho acomodando mis cabellos y mi vestido, «vas a ser mi enamorada, vas a darme la mano toda la noche y te vas a portar bien». «Claro», le respondí yo, «lo que tú digas, Renzo».

Quiero volver, mi vida, quiero volver

El matrimonio fue una gran fiesta en el Regatas de la Punta, muy elegante. La familia de la novia se veía decente, blanquiñosa, bien vestida, algo sobrada.

Aunque a la novia, Karry, se la notó muy agradable, era un poco feíta, pero no

tanto. Bonitos ojos, rubiecita, ¿quizás si se operaba la nariz? Claro que, comparada con Marielena, ni a los talones. Aunque eso no parecía importarle al

novio, que se lo veía muy contento. Ambos se veían muy felices. Y la novia

tampoco era nada celosa a pesar de lo guapísimo que era su esposo. Hasta se mató de risa cuando tocó que las solteras se sentaran en las piernas de Renzo.

Ahí fue que Vir la envidió un poquito. ¿Cómo podía estar tan relajada y contenta

viendo cómo se le sobaban una que otra atrevida a su esposo?, cuando ella sentía

morirse de rabia cada vez que una de esas tipitas le pegaba una mirada o sonrisa

al que era su exesposo.

Antonio fue solo y había sido uno de los testigos del novio. Cuando subió al altar a firmar los papeles, «mierda —pensó Vir—, qué bien se lo ve en terno».

Trató, en lo posible, de no cruzarse con él en la iglesia, en la recepción. Aun así.

Solo era que levantara la mirada y él estaba frente a ella. La única que vez que

no lo vio delante fue cuando se acercó por detrás para invitarla a bailar. «No, Vir, no lo hagas —se quedó ella con la mano suspendida a centímetros de la suya—,

dile que te has torcido el pie, que esa música no te gusta, que lo odias, que te cagó la vida. Sal de aquí, huye corre, corre».

—Esto no puede volver a pasar —dijo Vir—. Estamos divorciándonos.

—Claro, Vir —respondió Antonio—. Fue una locura.

—Eso, una locura, ya sabemos que lo nuestro no funciona

—Así es, Vir, estoy de acuerdo contigo.

—Nunca más, Antonio.

—Nunca, Vir —contestó él mirando el suelo—. ¿Dónde está mi calzoncillo?

Fue a mitad del baile que hubo un apagón, de los acostumbrados de la época cuando los terroristas volaban una torre eléctrica por día. A oscuras, Antonio, en pleno baile, la apretó a su cuerpo y, cuando volvió la luz, los exesposos no daban señales de vida. «Malditos terroristas —diría Vir años después— fue por culpa

de ellos. Una razón más para, sentenciarlos a cadena perpetua». Y luego, con apagón o sin él, volvieron a hacerlo, muchas veces más. Cada vez que terminaban, se juraban que nunca más. A las finales se hacían esos juramentos vistiéndose a la carrera y matándose de la risa.

—Mamá, es por el niño. No puedo estar en este corre y corre. Además, ustedes

tienen sus gastos y no es justo que...

—¡Déjate de estupideces, Vir! —la interrumpía doña Olga con ese gritito agudo tan característico en ella—. ¿Crees que soy imbécil? ¡Quieres estar cerca

de él! ¡Qué casualidad!, te vas a mudar a la misma cuadra que ese...

—El bebé estudia en el nido cerca a su casa. Y la mamá de Antonio me lo cuida en la tarde. Además...

—Virna, no mientas. ¿Quieres hacerlo? Bien. Síguete jodiendo la vida. Solo ten presente que ahora estás arrastrando a tu hijo.

—Mamá, por favor...

Alquilaron otro cuarto, un poco más lejos del que tenían antes. Y empezaron

a

vivir juntos de nuevo. Esa vez, las cosas estuvieron mejor desde el principio.

Antonio se levantaba temprano, sacaba el auto y trabajaba todo el día. Virna dejó

de quejarse por el dinero, jamás hablaban de ello, así el trajera cinco o cincuenta

soles. Se juró a sí misma nunca más discutir por plata. Cuando el Dr. P regresó, encontró a Virna en los preparativos de su segundo matrimonio. Lo de Paul fue

gracioso. A pesar de sus más de dos años de ausencia, fue como si nunca se hubiesen dejado de ver. Una vez más, eran él, ella y Marita teniendo esas largas

charlas, tomando un café mientras esperaban que llegaran los pacientes. Las bromas eran comunes. «Si se viene, le preguntamos a la señora Flores en la próxima consulta». «Ya, pues Dr. P., cuéntanos: “La conocí en Brasil y de ahí me

enamoré”. ¿A cuántas cariocas te tiras... digo, te enamoraste». «¿Te quemaste alguna vez?, ¿te tocó con presa?, he visto en televisión unos travestis igualitos a una mujer». «Carajo, ya cástate, van a creer que eres maricón». O los chistes de

Vir: «A ver, Paúl, esta es nueva: entonces la caperucita dice: “Abuelita, qué clítoris tan grande tienes». Algunos doctores habían querido entrar a ese grupo tan divertido que hacían los tres. Pero Vir y Paúl se sentían cortos de hacerse bromas tan subidas de tono delante de otra persona, o esas confesiones...

—Serás mi testigo, ¿no? —le preguntó Vir al que era su mejor amigo.

—¿A quién mataste y qué tengo que decir? —sonrió Paul sin levantar la

mirada de sus escritos; una costumbre en él.

—Tonto, para el civil.

Paul suspiró un poco triste y la miró con ternura, hablándole suavemente, como a un niño que se le advierte de no hacer una travesura, como a un suicida

que está al filo de un noveno piso.

—¿Estas segura, Vir? ¿Por qué no te das un tiempo? Convivan un poco más.

No te apresures.

—Ha cambiado mucho, Paul. Trabaja todo el día. Ya no toma con los amigos.

Me ayuda en la casa. Y yo también estoy más tranquila. No le hago escándalos

así nomás ni me dan esos ataques de celos. Además...

—No tienes que convencerme a mí, Vir. Eres tú la que tiene que estar convencida de lo que estás haciendo. Y, por supuesto, estaré feliz de ser tu testigo.

No solo fue su testigo, más tarde sería el padrino de su hijita. Pero eso fue más

adelante. Los matrimonios de Vir y Antonio marcaban época en la urbanización Abtao. Los vecinos decían que les gustaba separarse para casarse de nuevo y poder hacer esos tonos de cerrar la cuadra. Hasta la mamá de Vir fue esa vez.

Don Chico la llegó a convencer después de muchos ruegos. «Lo quiere, vieja, ¿qué vas a hacer? Además, es preferible esto a que esté de hombre en

hombre».

Por supuesto, toda la mancha también estuvo presente. Hasta Renzo. Aunque este tuviera dinero, no se le habían subido los humos y llegó de la mano de su esposa, la que estaba más bonita, ¿sería la operación de la nariz o la felicidad?

Karry era de verdad muy simpática, estaba esperando su primer hijo. «Renzo dice que, si es mujer, le pongamos Marielena». La gente se quedó helada, mirándose unos a otros sin saber qué decir. Hasta que ella y Renzo comenzaron a

reírse a carcajadas. «Te dije, amor, que se quedarían mudos». Así de simpática era.

Los de la clínica también fueron. Bueno, los que no eran pretenciosos llegaron

y se divirtieron a morir. Por ejemplo, el Dr. P. fue la primera vez que pisó un barrio en el Callao, supo lo que era tomar todos de un solo vaso, cómo se bailaba

salsa, de la buena y de la dura. «No, no, Paul, no importa, cuando le pones la mano ahí, sí estás bailando». Él no era el típico chico ricachón, nada que ver, su madre fue una secretaria de juzgado que quedó viuda bastante joven y, sola, los

sacó adelante, a él y a sus dos hermanas en un departamentito alquilado en Miraflores. Como hermano mayor, se lo crio muy austero, responsable y

educado. Pero, como siempre decía Vir, no había vivido, le faltaba calle, esquina, kilometraje. Esa noche, sus buenas amigas lo tuvieron que cuidar de las jugadoras que le daban vuelta como un cordero. Tenía su pinta, un aire de niño

abandonado, con ojos tristes, además de que era doctorcito.

—Esa chica no, Paul. Una noche y te deja huérfano. Le gusta coleccionar huevos...

—La traga sables no, doctor Paul, deja de mirarla. La Jenny es más tranquila.

Toma un poco más y la vas a ver más bonita.

Qué locura enamorarme yo de ti

Otra vez casados, juntos, eran de nuevo una familia. Pero, aunque Vir se mordiera la lengua, la realidad era que el dinero no alcanzaba. Antonio hacía el

esfuerzo, un esfuerzo muy elemental, básico, como había sido criado: «Si hay para comer hoy, lo demás no importa». Cómo le molestaba a Vir esa pasividad

con que vivía la vida, su conformismo. La mediocridad era la estampilla con que

Antonio había llegado a este mundo. Y con el segundo hijo en camino, no se podía continuar con ese estilo de vida.

—¿Sabes, Vir?, hay una buena oferta de trabajo, me pagarán muy bien, pero...

—Nada de *peros*, gordito, no alcanza el dinero...

—Es en Iquitos, amor. Si me decido, sería mañana mismo.

—Está bien, Antonio.

—Tengo miedo de dejarte así con la barriga y...

—Está bien, Antonio. Hazlo.

El segundo embarazo de Virna fue una verdadera tortura. Los primeros meses

tuvo náuseas, mareos, despertarse a media noche con la boca llena de saliva, bajarse del carro a mitad del camino para ponerse a vomitar. Todo le caía mal y,

cuando se empezaron a ir las náuseas, comenzó a comer como náufrago.

Entonces vinieron los problemas de sobrepeso y presión alta. Todo eso era aún

más triste por la ausencia de Antonio.

—No comas tanto, Vir. Ya te dijo el doctor que, si sigues engordando a este ritmo, te pones en peligro tú y el bebé.

—O como o me pongo a llorar, Paul.

—¿Es Antonio?

—No. Soy yo, estoy hecha un mar de nervios. Mi gordo se está portando bien.

Me llama todas las noches, me envía el cheque casi completo. Pero...

—Lo extrañas. ¿Y aquí en Lima? Si trata de buscar algo...

—No hay trabajo, Paul. Y lo que gana en Iquitos nos hace falta.

Marita se mudó esos meses con ella para hacerle compañía y cuidarla. De verdad que era buena amiga. Además de hacerla sentir menos sola, el padre de

su hijo, otra vez, la había estado rondando. Él la había engañado con el viejo cuento de «estamos separados». Y una vez que se hizo de ella, la trataba muy mal. Marita ya no lo quería, pero, a veces, los hombres recaen por el sexo. Las

mujeres, por la soledad. Mejor estaba con Vir, porque Héctor, como se llamaba

el desgraciado, si a alguien le tenía miedo en este mundo, era a Vir.

—Estoy segura de que era ese desgraciado —le decía Vir a Paul—. Lo vi desde

la esquina en su carroza destartalada. Maldito. Ya se enteró que está viviendo conmigo y ha ido a darle vuelta.

—Pero si ella ya no quiere nada con él, ¿por qué que tanto temor?

—¡Ay, Paul!, ¡no sabes nada de mujeres! Ese patán ha sido el único hombre que ha tenido en su vida. Ella sabe que es un maldito, que la maltrata, que no quiere al bebé. Pero se le acerca con toda la palabrería, con el cuento mejorado,

y Marita se atormenta con la idea de que su hijo tenga una relación con su padre,

hasta es capaz de aceptarle tonterías con tal de que no deje de ver al niño...

—¿Y qué vas hacer? ¿Le vas a contar que lo viste?

—No. Ese maldito no se va acercar, me tiene miedo. De la vez que le rompí las

lunas de su auto, cuando se atrevió a golpearla estando embarazada. Y luego, Antonio con Renzo lo esperaron a la salida de su trabajo y lo dejaron estampado

en la pared. Sabe que, si le vuelve a pegar, soy capaz de... —Vir no terminó porque, en ese instante, Marita entró a la sala de descanso, dejó su bolso y se puso la mano en la cintura.

—Adivina, Vir —dijo aparentando estar molesta—, a quién han visto con la Guanina Guerra. Siéntate, Paul, ¿a dónde crees que vas?

—¿Qué? —preguntó Vir furiosa—. ¿Tú?, ¿con la Guanina?, ¿la de mi cuadra?,

¿la trucha, la tajador?

—No es cierto. —Paúl escondía su cara frotándose las cejas—. Nos encontramos en un restaurante hace unos días y le invité un jugo. Solo eso.

—¿Y tú le crees, Vir? Ahora ya sabemos con quién está estrenando el departamento de soltero.

—No puedo creerlo, Paúl. Y tanto que te advertimos que con ella no. Te dijimos que con Jenny sí, y con Carlita también, hasta te dimos sus números de

teléfono, y tu sales con la...

—No sean mal pensadas. Somos solo conocidos. Nos encontramos de casualidad y...

—Por eso es —dijo Marita mientras se ponía su casaca— que está andando todo flaco, ojeroso, cansado y sin ilusiones. La centrífuga esa lo está exprimiendo.

—Pobre de ti, huevón, que te esté exprimiendo también la billetera... —
Luego

de una larga pausa y de lanzar su mirada amenazadora número sesenta y siete, Vir comenzó a reírse—. Bueno, ahora cuenta, de verdad puede poner la cabeza

entre sus piernas y hacer girar la...

Con esos tan buenos amigos se amortiguaba la pena de Vir. De verdad, cuánto

extrañaba a su gordo. «¿Estás comiendo bien, amor? Cuidado con esas

charamitas, mira que, cuando regreses, te voy a revisar hasta los pliegues». Y él, amoroso, respondía: «¿Te estás cuidando, chata? No comas mucho... Sí, mi

amor, claro que te extraño, si vieras, hasta me están saliendo callos de todo lo que te extraño, ni cuando era adolescentes la pasaba así...».

—Vir —Paúl habló acercándose a su espalda—, estás sangrando.

Corrieron a la emergencia del hospital más cercano. Aunque Virna estaba

todavía a inicios de su octavo mes de embarazo, se le adelantó el parto. Todo lo

que le dijo el médico que no hiciera, ella lo hizo, entonces, todo lo que le advirtió que le iba a pasar le pasó. Tuvo preclamsia y tuvieron que internarla en

el acto. Fueron las horas más angustiosas de su vida. Pensaba en su bebito que

estaba por nacer. «Si algo me pasa, ¿quién lo va a cuidar?». «Los bebés que no lactan son asmáticos». «Y mi Toñito, y mi otro Antonio. ¡Dios mío, ayúdame!

Mi hijito, que es tan especial para comer. Solo come lo que yo le preparo».

«¡Deja de pensar conjueces, Vir! ¡Tranquilízate!». «¿Y Antonio?, ¿qué será de él? Encontrará otra mujer rápido, pero ¿quién lo va arrear como yo? Regresará a

su taxi y no saldrá de este...». «¡Carajo, Vir! ¡Tranquilízate!». «Y mis hijos no

saldrán del barrio, y...».

—¿Lograste comunicarte con mi mamá?

—Sí, Vir, ya está en camino y ya se comunicó con Antonio también.

—Tengo miedo, Marita.

—No te pongas así, Vir. A mí me pasó lo mismo. ¡Recuerdas cuando di a luz a

Carlitos? Casi me muero y mira, estoy aquí. «Como el junco, aunque lo doblen, siempre sigue en pie».

La niña nació con casi cuatro kilos de peso.

—Ningún hijo más —ordenó el doctor.

—No hay problema, doctor —respondió Vir—, no me quedan ganas.

Una enfermera se equivocó y puso a la pequeña en los brazos del Dr. P.

creyendo que era el padre. Él se quedó mirando a la arrugada y rosada masa entre sus brazos. Fue justo en ese momento que llegó Antonio. Paul le pasó la bebé, y este se acercó a su esposa, juntaron sus cabezas y, mirándola, lloraron juntos.

—¿Ahora qué hacemos?

—No te vayas, gordo.

—La primera vez que hicimos el amor me pidió matrimonio —continuaba

Karry con su relato—, teníamos ya un año de enamorados. Y era la primera vez

que mis padres me habían dado permiso para pasar Año Nuevo toda la noche fuera. Les dijo que nos iríamos a una fiesta en Ancón; inocentes. Renzo les caía

muy bien. Si hubiesen sabido de sus intenciones... «¡Es un hostel!», grité haciéndome la ofendida, pero la verdad era que yo le tenía más ganas que él a mí. Y ahí fue. Se emocionó tanto de encontrarme virgen... Parecía un niño, le faltó poco para dar saltos de alegría. «Lo sabía», decía besándome en la frente,

«lo sabía», besándome las mejillas, «esta mujer solo podía ser mía, solo mía».

Entonces se emocionó tanto que quiso inaugurarme por todo sitio. El tercer lugar

me pareció demasiado extraño. «No jodas, Renzo», le grité, «ni con mi esposo

haría eso». Él, riendo a carcajadas, me respondió: «Vas a ver que, cuando nos casemos. lo haremos por ahí todo el tiempo». ¿No fue romántico? Fue amor de

verdad. La gente creía que se casó por mi plata. ¿Qué plata? Mi padre era un farmacéutico jubilado y mi madre, ama de casa. Salvo una casa de mis abuelos

en La Punta, no tenía más que... nada. Nos casamos enamorados, muy

enamorados... Me dijo que lo hacía reír, y a él le gustaba reír, que su madre había sido una mujer muy buena pero seria, más que seria, era triste. En cambio,

yo... Entonces, ¿cómo ahora él puede pensar que no lo necesito, que no lo quiero...? ¿Por qué? ¿Cuándo me convertí en su enemiga?

—¿No lo entiendes, Karry? —le dijo la mujer de ojos tristes y hombros caídos

—. Él es su propio enemigo. Se alejó de ti porque, en un punto de su vida, se encontró sin rumbo y, para su mala fortuna, de él y tuya, se cruzó conmigo.

Callejón, regresé, solo en ti, la compasión hallé

«¿Qué tengo que perdonarte? Tu hijo es quien tiene que perdonarte, Héctor, no yo. Una mujer adulta elige y, si la caga, es porque quiere. Pero un bebé, un niño... El que tiene que perdonarte es él».

Cuando nació el hijo de Marita, Héctor se escondió debajo de las piedras, asustado de que la esposa se enterase. Hasta pidió en su trabajo un traslado a provincia por unos meses, esperando que se calmaran las aguas. A Marita no le

importó, la votaron del cuarto que le alquiló Héctor, por falta de pago. Para ese

entonces, sus padres se habían ido a vivir a Chosica a la casa de una tía, y aunque Marita no lo había pedido, ellos tampoco le ofrecieron techo para ella y

su hijo. Es más, su madre no la acompañó ni a la hora del parto y menos su padre, ofendidos por *la deshonra que había traído a la familia*. Marita casi ríe en sus caras cuando los escuchó decir eso. Ellos nunca se casaron. Se arrimaron como animales, como decía una tía. Así que, sola y con una gran barriga, regresó

a su Abtao. Desde ese entonces le quedaba en su corazón una gran deuda con el

barrio. Nadie se atrevió a juzgarla ni le quitaron el habla o le torcieron la nariz en gesto de desaprobación, se acomodó con la ayuda de sus vecinos, sobre todo,

de Vir y su familia. Un cuartito alquilado donde las vecinas desfilaron los primeros días que nació su bebé, trayendo regalos: la vecina Chepita, una sillita

de bebé; la madre de Antonio, la cuna de sus hijos; el peluquero *gay* de la esquina, cortinas nuevas. Todos llegaron a conocer a su hijo y dejaron algo para

su casa o para el bebé. Tuvieron más compasión por la niña que vieron crecer en

sus calles, que esa familia que llevaba su sangre. Cuando tuvo a su Carlitos, sintió tanta alegría que no se acordaba ni de comer. Si no hubiera sido por Virna

y su madre, sí, la renegona señora Olga, hubiese muerto de hambre; se portó muy bien con ella la doña. Le mandó su caldo de gallina durante los primeros días, pañales para el bebé, frazaditas, hasta una vez fue a visitarla. Una visita extraña, miró con ternura y mucha tristeza al niño, luego le dijo: «Un hijo lo es

todo, lo demás deja de existir, así tu gente te dé la espalda, ahora él es tú única familia». Héctor se acordó del hijo meses después, cuando la Meche, su esposa,

ya se había calmado y, en un arranque de valor, se apareció para firmarlo.

Cuando lo conoció, no se emocionó, ya tenía él tres hijos varones y estuvo más

pendiente de sugerirle a Marita unos ejercicios para que recuperase su cintura.

«Ni siquiera lo cargaste, ni siquiera levantaste en tus brazos a tu hijo cuando lo conociste. ¿Qué padre hace eso? Si no te estuvieses muriendo, te daría un buen

golpe».

—Y nos casamos —le contaba Karry suspirando—. La gente del barrio, su familia, los amigos, todos pensaban que yo tenía mucho dinero y que él se había casado conmigo por eso. Les era difícil entender cómo un hombre tan guapo, tan atractivo, con tanta personalidad y todo lo que era él, se podía haber fijado en una chica tan fea como yo. Al principio, hubieses visto cómo llegaban a la casa los tíos, primos o, a veces, simplemente conocidos pidiéndole un trabajo en las supuestas fábricas que tenía mi papá. Él se reía y yo con él. Luego, dejó de ser gracioso. Él, furioso, les gritaba: «Mi suegro no es rico, sino un simple farmacéutico jubilado». «Si me cagara en plata como dices, ¿por qué tendría a mi mujer como cajera en un banco?». «Te le vuelves a aparecer en su trabajo, te saco la mierda. No tenemos dinero, entiende». Entonces, un día, le informé que me operaría la nariz. Él no quería y se enojó diciendo que esas cosas eran peligrosas y tonterías, pero fui yo quien se enteró en ello, que estaba harta de mi gacho de ropa y que lo hacía por mí. Mentira. Lo hice por él. Toda la vida le tuve terror a los quirófanos, a la sangre, a todo lo que fuera hospital. Mi papá quiso regalarme la cirugía cuando yo tenía dieciocho años, se sentía culpable porque eran sus genes. No quise de puro miedo. Por Renzo, hubiese hecho

todo eso y más. Quería ser la esposa perfecta para él. «Dietas interminables después

de cada embarazo; ni un gramo de grasa en la cintura; cremas para el busto después de lactancia; nada de sol, te arrugas; nada de café, te mancha los dientes; solo usarás taco nueve cuando sales con tu esposo», eran mis máximas en la vida. «¿Y si me hago ortodoncia?». Hice todo por él.

—Y él está con una mujer como yo —la interrumpió ella sonriendo—, gorda, que no se pinta el cabello hace meses y que parece veinte años mayor que tú.

—No quise decir eso. ¿Fue mi culpa?

Otra vez, Antonio y Vir juntos. Eran cuatro, mucho amor y, también, muchos problemas económicos. La bebé nació con ciertos problemas en el corazón, por

lo que la habían tenido que operar al segundo mes de nacida, entonces las deudas

se volvieron ilusiones imposibles de pagar.

—Hablé con aquel amigo que te dije. Me ha dicho que lo espera mañana a las 8 a. m.

—¿Tú crees, Paul? —preguntó Vir un poco incrédula—. ¿Qué sabe Antonio de

vender autos?

—Vir —habló Paul pausadamente, mirando sus historias, sin verla a la cara—,

eres una de las mujeres más inteligente y centrada que conozco. ¿Cuántas veces

lo has perdonado? Tu esposo es capaz de vender piedras en la Punta. Además, nada pierde con probar. Ahora la cosa es convencerlo.

Convencerlo era el trabajo de Virna; con los años, su especialidad. Comenzaba

muy amorosa con: «Antonio solo vas a probar... Gordito, toda la vida no vas a

estar metido en esa lancha... Por favor, gordito lindo, hazlo por mí, por los bebés... Trabajarías con terno, y a ti te queda tan bien el terno... Amor, es vender carros, a ti gusta eso de los motores». Al recibir negativas, subía el tono de voz: «Vamos, Antonio, ¿acaso porque vayas a la entrevista te van a dar la chamba ahí nomás...? No alcanza, no nos alcanza el dinero...

Necesitas un

mejor trabajo. ¿Cómo te lo explico para que entiendas...? Dos hijos, gastos médicos, colegio, alquiler, comida... ¿de dónde?». Hasta que terminaba en unos

gritos que asustaban a toda la cuadra: «¡Es solo una entrevista, carajo! ¡Una entrevista! ¡Cómo jodes, Antonio! ¡Me tienes harta! ¡Vas a ir sí o sí! ¡O vas a esa entrevista o a la rechoncha...».

Si le hubiesen hecho un test vocacional en el colegio, Antonio se hubiese ahorrado tanto tiempo en huevear sin sentido por la vida. Eso era lo suyo. Era su

salsa. Su vacilón. Antes de vender un auto, él sabía venderse a sí mismo. Si era

lo que había hecho desde que nació. ¿Cómo sacaba la vuelta a los profesores y

pasaba de año sin estudiar?, ¿cómo hizo para ser el hijo preferido de doña Susana?, ¿cómo fue el bacán de Abtao, sin pelear más de dos veces en su vida?,

¿cómo hizo para enamorar a Vir?, ¿para volverla a enamorar y para, de nuevo,

volverla enamorar? Sabía como nadie el arte de vender. «Claro, maestro... ¿es lo

que está usted buscando, joven?», «¿Desea algo seguro y económico?», «Hincha

del Alianza Lima, por supuesto...», «Claro, señora, este verde, como el color de

los ojos...», «Por supuesto, jefecito, crema hasta la muerte y dale U...», «Un carro así, jefecito, y quién no rejuvenece veinte años...», «Su esposa, qué joven

es, merece pasear en este auto con usted...», «Señor Hernán, ¿cómo está su suegra?, ¿logró recuperarse del...?». Antonio Carranza era un vendedor innato.

Así que vinieron los buenos tiempos. «Antonio, ¿todo esto ganaste en un mes?

Dios mío, somos ricos». «Buenas comisiones. Excelentes comisiones».

—No me alcanzará la vida para agradecértelo, Paul. —Vir sonreía mientras le alcanzaba el instrumental—. No solo es que está ganando muy bien, sino que ha

cambiado su modo de ver la vida. Vieras cómo habla de su trabajo. Cómo lo emociona todo lo que tiene que ver con máquinas y motores. Hasta está

leyendo.

¿Cuándo en su vida Antonio Carranza ha leído un libro? En cambio, ahora los devora. Y no solo sobre los que hablan de autos, sino sobre el arte de vender,

cómo hacer amigos, cómo hablar en público y marketing. ¿Cómo se les llama a esos libros?

—Libros de autoayuda.

—Esos. Vieras, me ha llenado la casa de esos libros y hasta quiere estudiar.

—¿Y tú? Solo te faltan tres ciclos. Ahora que está trabajando y ganando bien, ¿por qué no retomas tu carrera y acabas de una vez?

—Sí, de eso hemos estado hablando. Quizás el próximo semestre. Primero nos

hemos dedicado a saldar todas nuestras deudas. Desempeñar nuestras cosas. Y...

La mirada de desaprobación de Paul fue su única respuesta.

La situación cambió en casa de los Carranza. Aunque, a veces, a Vir le

desesperaba la manera en que Antonio gastaba el dinero. Entonces venían las discusiones. Increíble, ya no era por la plata que no tenían, sino por la forma en que la gastaban. «No, Antonio, no, amor, no estamos para comprar un carro nuevo...». «No seas loco, Antonio, ¿cómo te vas a comprar un carro para pagar

en cinco años? Que ridículo eres, no tenemos casa y vamos a tener carro...».

«¡Putra madre!, no insistas, Antonio, no vamos a comprar el carro, ¡chapa tu

micro y no jodas!».

—Marita, ¿cómo se te ocurre que me lo vas a devolver? ¿Y las veces que tú me has ayudado?

—Gracias, Virna.

—Solo que no me parece justo. Ya sé que al huevón del Héctor lo han ascendido en la aduana. Ahora está ganando un sueldazo, hasta cambió de carro.

La esposa va y viene de Miami como si nada. A los tres hijos los tiene en el Maristas. ¿Y tú? Prestándote para los útiles de tu hijo que va a colegio fiscal.

¡Qué tal concha!

—No puedo, Vir. ¿Cómo lo voy a enjuiciar? Es el padre de mi hijo. Además, sí me pasa, solo que no alcanza.

—Te pasa una miseria. Una propina. Y lo hace como castigo más que todo.

Claro, como ya no quieres acostarte con él. Entonces jódete, eso nomás te toca.

¿Acaso no te lo insinuó la última vez que fue a tu casa y te dijo para cambiarte el juego de dormitorio? Cama de dos plazas. Huevonazo de...

—Es que siento que, si le pido algo más, tendré que comprometerme con él y...

—No seas tonta, Marita. No lo estás haciendo por ti. Lo haces por tu hijo, por darle una mejor vida... Mañana, Carlitos será el que reclame tu pasividad.

«Mamá, ¿por qué no luchaste por mí? ¿Por qué no me defendiste?». Tú no hiciste nada malo, Marita. En toda esta historia, tú y tu hijo son las víctimas.

—¿Y si deja de ir a la casa? Mi hijo ya está grande. Vieras cómo se alegra cuando Héctor va a visitarlo. Tengo miedo de que, si hago algo, él nunca más lo

vuelva a ver.

—Mejor pa'calaña de padre, pero que le pase el dinero que le corresponde.

Marita, ese hombre te jodió la vida. Te sacó de la casa de tus padres cuanto tenías dieciocho años. Te llevó a vivir a un cuartucho diciéndote que era separado. Y cuando saliste embarazada, ¿qué hizo? Desapareció, fue a llorarle a

su esposa para que lo perdonara y te dejó ahí tirada con tu hijo en brazos. ¿Y así le tienes pena, lástima? Convéncete, es malo. Métele juicio de una vez.

—Pero...

La hermana de Paul era abogada, una joven muy simpática y agraciada como

su hermano. El caso de Marita fue una de sus primeras prácticas como

profesional y le salió más que bien. No solo consiguió que le pasara la pensión

puntualísimo a fin de mes. También, unas reivindicaciones por todos los años que no lo había hecho. Ese desgraciado, para que vean cómo era de miserable y

maricón, fue capaz de enviar a la esposa para que le hiciera un escándalo a

Marita en la clínica. Gracias a Dios, ese día, no estuvieron los jefes principales y el roche solo lo pasaron los tres amigos y otro doctor que era

buena gente y se

quedó callado. Fue horrible, de la nada apareció la mujer en la entrada, agarró a

Marita de los cabellos y comenzó a gritarle:

—Putade mierda, te metes con hombres casados y luego vienes a hacerle juicios, a quitarle el pan de la boca a mis hijos. Para tapar tu sinvergüencería.

—

Ya no pudo continuar más porque Vir le salió con un puñetazo en plena boca, que la hizo rodar por el suelo. Luego se le subió encima con la intención de arrancarle la peluca que tenía puesta hasta que lo hizo. Marita y Paul la tuvieron que contener si no le arrancaba el cuero cabelludo también. Nunca más supo de

Héctor hasta que este enfermó, el descuento en su cheque era lo único que lo unía a su hijo.

Qué pena me da, qué pena me da

«¡Ay, Héctor!, ya no veo dónde hincarte. Qué delgado estás, puro hueso».

Algunas veces, Marita regresó con Héctor porque él quería sexo, y ella se alegraba de que a su hijito, a su Carlitos, lo visitara de vez en cuando su padre.

Pero él se cansó de ella pronto, ni siquiera el bebé había cumplido los dos años y dejó de verla. Le buscó bronca por una tontería y se fue con una chica más joven

de la cual se aseguraría que no quedara embarazada. Como era contador, sacó números, cuentas y llegó a la conclusión de que le salía más barato una nueva amante. La dejó, literalmente, con una mano adelante y otra atrás, sabiendo que

no tenía familia que la apoyara, ni un trabajo estable, ni estudios. Cuando se marchó, Marita lloró mucho, no por ella ni por el desamparo económico; lloró con rabia, con odio, con pena porque su hijo no tenía un padre que lo amara. De

vez en cuando, le daba la vuelta y algunas veces se acostó con él a cambio de la

alegría de su hijo al ver su padre. Hasta que se dio cuenta de que la visitaba por eso. Cuando ella le pedía que llevara a Carlitos al parque o pasearan juntos, se

cerraba la bragueta, tiraba unos billetes encima de la cama y se iba sin decirle adiós a su hijo.

Mirando en ese momento a ese hombre tan delgado, que no tenía ni nalgas dónde ponerle una inyección para calmarle el dolor, reconoció que esa era la única deuda pendiente entre ellos, no haber querido a su hijo.

—Antonio, ¿sigues molesto por lo del carro? —Vir se sentaba en sus rodillas y le daba besos perdidos en sus cabellos—. Vamos a ahorrar primero. Si nos alcanza, nos compramos un auto de segunda, pero al contado. Sin meternos en deudas ni líos con el banco.

—No es eso, gordita. —En ese entonces, Vir era la gordita. Después del segundo embarazo, Virna se quedó con un sobrepeso de unos diez kilos más o menos—. Es el nuevo jefe, un chibolo de mierda que no sabría ni vender caramelos en los micros. Pero como tiene su cartoncito, y es de la católica, entonces jode todo el día. Hasta se atribuye mis ideas.

—¿No puedes hacer nada?

—Lo que me fastidia más es que entró después que yo. Tenía un promedio de ventas mucho menor al mío. Y, sin embargo, lo ascendieron a él... y a mí me

jodieron.

—Es que te faltan estudios, Antonio. Cartones. Los jefes, a la hora de los ascensos, es lo que miran. ¿Y si estudias eso que dijiste? ¿Cómo se llama?

—Marketing y administración de empresas.

—Eso.

—Son tres años, Virna.

—Tres años se pasan volando, amor.

—En el lugar que te digo es bien caro.

—Tienes el medio, Antonio. Es más, eso sí sería una buena inversión. Mejor que comprarnos un carro.

—Nunca he sido bueno para los estudios.

—Antonio, no eres tonto. Claro que podrás.

—Vir, no me gusta eso de leer, nunca he...

—¡Carajo, Antonio! Ni que fueras un retrasado mental.

—Vir, y si no hago o...

—¡Flojera es lo que tienes, mierda!, ¡como siempre!, ¡haz nacido con el culo cansado!

¡Quién lo viera! ¡Quien alguna vez lo conoció! Antonio se puso a estudiar. A

los treinta años, estaba sentado en un aula de clase. Y era el primero de la fila, el que nunca faltaba, el más puntual, quien tomaba notas de todo, hasta de los chistes del profesor. Estaba en desventaja, lo sabía, esos chibolos tenían el cerebro fresquito y los más maduros iban por la segunda carrera.

Habían leído más que él, sabían más. Pero no se amilanó. Al principio casi se lo jalaran en tres

cursos. Al segundo semestre fue uno de los mejores de la clase, y Virna se las batió todititas con él, las amanecidas, los trabajos, tapiarle los informes —en esa época no había computadoras—, y el golpe de las teclas en la máquina le replicaba en su cabeza todo el día siguiente. Repasar con él una y otra vez las presentaciones. Levantarse a cocinarles, a la 1 a. m., a los amigos que llegaban a la casa para los trabajos en grupo y para que lo ayudaran a estudiar a su gordo.

Hasta le prometía el mejor sexo si traía buenas notas.

—¡Carajo, Paul! ¡Cómo jodes!

—No es eso, Vir —contestó también molesto—. Es que no me parece justo.

Otra vez dejaste la universidad, y tan solo faltándote un ciclo y el internado.

¿Estás loca?

—No nos alcanza el dinero. Donde estudia Antonio es carísimo. Con las justas

y pasamos el mes.

—Te falta tan poco. ¿El no pudo esperar?

—No, Paul. No entiendes. Cada vez están contratando a gente más joven y todos son profesionales. Tiene que tener ese cartón a como dé lugar. Si no, lo despedirán, de nuevo a la calle y a lo mismo. No, gracias a Dios, su nueva jefa es una señora bien buena. Le ha dado bastantes facilidades en sus estudios para que

pueda hacer el avanzado y terminar más rápido.

—No sé, Vir. Después vendrá la especialización y luego querrá comprarse el carro, la casa. Y tú siempre...

—Eres buen amigo, Paul —lo interrumpió Vir—, y te lo agradezco. Pero es para el bien de la familia. Empezando, su sueldo es casi cinco veces más que el

mío. Solo estamos priorizando.

—Bueno, espero que estés en lo correcto.

El trabajo de Antonio y sus nuevos amigos de la universidad le abrieron un círculo de actividades sociales. Comenzaron a ir a las reuniones, «relaciones», como decía él. Al principio Vir se sentía a gusto, luego eran las mismas caras, las mismas bromas, gente que no conocía, con las que no tenía nada en común. De

vez en cuando, alguna esposa tan desubicada como ella hacía la velada más llevadera. Otro pesar era su físico. Esos kilos que no lograba bajar. Miraba a las chicas que trabajaban con Antonio, o las esposas de sus amigos, y se sentía un

elefante. La ropa, que Antonio insistía en que fuera de marca y la más cara, era

un verdadero suplicio buscarla. Desde ese entonces, él cogió la costumbre tan desagradable de revisarla de pies a cabeza antes de salir a cualquier parte.

«Gordita, ese color te hace ver más llenita»; «Amor, ese vestido ya lo usaste la

reunión pasada»; «Esas rayas te hacen ver más bajita». Deseaba, a veces, que le

dijera: «Amor, voy solo». Pero, en una oportunidad, la jefa de él, la señora tan

bueno, Sandra, le había dicho: «Hijita, siempre debes venir a estas reuniones.

Estas chiquillas, las anfitrionas, las secretarias, son unas atrevidas. A los esposos guapos no hay que perderles el rastro. Te lo digo por experiencia. Mi ex me dejó

por una secretaria diez kilos y diez años menos que yo».

—Conozco a Renzo desde niños, del colegio —habló, entonces, ella, que le había servido una vaso de chicha morada. Karry, haciendo un esfuerzo, agarró el

vaso de plástico y se lo tomó lentamente—. Fuimos alguna vez enamorados, ¿quién no lo fue de tu esposo? Toda la promoción pasó por él. Estaríamos en 3.º

o 4.º, no recuerdo. También conozco a Antonio del barrio y porque estudiamos

en el mismo colegio. Los dos eran los más guapos, la misma edad, con ese mismo porte y gracia. Pero a diferencia de Antonio, todos sabíamos que a Renzo

le gustaba la buena vida, quería escalar, salir adelante. No tenía papá, o nunca se le conoció alguno, solo eran él y su madre. Permaneció soltera y vivió para su

único hijo, le dio de todo y, de todo, lo mejor. Renzo, en el colegio, siempre fue el niño más limpio y ordenado, que llegaba el primer día de clase vestido con uniforme nuevo de pies a cabeza, a quien nunca le faltaba dinero para la lonchera o lápices a estrenar, el que conseguía esas zapatillas de marca que solo

encontraban chicos que tenían familia en el extranjero. Fue de los pocos de la mancha que, apenas terminó el colegio, su madre lo puso a estudiar en un

instituto muy costoso. La pobre enfermó días después de su graduación,
cuando

él cumplió veinte años, de un momento a otro, de una manera inexplicable, y
dejó a Renzo solo, pero sin miedo al mundo. Él siempre fue muy hábil. Como
pocos, se empleó pronto como visitador médico y alquiló un cuarto en una
mejor

zona. Siempre gustaba de vestir bien, escuchar solo música en inglés,
frecuentar

lugares finos, codearse con otra gente. Gente que la había hecho bien, y eso
quiso él. En una de esas, conoció a esta chica de la Punta con plata..., o sea,
tú...

Sí, sé que no fue así, él me lo dijo, se enamoró de ti... Era la historia como
los

demás la vimos en ese entonces, «este se casó por plata». Pero cuando fui a tu
matrimonio... Sí, Renzo me invitó, como a todas sus ex... Yo lo vi
enamorado

en su boda, a los dos se los vio muy felices. No se separaron ni un instante, se
reían todo el tiempo, se guiñaban los ojos. Te acercaste a los amigos del
barrio

con mucha naturalidad, sonreíste, bailaste y bromeaste como si fueras una
más

del grupo. Y él te veía como si fueras un millón de soles.

—Me amaba.

—Te ama.

—¿Entonces por qué está aquí y no en mi casa?

Amor a medio tiempo

Vir siempre le tuvo miedo a los marzo de todos los años. En un marzo se fue

Marielena, en un marzo murió su abuelita y su primo José, en otro les robaron la

tienda... Siempre en marzo. Era una ironía que su hijo hubiera nacido en ese mes, pero así fue. Eso lo volvió un mes menos malo.

—¿Quién será? Y a esta hora...

—Vir... —Antonio habló sosteniendo el auricular—, tu papá... tuvo un infarto.

Don Chico como así lo llamaban, era un morenazo de un metro noventa, ciento

ocho kilos de peso, sesenta y seis años y que poseía un corazón tan pesado, cansado y grande como él. En realidad, no era el padre de Virna. Chalaco de nacimiento, de pura cepa, de los que siempre reían, no podía pronunciar la *r*, pero poseía un porte de respetabilidad que el «don» estaba siempre unido a su nombre. Nunca salió del puerto, más que una ocasión para hacer un largo viaje a

Tacna por negocios, y fue ahí donde conoció a la madre de Virna y a ella cuando

tenía casi tres años. Las vio a las dos y se enamoró de ambas. No dieron más detalles. Solo se casaron y él las llevó, en un viaje de cuarenta horas a Lima, al Callao, a su Abtao. Las presentó como su señora e hija y nadie, ni siquiera sus

padres, le refutaron ese hecho. Y ese fue el trato que les dio durante toda su vida.

Adoraba a la niña, tanto o más que a la madre. Es más, por el carácter tan

jodido

de la Olga, alguna vez estuvo tentado en dejarla, pero la posibilidad de perder a

su hijita lo detuvo. Por su parte, Vir siempre supo que no era su padre. Aunque

era muy pequeña, recordaba, como en un sueño, a ese enorme señor de color oscuro que se le había presentado moviendo su manito, divertido. «¿Voy a ser tu

papá? ¿Quieres?». Y era cuestión de verse en un espejo o compararse con sus hermanos menores. Eran del color de él y ella parecía un lunar blanco a su lado.

Alguna vez le preguntó a su mamá por el verdadero, pero esta le jaló de las patillas y le dijo: «El único padre que tienes es ese, y hasta la duda ofende».

—Lo siento, mucho Vir.

—Gracias, Paul.

—¿Y Antonio?

—Estuvo en la mañana. Pero lo llamaron de urgencia al trabajo. Regresa más tarde.

—¿Estás bien? Estás muy pálida.

—Yo no era su hija, Paul. Y me quiso tanto.

—No lo traté mucho. Pero se notaba que era un gran hombre.

—Una vez, yo tendría ocho años más o menos, su hermana, mi tía Yoya, fue a

pedirle dinero para un lio que tenía su hijo, que era medio melandro. Mi papá se

disculpó porque no tenía plata en ese momento. Entonces la tía esa comenzó a gritarle cosas horribles, entre ellas, que no tenía dinero porque todo se lo gastaba en esa puta y su hija. «La tienes hasta en colegio particular, en clases de inglés, a esa mocosa que ni siquiera tiene tu sangre». Fue la única vez, en mi vida, que vi

a mi papá totalmente descontrolado. La tomó del cuello y, si no fuera por mi mamá y porque yo me puse a llorar, la hubiese ahorcado ahí mismo.

—Padre es quien cría, Vir.

—Me dio tanto amor y yo, solo dolores de cabeza. Lamento tanto no haberle

podido retribuir en algo lo mucho que hizo por mí. Nunca le di más que una camisa para el día del padre.

—Le diste tu amor, Vir. Le diste nietos. Fuiste su hija. Tú eres madre también,

no esperas más de tus hijos que amor y que sean felices.

—Gracias, Paul. Siempre sabes qué decir. Deberías tener un programa en la radio. Espera, voy a presentarte a mis hermanitos.

Los hermanitos de Vir lloraban a su alrededor. Los hermanitos que había ayudado a criar, en ese momento, median treinta centímetros más que ella, ya estaban en la universidad y el menor a punto de terminar el colegio.

—¿Ahora qué haremos, hermana?

Nunca más la mamá de Vir fue la misma después de la muerte de su esposo.

Doña Olga siempre fue una mujer de carácter fuerte y solitario. Nunca habló

de

la familia que tuvo que tener antes de conocer a don Chico, de padres o hermanos, de su pueblo, de su hogar. Jamás mencionó familia o amistad en su vida antes de llegar al Callao. No había familia más que su esposo y sus hijos.

Recordaba Virna una terrible discusión entre sus padres: una hermana de su madre había llegado a Lima y quería verla, se había contactado con don Chico y

esta fue a verla al centro de Lima. Cuando él le habló a su esposa de las intenciones de la hermana, doña Olga se disgustó mucho, no solo no quiso recibirla en su casa, sino que amenazó con irse para siempre si él se atrevía a verla de nuevo. Decía con orgullo, en privado y con lágrimas en los ojos, que su

vida empezó cuando conoció a ese chalaco de risa sincera. Aunque Vir nunca recordó un gesto de afecto o caricias hacia sus hijos o hacia su esposo. Quizás,

alguna vez, en un recuerdo lejano, los vio besándose en la trastienda, pero de ahí nunca más. Ella solo se dio cuenta de cuánto amaba su mamá a su papá hasta que este murió. La pobre dio vueltas alrededor del cajón, toda la noche. «Esa no

es la ropa que dije que le pusieran». «Odiaba esa corbata». «Ten cuidado, hija,

en la funeraria le vayan a sacar sus dientes de oro». «¿Por qué, viejo?, ¿por qué

me hiciste esto?, ¡qué traición!».

Vir vio a su mamá tan insegura, tan sola, tan desubicada, tan fuera de lugar.

¿Eso era el amor? ¿Y entonces qué? Vir se mudó unos meses con ella y se

dedicó

a ordenarle la casa. Los hermanos habían sido criados al molde de don Chico:
un

alto sentido de la responsabilidad y del deber. Se turnaron en la tienda, en los deberes de la casa y sus estudios. La señora Olga quedó convertida en una nulidad. Los días, semanas, meses que suponían que traerían la resignación y el

consuelo no hicieron más que incrementar su pena.

—Dios mío... —decía doña Olga dando vuelta tras el mostrador—. No puedo

ni hacer una factura sin él a mi lado. No se suponía que sería así. Yo era la diabética, la que sufría de hipertensión, la que había tenido un derrame. Él nunca

se quejó ni de un resfrío. Yo sería quién se iría primero. ¿Por qué me hiciste esto, viejo?

—Mamá, por favor —le suplicaba Virna con pena—, no hables así. Tienes que

reaccionar.

—Estuvo a mi lado todo el tiempo. No tengo una familia unida. Además, todos

somos muy pobres, cada uno trabaja a morir por el día a día. Y yo... después del

entierro de mi hijo, quería morir, solo eso. Solo eso, Karry, morir, irme a dormir y no despertar jamás. Un día, Renzo vino a visitarme. Luego, se quedó a dormir

en la sala. A mediodía, fue al lado de mi cama y, a la fuerza, me hizo comer algo.

De ahí se fue quedando, sin decirnos nada... Tuviste mala suerte. Cuando tambaleaba tu matrimonio, cuando él se sentía mal consigo mismo, me crucé en

el camino de ambos... Sí, sé que, cuando me viste, pensaste: «¿por esto me está

cambiando?». Pero ahí está la telenovela de esto... Yo no quiero a Renzo como

hombre, no quiero quedarme con él, no quiero a tu marido. Yo solo quiero morir.

Y él no me deja... porque es bueno. Debajo de ese hombre grande y tosco, es muy débil... Por eso, las parejas no deben separarse. A los hombres buenos como Renzo hay que estarles pegados a ellos. Se les cruzan mujeres como yo...

Tienes razón, ya lo he pensado también... Soy la personificación de su madre.

Con el tiempo, Virna se dio cuenta de que su presencia en la casa no ayudaba a

su mamá. Además...

—Antonio, ¿y estos gastos? ¿Me has estado llenando la casa en mi ausencia?

—¡Ay, Vir!, ¡qué escandalosa eres! Un par de veces vinieron algunos amigos del trabajo.

—Una cosa era que me llenaras la casa con gente de la universidad. Porque tenías que estudiar, o por los trabajos que tenían que hacer. Pero para vacilarse a

costa de mi refrigerador. No jodas. ¿No me habrás traído mujeres también, no?

—No gordita, cómo crees. Solo fue un cumpleaños de un pata y, como no teníamos dónde ir, bueno, pues caímos aquí.

—Antonio, pobre de ti que me hayas metido mujeres en la casa. En mi casa. En mi cama...

—No digas cojudeces, gorda.

Suelto en plaza, con Vir en casa de su madre, Antonio había comenzado a hacer unos cuantos desarreglos. Ya no le insistía que fuera con él a las reuniones.

Se alistaba temprano y daba un par de vueltas. «No estás lista»; «Ese vestido no

te queda bien»; «Bueno, si no te sientes bien, voy un rato, hago acto de presencia y regreso». Era tan tonta que no se dio cuenta. Como aquella noche en la que se

amargó con ella porque, en una reunión, se puso a contarle a su jefa, la señora

Sandra, anécdotas del barrio, cómo jugaban los carnavales, o la del ebrio que se

disparó el pie en una pollada. O algunas de esas, de las más graciosas que tenía

en su repertorio, y la señora rio a morir. En todo el camino de regreso a casa, Antonio no le dirigió la palabra.

—¿Qué tiene de malo? Si se puso a reír hasta...

—Una cosa, Vir, es que cuentes eso a tus amigos —la interrumpió Antonio muy molesto—, pero no en mi trabajo. Debes darte cuenta, esa gente viene de sitios mejores. No se ríen contigo, se ríen de ti.

—No me pareció que te pudiera incomodar que sepan de dónde vienes. No hemos salido de una correccional.

—¿No entiendes, verdad? Estoy tratando de sacarnos de aquí. ¿No es lo que siempre quisiste? Todo aquí tiene que ver con relaciones, quién eres; eso vendes.

Estoy entrando a su mundo y tú, en vez de apoyarme...

—Yo trabajo con gente que tiene también dinero, pero nunca he tenido necesidad de negar quién soy.

—Eres su asistente. Yo, en cambio, trabajo de igual a igual con ellos... Vir, gordita perdona. No quise decir eso... Bebé... Espera, amor...

Al día siguiente, Vir llegó furiosa al trabajo. Y se desquitó con Paul, que había

terminado con una nueva novia. Esa vez, había roto récord. Dos semanas.

Generalmente, le duraban un poco más de un mes.

—¿Y ahora que pasó, Paul? —preguntó Vir molesta.

—No había química.

—Mira, con tu química y tu física ya me tienes harta... —le habló Vir mientras

le acomodaba el cuello de su camisa—. Yo creo que tu problema es con

biología.

O no te gustan las mujeres. Di de una vez y no hagas perder el tiempo

—Vir, qué insistencia en verme casado.

—No te digo que te cases, Paul. Pero al menos dura unos cuantos meses. Al menor detalle, sales corriendo, ni siquiera les das una oportunidad. La anterior era que tenía las manos muy grandes, la otra que hablaba muy alto, la otra que se

reía mostrando las encías. ¿Qué pasó con esta?

—No sé. No se dio, solo eso.

—Te vas a quedar solterón. Luego usarás esos pañuelos envueltos en el cuello

y caminarás todo afectado para que no se te caiga el peluquín.

—Gracias, Vir, por tus buenos deseos para mi futuro.

—¡Ah! Hoy le toca a Karry. Qué chévere. Te han quedado bien bonitos sus dientes. ¿Cuándo le quitas los brackets?

—El próximo mes.

Karry, la esposa de Renzo, se había atendido con Paul para arreglarse sus dientes. Con estos perfectos y esa cirugía en la nariz había quedado regia. Vir pensaba que así era como deberían envejecer los matrimonios, ellas cada día más

regias y ellos cada día más gordos.

—No, en serio, Vir —decía Karry—, entonces la señora me contó que él le dijo: «Yo nunca te dije que no me la había tirado, solo que no había sido mi enamorada».

—Los hombres son unos perros .Todos son iguales.

—Gracias —acotó el doctor P. riéndose—. La próxima, las voy a sentar separadas, mucho hablan.

—Ah, y eso no es todo —agregó Karry—, cuando le dije: «No será Renzo Arteaga Fátima del Callao, de Abtao». «¿Conoces a ese pendejo?», me preguntó

la señora. «Sí, es mi esposo», le contesté.

—Me muero.

—La mujer ya no sabía qué hacer. «Bueno, querida, fue hace años. ¿Cuántos años llevas de casada? Él tenía diecinueve. No creo que siga igual de...».

—Y en esa época estaba con Marielena. Tu esposo es de la misma camada que

Antonio.

—Yo he sufrido con Renzo como no tienes idea. Al principio, el hombre era un

ventilador, miraba para todo lado y creía que no me daba cuenta.

—Igual que Antonio.

—Entonces lo veía mirando a otra mujer, y yo, al primer hombre que pasaba, me lo quedaba mirando fijamente; luego estos pensaban que me conocían o que

los estaba saludando. Renzo volteaba y se ponía furioso. Hasta que una vez se me fue la mano con un sujeto que estaba medio mareado y... pun, pun

acabamos

en la comisaría. De ahí ni más, cuando estoy con Renzo, camino así como los caballos con... ¿cómo se llama eso?

—Orejeras... —dijo Paul, que se hacía el disimulado doblando sus alambres, pero bien que escuchaba todo.

—Sí —afirmó Karry. Eso. ¿Antonio no es celoso?

—No mucho. Le da por temporadas. Una época fue Iván.

—Con el que te ibas a casar y...

—Es que mi mamá era la jodida. Delante de Antonio me decía: «Vir, querida, Iván te mandó una tarjeta por tu cumpleaños»; «Iván llamó para saludarnos por

Navidad». Entonces se armaba el chongo. Y luego la agarró con... —Vir comenzó a reírse y, disimuladamente, señaló a Paul.

—¿Antonio tenía celos de mí? —preguntó sorprendido.

—Hasta quería que renunciara al trabajo. Todos los días tenía problemas hasta

que le mandé dos mentadas de madre bien dadas y santo remedio. Luego se le pasó.

—¿Así nomás? —preguntó Paul sonriendo.

—No, también le dije que eras maricón.

—¡Ah!, Renzo también está celoso de ti, dice que estás demorando el

tratamiento solo para verme.

—Desde un principio te dije que eran dos años mínimo.

—Ay, doctorcito —dijo Karry riéndose—, también le puedo decir que tú eres...

—Y nos casamos muy enamorados —le contaba Karry suspirando—. La gente

del barrio, su familia, los amigos. Todos pensaban que yo tenía mucho dinero y

que él se casó conmigo por eso. Les era difícil entender cómo un hombre tan guapo, tan atractivo, con tanta personalidad y todo lo que era él, se podía haber

fijado en una chica tan fea como yo. Al principio, hubiesen visto cómo llegaban

a la casa los tíos, primos o, a veces, simplemente conocidos pidiéndole un trabajo en las supuestas fábricas que tenía mi papá. Él se reía y yo con él. Luego dejó de ser gracioso, y él se ponía furioso. «Mi suegro no es rico, es un simple

farmacéutico jubilado». «Si me cagara en plata como dices, por qué tendría a mi

mujer como cajera en un banco», «Te le vuelves a aparecer en su trabajo, te saco

la mierda. No tenemos dinero, entiende». Entonces, un día le dije que me operaría la nariz. Él no quería, se puso furioso y me gritó que esas cosas eran peligrosas, tonterías. Fui yo quien se entercó en ello y le dije que estaba harta de mi gachi de ropa y que lo hacía por mí. Mentira. Lo hice por él. Toda la

vida le

tuve terror a los quirófanos, a la sangre, a todo lo que fuera hospital. Mi papá quiso regalarme la cirugía cuando yo tenía dieciocho años, se sentía culpable porque eran sus genes. No quise de puro miedo. Por Renzo hubiese hecho todo

eso y más. Quería ser la esposa perfecta para él. Dietas interminables después de

cada embarazo, ni un gramo de grasa en la cintura; cremas para el busto después

de lactancia; nada de sol te arrugas; nada de café, te manchan los dientes. Solo

taco nueve cuando sales con tu esposo. ¿Y si me hago ortodoncia? Todo por él...

—Y él está con una mujer como yo —la interrumpió ella sonriendo—, gorda, que no se pinta el cabello hace meses, que parece veinte años mayor que tú y...

—No quise decir eso, ¿fue mi culpa?

Y tú, loco, loco, pero yo tranquilo

—Lo que más me jode es que yo he aumentado casi tres tallas. En cambio, Antonio sigue usando la misma de pantalón desde que nos casamos.

—Ellos nos absorben nuestra juventud, Vir —dijo Marita haciendo un gesto de

espanto—. Son como vampiros.

—Carajo —dijo Vir—. No tiene ni una cana, ni una arruga. Bueno, arrugas sí

tiene, pero lo hacen ver más varonil cuando se sonríe. Y ni siquiera es que se cuida. Si yo hubiese tomado la mitad de cerveza que él ha tomado en su vida, tendría la panza en la esquina. En cambio...

—¿Quisieras tenerlo como Renzo? —pronunció Marita haciendo un gesto de gordura con las mejillas.

—Bueno, no tan gordo —añadió Vir sonriendo por el gesto de su amiga—.

Pero al menos unos cuantos rollitos. Nada, el desgraciado, planito.

—Yo te veo bien, Vir —acotó Paul distraídamente mientras leía el periódico—.

Antes, más bien eras demasiado delgada. Parecía que te ibas a romper.

—Gracias, Paul —contestó guiñándole un ojo.

—¿Y tus dietas? —preguntó Marita—. Tampoco tienes fuerza de voluntad, Vir.

La última que hicimos juntas, esa de la sopa. Yo bajé tres kilos. Tú, en cambio,

hasta subiste dos. Haces muchas trampas.

—Esta vez lo hago —dijo Vir aplaudiendo—. Empezamos otra vez.

—No hagan esas dietas —habló Paul molesto—. Les puede dar una anemia, les baja las defensas y cualquier enfermedad las ataca. Además, ¿qué tanta cosa?

Es tu esposo, te tiene que querer como estás. —Se levantó y salió de la habitación dando un portazo.

—¡Uy, se molestó el doctorcito! —pronunció Marita haciendo un gesto con

los labios de preocupación.

—No le hagas caso —lo desestimó Vir—. Empezamos mañana.

Karry fue desesperada al trabajo de Vir para contarle lo que había descubierto sobre Renzo.

—No me dijo nada. Nada. Durante dos meses salió de la casa con su terno, con

el maletín lleno de sus muestras médicas. Marcaba su agenda. Llamaba a los doctores. Y nada. Me hablaba de que lo iban a ascender. Que ganaría más.

Insistía para que yo dejara el banco. Para quedarme con las niñas en casa. Me enteré por un amigo de él, que llamó a la casa diciéndome por qué Renzo no había ido a la cita con el abogado, que todos los despedidos iban a contratar al

mismo buffet para enjuiciar al laboratorio. Yo no tenía idea de lo que estaba hablando. Cuando le pregunté a Renzo qué estaba pasando, por qué no me contó

que lo habían despedido, me respondió, muy suelto de huesos, que eso era su problema, que él lo iba a solucionar... No, Vir, en ese sentido, Renzo siempre fue muy responsable, demasiado. Desde que nos casamos, me dijo: «Las cuentas

de las casas las pago yo. Tu sueldo es para ti, dispón de él como siempre lo has

hecho». Nunca me dejó pagar ni el colegio de las chicas. Al principio, pensé que

su comportamiento era por la forma como fue criado: machista. Luego me di cuenta de que era por inseguridad, como si el dinero le diera la seguridad de

ser

el hombre de la casa. Y, claro, ganaba muy bien, mucho más que yo. También era una forma de tener el control, saberse el protector... No entiendo lo que le pasa. Es una cadena de situaciones: se enfermó de la tiroides, comenzó a engordar, ahora el trabajo... Y lo peor es que no me deja ayudarlo, estar a su lado. Se siente tan autosuficiente... A veces me siento cansada, siempre esta colérico, que no quiero acercarme... No soy como tú... No soy de enfrentarme,

de putear a nadie... En mi casa, se hablaba siempre en voz baja, mis padres se

casaron mayores, son muy dóciles, callados. Mi hermana mayor me lleva muchos años, yo solo me alejo... es mi forma de ser. No sé qué hacer... Y sí, estoy cansada de esto.

Pa' bravo yo

Fue para un aniversario. Antonio siempre se acordaba de esas fechas, la sacaba

a dar una vuelta, al cine quizás, y esa noche tenía relaciones con su gordita. Ese día le pidió que la acompañara a la casa de un amigo por unos papeles. Virna fue

a regañadientes. «Nos vamos a perder la película, Antonio». Sospechó algo cuando vio el edificio tan solitario.

—¿Tu amigo te dejó la llave?

Cuando Vir entró, el departamento estaba vacío, era en un segundo piso, con ventanas grandes que daban a un bonito parque en el distrito de Bellavista.

—No entiendo, Antonio.

—Es nuestro, Vir. Es tuyo. Mi regalo de aniversario.

—¿Cómo?

—Ya di la inicial. Nos mudamos cuando tú decidas. Esta es tu casa.

No dijo nada, estaba tan emocionada, tan sorprendida. Y lo que más le emocionaba era su rostro, cómo la miraba atentamente para ver su reacción.

Estaba feliz de verla feliz, de hacerla feliz. La tomó de la mano y la llevó a recorrer el piso. Tres habitaciones, dos baños, un cuarto de servicio. Estaba incluida la cochera.

—Lo siguiente será el carro. Hay buenos colegios cerca y...

—¿Por qué lloras, amor?

—Te amo, gordo. Te amo mucho.

—Pero no llores, no seas tontita... —La abrazó con fuerza y la besó riendo en

sus labios—. Y decían que nunca te sacaría de tu cuadra. Vamos a sacarle pica a

tu mamá.

Hicieron una gran fiesta para estrenar el departamento. Como todavía no había muchos vecinos, aprovecharon para armar un tonazo y se divirtieron de lo lindo.

Lástima que Paul no fue, pero los demás amigos sí. Bailaron y bebieron hasta el

amanecer.

—¿Pasa algo, Karry?

—No, amiga, salí al balcón a tomar aire.

—¿Se molestó porque bailaste con Lalo?

—¿Todos se dieron cuenta?

—No, yo estaba cerca y me gané con el pase.

—No sé qué le pasa a Renzo, Vir. Sus celos se han vuelto insoportables. Ya no

puedo ni saludar a un hombre en la calle. En el trabajo, en una fiesta, en el colegio de los chicos. Ya no sabe dónde inventarme amantes, amigos...

—Tú has...

—No, Vir, te lo juro, por mis hijas. Nunca, ni con el pensamiento.

—Entonces...

—No lo sé. Antes, bueno, eran insinuaciones que se las pasaba por alto. Pero ahora son insultos, desplantes, se aparece en mi trabajo sin avisar. Hace unas noches se levantó a las tres de la mañana a rebuscar en mis cosas, a encontrar algo, no sé qué.

—Cuadral, hazle frente, no dejes que te trate así, Karry.

—Lo hago, Vir, cuando estamos bien, le digo una y otra vez. Vir, él es el amor

de mi vida. Es tan absurdo. Hasta le he pedido que vayamos a un especialista. Su

problema con la tiroides y su sobrepeso lo están cambiando demasiado.

—¿Es por eso que ha engordado tanto?

—En parte. También es que se descuida demasiado. Cuando intento hablarle de

hacer dietas, comienza con sus recriminaciones, que ya no me atrae, que ya no lo

quiero... Lo estoy perdiendo.

Por el lado de Vir, en esa época, todo estaba bien, pero siempre andaba con la

sensación de que algo faltaba o estaba por ocurrir. A veces, pensaba Vir que tanto tiempo de vivir en la zozobra, en el sobresalto, no la dejaba disfrutar de la felicidad, de la tranquilidad. Retornó a sus estudios, los chicos estaban sanos, sacaban buenas notas en el colegio, Antonio estaba bien en el trabajo .Pero, aun

así, vivía con la idea de que no podía ser todo tan perfecto, que algo o alguien iría a destruir su mundo perfecto.

—¡Te la dieron! —gritó Vir, colgándose a su cuello.

—Ahí está, ¿no la estás viendo? —respondió Antonio sonriendo.

—¡Qué felicidad! ¿Pero así tan rápido?

—La compañía es la que me manda. Así que ellos mismos tramitaron la visa.

—¿Para cuándo?

—El próximo mes. Dejamos los chicos con tu mamá y aprovechamos para tener la luna de miel que nunca tuvimos.

—¿No era para julio?

—No, ese grupo se cerró.

—No puedo, gordo. Son mis exámenes finales. Yo pensé que...

—¿Y si pides permiso?

—Los pierdo y, con ello, el ciclo. Ni hablar. Además..., Sandra me comentó que estarían en la capacitación todo el día. Te estorbaría. Cuando vayamos, quiero que todo el día estés para mí.

—¿Está segura?

—¿Sabes dónde me gustaría ir? Donde Marielena.

—Claro, gordita. —Antonio la miró con ternura y le dio un beso en la frente —.

Ahorramos estos meses y nos vamos para las vacaciones. Podemos llevar a los

chicos también. Anda viendo que tus vacaciones coincidan y...

De esas que, cuando se agitan, sudan *Chanel number*

three

¿Fue el principio de lo que pasó? ¿Por qué no se dio cuenta? Antonio llegó cargado de regalos. Le trajo más a ella que a los chicos. Y eso que era de esos papás que se desvivían por los hijos.

—Gordito, todo está precioso.

—Mira los perfumes.

—Antonio, se ven carísimos. ¿Y los vestidos?, ¿cómo adivinaste mi talla?

—¿Crees que mis manos no tienen memoria? Todo para mi esposa, que me dará la bienvenida como Dios manda.

—Claro, amor. Ven al cuarto, déjame contarte cuánto te extrañé.

Vir se sentía sola y no hacía más que pensar en aquellas cosas que le diría a su

amiga Marielena. «Solamente se fue una semana. ¡Una semana! ¿Cómo pasó?

No sé qué tiene, anda todo el día de mal humor, todo le parece mal, discute hasta

porque la azucarera no está tapada. Sale de la casa como un diablo y después regresa todo querendón. No sé qué tiene, no sé qué le pasa».

—¿Otra vez con lo mismo, Virna? Ya te lo dije. Si me saco la mierda

trabajando, es porque quiero que mis hijos vivan bien, se vistan bien, coman bien.

—¿Ahora qué hice, Antonio?

—Mira cómo los vistes. Esas zapatillas están viejísimas, y eso polos corrientes

que les compras, de mercado. ¿Para qué los tenemos en colegio caro? ¿Para que vayan a dar vergüenza?

—Jamás han ido ni sucios ni rotos. No tienen por qué pasar vergüenza.

Perdona si soy ahorrativa. ¿El dinero que guardo acaso me lo gasto en mí, en peluquerías o ropa? Todo lo administro lo mejor que puedo. No es mi culpa que

la universidad haya subido tanto.

—Vivir una buena vida es lo que siempre quisiste, y ahora que tenemos la posibilidad, no haces más que vivir como antes. Hasta sigues comprando esas conservas de grate que sabes que detesto.

—Lo siento, Antonio. No nací en cuna de oro como tú.

Su pesadilla continuaba, así como sus pensamientos. «O, a veces, Marielena, se encierra en la habitación por horas y no quiere que nadie hable en la casa, ni

quiera los niños. Hasta está raro con ellos, siempre fue tan cariñoso. Pero ahora, ayer nomás, se levantó de su siesta como un diablo porque los niños estaban riéndose fuerte, y los mandó a su cuarto castigados, sin comer. Él nunca

hace eso. Jamás les levantó la voz. Yo soy la loca, la que grita, la que ordena. Él es el consentidor, el padre cariñoso que solo engríe y malcría».

—Han bajado de peso. —Antonio levantó la vista del plato de comida que no había casi probado y, sin mirar directamente a Vir, agregó—: Esa chica no les da

de comer. ¡Qué le va importar! No son sus hijos. Ellos le dicen «no quiero comer» y ella bien gracias.

—¿Qué quieres que haga? —respondió Vir con pereza. En su voz, «hoy no quiero pelear, amor»—. ¿Dejo de estudiar para estar en la casa y vigilar que coman toda su comida? ¿Dejo el ciclo a la mitad otra vez?

—Deja de trabajar.

—¿Por qué? ¿Tú dejaste de trabajar mientras estabas estudiando?

—Es diferente, Vir.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Porque soy mujer? ¿Porque estoy siendo mala madre?

—En todo tienes que armar un drama. No he dicho que seas mala madre.

—Pues no tendrías por qué decirlo. Me levanto a las 6 a. m. para dejar la comida lista. Porque mis hijos solo comen lo que yo les preparo. Me doy tiempo

de revisarle las tareas. Ninguno de los dos ha bajado sus notas desde que he vuelto a estudiar. No se han enfermado, me doy tiempo para sus controles y...

—Tú misma lo estás diciendo, te estás matando. No hay necesidad para lo que

ganas. Mejor te quedas en la casa, estudias con tranquilidad y listo. No tienes que hacerlo todo.

—He reducido mis horas en la clínica a la mitad. ¿Qué más quieres? Sabes que

me prestan instrumental, libros y otras cosas. ¿Cuánto ahorro en eso?

—Lo que creo yo es que te encanta estar en la calle.

—Las palabras de tu madre.

—Es cierto. A veces, pasan días y no hablo contigo más que dos frases.

Siempre estás cansada. Llegas, te pones a estudiar en la lavandería y te acuestas

a dormir. ¿Hace cuánto tiempo que no hacemos el amor?

—¿Y es solo mi culpa? Cuando me ves, cuando tenemos tiempo para conversar, ¿qué es lo que haces? Esto, recriminaciones, insultos. Todo te parece

mal, no haces más que quejarte de todo, de los niños, de mí, de la casa... y después quieres que tenga ganas de estar contigo.

«No me di cuenta, Marielena. Cuando me dijo que quería cambiar de concesionaria e irse a provincia, debí sospechar. Pero no lo vi llegar, no vi las señales. Como una idiota, le preguntaba si tenía problemas en su trabajo.

“¿Quizás es eso, gordo?”, le decía todo el tiempo. “Cuéntame qué te pasa en el

trabajo, siempre me contabas todo. ¿Qué es lo que te pasa?”. Es muy joven para

estar con climaterio o eso que le da a los hombres y se ponen raros, ¿no?».

Karry había pedido permiso en su trabajo y regresó a su casa. Había dejado a Renzo alistando a sus hijas para el colegio. Como hacía días o semanas no se

dirigían la palabra, lo vio alistarse, llenar su maletín de muestras médicas y despedirse. Karry jamás se había considerado a sí misma una mujer celosa, ni cuando lo conoció o en ese momento, que pesaba ciento cuarenta kilos.

Confiaba

en él, se decía a sí misma que, si su esposo la había elegido a ella, era porque la quería. Podía tener una chica simpática, pero la eligió a ella; pudo tener una chica con dinero, pero la eligió a ella; una mujer con más experiencia o mundo,

pero la eligió a ella, una chica simple, fea, sin dinero y que lo único que podía

ofrecerle era la certeza de que lo amaba como la vida misma. Así que los celos

no eran lo que lo hacía seguirlo, perseguirlo mejor dicho. Esa mañana era la intriga que hacía todas las mañanas: si no estaba trabajando, ¿a dónde iba?

Primero, pensó que se iba donde su abuela, pero un día la había llamado y esta le

preguntó por él porque hacía meses que no lo veía. Entonces, ¿dónde iba?

Amigos casi no tenía. Antonio era el único y, si se estuviesen frecuentando, Virna se lo diría. Así que, ¿dónde estaba ocho horas al día? Esperó que saliera de la casa y lo siguió, caminando unas dos cuadras detrás. Renzo salió presuroso, dio una vuelta a la manzana, luego siguió de frente camino al malecón, recorrió

unas ocho cuadras a lo largo de Arrieta y se sentó en una banca a ver... el mar.

Abrió su maletín y se puso a revisar unos papeles, hacía anotaciones en una libreta y luego volvía a revisar las hojas. Pasó como unos cuarenta y cinco minutos, casi una hora, solo haciendo anotaciones. Hizo una pausa,

contemplando el mar, y se levantó hacia un quiosco cercano. En el camino, se

cruzó con dos chicas muy jóvenes que estaban corriendo en ropa deportiva y pasaron al lado de Renzo mientras él se engullía con dedicación un sándwich.
A

Karry le dio mucha pena ver como esas chicas ni siquiera voltearon a verlo, aunque una de ellas sí lo hizo, pero para, aparentemente, hacer un comentario burlón, seguro de su sobrepeso. Si lo hubiesen conocido unos años atrás...

¿Cómo se ama a quien no se ama a sí mismo? «¡Claro! Encima, un helado de chocolate. Carajo, Renzo, ¿y tú azúcar?».

—Vir, ¿no habrá otra mujer? —dijo Marita casi murmurando.

—No —respondió Vir sobresaltada—. No, claro que no. Antonio no me haría eso. No, no, el no sería capaz. No.

—¿Estas segura, Vir? Es la típica, cuando están en pendejadas, se ponen así.

Bueno, los tramposos monises cambian de carácter, se ponen molestos... No sé,

digo.

—Es el trabajo, estoy segura de que tiene un problema en la chamba y que le da pena contarme. Pero no, no, Antonio no me haría eso.

Lo negó doce veces. «No, no es posible». Quince «no», y se sentía tan débil. El

corazón comenzó a revolcarse en todos los «no» del mundo. Cuando se mete la

espina, cuando entra la duda, abres una puerta que no puedes cerrar, te sientes mal por sospechar, te sientes mal por pensar tan mal de él.

—Paul, un favor. —Vir entró al consultorio de la mano de Antonio. Traía consigo la sonrisa del millón.

—Hola, Antonio —respondió Paul con un ligero tono de fastidio que solo él percibió. Trató de sonreír, pero tampoco eso le salió bien.

—Paul, Antonio quiere que lo revises —dijo Vir—. No quiere que yo lo haga hasta que no saque mi título. Parece que ese diente, la pieza dental 14, que le hiciste la endodoncia hace tres años.

—Anda, Vir. —Antonio se sentó en el sillón y le hizo un gesto para que se retirara—. No me gusta que me veas.

—Uh, qué delicado. —Vir le dirigió una mueca graciosa y salió del consultorio

—. Ya vengo.

Cuando ella se retiró, el Dr. P. se sacó los guantes, retiró la bandeja y se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué es lo que quieres, Antonio? No me hagas perder mi tiempo.

—Mira, Paul. Lo que viste ayer, a la salida del restaurant, fue un mal entendido.

—¿Ah, sí?

—Habíamos tomado un poco y mi amiga se puso un poco alegre. Cuando se iba a despedir, se tropezó y entonces...

—¿Por qué no se lo cuentas así a Virna? No hay necesidad de hacer todo este número, Antonio. No me gustan estas situaciones.

—Tú sabes cómo son las mujeres. De todo arman un escándalo, sobre todo Vir.

Le encantan los dramas.

—Pues si conoces tan bien a tu mujer, sería mejor cuidarte de amigas tan efusivas.

—Oye, Paul...

—No pasa nada, Antonio. Yo no vi nada. Ahora, por favor, tengo mucho trabajo.

«Nunca, en tantos años de casada, Marielena, nunca lo había hecho. Antonio siempre fue un pendejo, pero de los coquetos, de los que lanzan piropos descarados, de esos que miran unas piernas y te pasan la voz para que tú también

las veas. Me molestaba y luego nos reíamos juntos de su desvergüenza. Pero lo

otro, amiga, una amante a escondidas, mentir, engañar, fingir, traicionar a su esposa, su amiga, la madre de sus hijos, a su mujer, no puedo creerlo».

Ese sexto sentido que dicen los hombres que tienen las mujeres no es otra cosa

que la capacidad de elevar sus otros cinco sentidos al máximo, entonces lo saben. Así lo supo Vir, descubrió ese olor en sus ropas, no era un perfume de mujer. Antonio no era tan idiota, pero era distinto, un olor que no era el suyo, ni de él. O aquella vez en la que escuchó su conversación. Ella se percató de cómo

le cambió el tono de su voz. «Una llamada del trabajo», le había dicho, se puso

nervioso y salió de la casa corriendo. También estaban sus ojos; sí, eso también,

la mirada era esquiva, y la manera como, a veces, la abrazaba, con pena, como si

pidiera perdón, como si tuviera miedo. Hasta sus besos sabían diferente. Sí eso

era, estaba distinto, olía, sabía, se veía y se oía diferente, pero ¿a qué? A culpa.

—¿Quién es? —Vir le cerró el paso en medio del pasadizo, una noche, cuando los chicos ya estaban dormidos.

—¿Qué?

—¿Quién es? ¿Quién es la mujer?

—No sé de qué estás hablando, Vir.

—Tienes otra mujer. Tienes una amante.

—Sabía que ese imbécil no se iba a quedar callado. —Antonio dio un suspiro de hartazgo y se tocó nerviosamente la cabeza—. Claro, como siempre ha estado

enamorado de ti, ¿cómo iba a desaprovechar esta oportunidad?

—Por supuesto, cómo creías que no me lo iba a decir. —Vir no tenía idea de qué estaba hablando Antonio, pero fingió saber.

—No fue nada, Vir. Me besó en la boca porque estaba ebria. Fue casual. Y el maricón de Paul justo estaba entrando al restaurant y nos vio...

—¿Desde hace cuánto tiempo estás con ella? —lo interrumpió Virna tratando de armar la historia en su cabeza—. ¿Cuánto?

—No fue nada, Vir. Ese Paul de mierda.

—¿Cuánto?

—No tenemos nada, Vir, fue solo una broma. Solo eso, te lo juro. Maricón de mierda, y se lo pedí...

—Paul no me ha dicho nada... —escupió Virna con desprecio y rabia contenida—. Te delataste tú solo. Ahora, lárgate a dormir a la sala.

—Escucha, Vir. No hay nada, fue un malentendido. Vir. Gordita, abre la puerta,

por favor.

«No lo dejé hablar, Marielena, era demasiado doloroso oírlo. Mientras más lo negaba, más se hundía. Esa desesperación solo confirmaba los hechos, tanto miedo era solo porque había descubierto la verdad: él tenía otra mujer. Si no hubiera sido nada, no se hubiese tomado la molestia de buscar a Paul y advertirle. Si no hubiera sido nada, no se hubiese puesto así. Qué idiota, que más podría ser. Y yo pensando que era mi culpa, que el cambio en Antonio era porque le estaba fallando como esposa, como amante, como madre de sus hijos.

Y no era eso, todo era que simplemente él tenía una trampa».

Esa noche, Virna casi no durmió, cerró los ojos con fuerza para que las palabras de él dejaran de resonarle al oído... Esperó que creyera que estaba dormirá y se callara.

—Hola —se acercó, siempre muy cortés, el Dr. P.—, ¿por qué esa cara?

—Es la única que tengo, lo siento si no te gusta.

—¿Pasa algo, Virna? —dijo Paul asustado—. No me has hablado en todo la mañana, ni siquiera para fastidiar a Ferguson y su nueva novia.

—¿Qué crees que me pasa, Paul? —preguntó clavándole la mirada.

—Vir, yo...

—Por un momento, no supe cuál de las dos traiciones me ha dolido más, la tuya o la de Antonio.

—Virna, yo no quise...

—¿De eso se trata la lealtad entre los hombres? No importa si están jodiendo a

tu mejor amiga, a tu confidente, a tu hermana o a tu madre. ¿Cuál es el código de

honor? Somos hombres, los hombres no se delatan.

—Virna, yo no vi nada, los vi saliendo del restaurant y luego esa mujer lo besó,

riéndose cuando él le abrió la puerta del carro.

—Pues eso es más que suficiente. ¿Sabes cuántas veces Antonio me abrió la puerta del auto? ¡Nunca!

—Vir, no te quise preocupar por algo que no me pareció de importancia.

—Y si no tenía importancia, ¿por qué crees que vino asustado a pedirte que te

callaras?

—Virna, yo...

—Cállate, Paul. A ti tampoco quiero oírte.

—Creo que todo empezó a ir mal —hablaba Karry, rascándose la nariz, y comenzó a estornudar varias veces por la tierra alrededor; sí que estaba muy descuidada esa casa, como la mujer que estaba en frente de ella— desde que lo despidieron. No me dijo nada. Nada. Durante dos meses, salió de la casa con su

terno, con el maletín lleno de sus muestras médicas. Marcaba su agenda.

Llamaba a los doctores. Y nada. Me hablaba de que lo iban a ascender. Que ganaría más. Insistía para que yo dejara el banco. Para quedarme con las niñas en

casa. Me enteré por un amigo de él, que llamó a la casa diciéndome por qué Renzo no había ido a la cita con el abogado, que todos los despedidos iban a contratar al mismo buffet para enjuiciar al laboratorio. Yo no tenía idea de lo que estaba hablando. Cuando le pregunté a Renzo por qué no me había dicho que lo

habían despedido, me respondió muy suelto de huesos que eso era su problema,

que él lo iba a solucionar. Renzo siempre fue muy responsable con su trabajo, sus gastos, demasiado. Desde que nos casamos, me dijo: «Las cuentas de la casa

las pago yo. Tu sueldo es para ti, dispón de él como siempre lo has hecho».

Nunca me dejó pagar ni el colegio de las chicas. Al principio, pensé que su

comportamiento era por la forma como fue criado: machista. Luego me di cuenta

de que era por inseguridad, como si el dinero le garantizara ser el hombre de la

casa. Y, claro, ganaba muy bien, mucho más que yo. También era una forma de

tener el control, saberse el protector. No entiendo que le pasó. Fue una cadena de situaciones, se enfermó de la tiroides, comenzó a engordar, perdió el trabajo, no

pudo conseguir uno nuevo o, si lo conseguía, le querían pagar mucho menos de

lo que estaba acostumbrado. Se volvió irritable, pedante... Quizás por su sobre

peso, no sé. Y lo peor es que no me dejó ayudarlo, estar a su lado. Sintiéndose

tan autosuficiente, a veces, me sentía cansada. Siempre estaba colérico y yo solo

atinaba a alejarme... No soy como mi amiga Virna, una mujer maravillosa... Sí,

la esposa de Antonio, somos muy buenas amigas, junto con Marita. Ellas son decididas, le hacen frente a las cosas. Yo no, no soy de enfrentarme, de putear a

nadie. Él se molestaba y yo me daba la vuelta. Sé que él quería discutir, pelear,

sacarse esa bronca de encima... Pero en casa de mis padres se habló siempre en

voz baja. Ellos se casaron bastante mayores y son muy dóciles, callados. Mi hermana mayor me lleva muchos años... Me criaron así, entre murmullos, y lo

que no estaba bien, se le ponía una tela encima y si no se veía, no te debía molestar. Yo solo me alejo de los problemas... es mi forma de ser.

Los días transcurrieron lentos y terribles, Vir dejó de hablarle a Antonio y él llegaba temprano a casa todos los días, jugaba con los niños, les revisaba los cuadernos, lustraba sus zapatos del colegio y preparaba, el viernes en la noche, la cena. «Dios mío —pensó Vir, que no hacía más que observarlo— es más grave

de lo que pensé. Sí que está con miedo». Luego se hizo el ofendido, estaba furioso. «¿Cómo puedes pensar eso de mí después de tantos años juntos, cómo

puedes creer eso?», le había dicho él, sin titubear, sin sonrojarse. Pero Vir no se intimidó, lo miró a los ojos y, si no hubiera sido por los niños, lo hubiese abofeteado. Se dedicó a esperar; como un ave que da vueltas a su presa, esperó,

quería algo más para dar el puntillazo final.

Con Paul paso lo mismo, no le dirigió la palabra por semanas a pesar que él se

deshacía por cubrirla de atenciones, bromas. Virna le habló solo para decirle:

—¿Cómo es?

—¿Qué? —preguntó, a su vez, Paul sobresaltado por el tono grave en su voz.

—¿Cómo es ella? —dijo Vir mirándolo de frente, con su labio inferior que le temblaba nerviosamente y sus manos juntas, apretadas una a la otra—. Tú la

viste. ¿Es mejor que yo?, ¿más joven?, ¿más delgada? ¿Se veían felices?

—No, Virna, claro que no.

—¿Es más bonita?, ¿se la veía refinada? Por eso ahora él quiere todo fino.

Seguro que es toda estirada... Y he visto a las chicas que trabajan con él.
Porque

estoy segura de que es una de esas. Todas delgadas, rubias, altas, de apellidos raros y...

—No te hagas esto, Virna.

—Paul, me lo debes, dímelo. ¿Cómo es?

—Vir... Ni punto de comparación. De lejos, tú eres muy superior. No te

atormentes así, no es... —Paúl se interrumpió porque Vir se puso a llorar, así, haciendo ese puchero con los labios, con un llanto infantil, tan triste que se le partió el corazón de verla—. No, Virna, es como él dijo, algo sin importancia, se

le veía que había tomado mucho y tú sabes, a veces...

—No, Paúl, es algo más. Yo lo sé. Conozco a Antonio. Es algo más. Dejó de ser el mismo, cambió en todo, su forma de ser, su manera de mirarme, su voz,

sus caricias. Hasta sé que ha intentado dejarla, pero no ha podido, lo sé, no es solo una aventura, hay algo más.

—Te estás inventando cosas, Virna.

—Voy a ir a su trabajo, preguntaré a una por una si es necesario. No me importa hacer el ridículo.

—Vir, no digas tonterías.

No se estaba inventando nada. Lo veía cómo daba vueltas y vueltas por la casa

tratando de salir a verla a ella, a esa, y como Vir no le daba la excusa, lo hacía renegando de sí mismo. Dos, tres semanas de tranquilidad y otra vez, y Virna, en

silencio.

—Paul, ¿has visto a Vir? —Marita se acercó y le habló bajo para que no escuchara el paciente que estaba atendiendo.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo, estaba muy nerviosa hablando de Antonio. De repente, agarró

su bolso y dijo algo así como que tenía que verla.

Paúl llegó a tiempo. Estaba Virna en la puerta del trabajo de Antonio, parada delante de la puerta principal, haciendo el esfuerzo por entrar, cuando él la tomó de la mano y la sacó casi a rastras de ahí.

—Vámonos de aquí, Virna.

—¿Quién es? Por favor. ¿Dime quién?

—Vamos Vir, no te humilles así.

De repente, vio a Paul que se sobresaltaba. Había reconocido a alguien. Era la chica que estaba hablando con Sandra. Ambas los veían también.

—¿Es ella? —le preguntó señalando a la jovencísima, esbelta y espectacular morena que la miraba intrigada—. Esa, ¿es ella? La que está hablando con su jefa. ¿Es ella? —Paul volteó a ver y la mirada de él lo delató—. ¡Es ella! —gritó, pero él no dijo nada, se quedó mirando asustado, ajustando los labios

—. ¡Es ella!

—vociferó golpeando su pecho—. La de pelo negro.

—No, Vir, ella no es —respondió él.

—¿Entonces?

Vir volteó de nuevo a ver a las mujeres. Pero solo estaba Sandra, y esta se lo confirmó. ¿Su jefa? ¿La buena señora que se reía de los chistes de Virna? ¿La que le aconsejaba cómo cuidar a su esposo? Vio su mirada; cuánta frialdad, cuánta superioridad en su expresión. Sandra miró hacia los de seguridad por si acaso y, luego la observó a ella casi sonriendo. A Vir se le heló la sangre. «Es ella». Entonces Virna se sintió tan inferior, tan poca cosa, tan pequeña. ¿Cómo la mujer mantenía la calma cuando ella se estaba muriendo? ¿Cómo mantenía el mentón levantado mientras ella se hundía en el asfalto? Se comparó, se medió,

hasta calculó su peso... La vio tan elegante, esbelta, con ese cutis nacarado perfecto, su semblante sereno, sus cabellos en su sitio, su ropa impecable, sus manos delgadas, blanquísimas y delicadas, de uñas larguísimas. Y ella ahí, Virna, con su insignificante uniforme blanco, su falda que casi no le cerraba, sus cabellos despeinados, barritos en su frente, sus manos rojas, ásperas, cansadas, y esas uñas que no le crecían nunca.

Paúl la cargó casi hacia a su auto porque no Virna podía moverse del espanto, de la vergüenza, de la pena. Y no paró de llorar por casi tres horas.

—¿Qué hacías en mi trabajo? —Antonio entró tirando la puerta, furioso.

—No tardó en contártelo la puta esa —respondió Vir sonriendo.

—¿Qué quieres, Vir?, ¿estás buscando que me despidan?

—Estás envarado, Antonio. Yo no me preocuparía.

—¿Que me despidan, eso quieres? Y luego, ¿de qué vamos a vivir?, ¿de tu sueldito de mierda?

—Me acuerdo de una época en la que vivíamos de ese sueldito de mierda y nunca te quejaste.

—No jodas, Vir, no vas a arruinar mi trabajo, mi vida, por esas cojudeces que has tejido en tu mente.

—Cojudeces, tonterías, fantasías. Vamos, Antonio, preguntémosle a Sandra, siempre dijo que era mi amiga. ¿Te acuerdas cómo se reía de los chistes que le

contaba y cómo me aconsejaba para que no me alejara de mi esposo? Buen par

de cínicos se han juntado.

—¡Basta, Vir! ¡Basta de estupideces! No tengo nada con Sandra ni con otra. Y

si me quieres creer, bien, si no, me da lo mismo. Pero tú no te vuelves a aparecer en mi trabajo, ¿entiendes?

—¿Cómo pudiste, Antonio? ¿Fue en el viaje a Miami? Claro, ahí fue, fue el viajecito, luego el ascenso. ¿Qué casualidad? ¿Qué eres? ¿Su puto? ¿Te sienta en

sus piernas cuando entras a darle tu informe?

—Estás loca, completamente loca. Con mi próximo sueldo, te pago una consulta al psiquiatra.

—Eres un maldito cobarde, Antonio. Sé hombre por una vez en tu vida,

dímelo

en la cara, sé hombre, dímelo.

—Vete al diablo, Vir.

Esa noche, Virna habló con Marielena por largo rato, era una costumbre que le

quedó de siempre, y ella siempre estaba para escucharla.

—¿Cómo pudo hacerlo, Marielena? ¿Cómo puede acostarse con otra mujer?

Tener sexo con otra, tocarla, besarla, amarla. ¿Cómo? Yo, en cambio, la sola idea

de que otro hombre me toque, me mire desnuda, me produce vergüenza, náuseas,

repulsión. Y él... El amor de mi vida, Marielena, el único hombre que he tenido,

nadie más que él ni en mis pensamientos ni en mi deseos más oscuros, solo él. Y

con esa mujer. Pude haber digerido la idea de una mujer más joven, una de esas

cabezas huecas que siempre estuvieron detrás de él. Pero ella. Tú la vieras, Marielena, me sentí tan ridícula a su lado. ¿Cómo competir con una mujer así, tan superior, inteligente, bella, elegante, independiente? Recuerdo cómo Antonio

me hablaba admirando sus cualidades, cómo había llegado a ese cargo tan importante dejando atrás a hombres iguales o más capacitados; una experta en los negocios. Hasta yo la admiraba y sentía un poco de pena porque era divorciada y su marido la había dejado. ¡Qué estúpida!, ¿no? Marielena, qué

estúpida.

Karry, Virna y Marita salían a comer juntas por lo menos una vez por semana.

Karry pasaba por la clínica y de ahí partían. A pesar de ser mujeres tan distintas en su forma de ser educadas, tenían tanto en común. Sobre todo, esa capacidad

de escuchar los problemas de las otras e identificarse con el dolor de sus amigas.

—No es la manera, Vir —dijo Marita—. Estás haciendo todo mal. Lo único que conseguirás es alejarlo, entregárselo a la vieja en bandeja.

—Es que no puedo, yo sé que me estoy comportando como una loca histérica,

como una bruja. Pero no puedo. Cuando lo veo, tengo ganas de ahorcarlo, de arrojarle lo primero que encuentre. Me detengo por los chicos. Pero, a veces, cuando estamos solos, reviento; es muy superior a mí.

—Y él aprovecha la ocasión para salir corriendo a los brazos de ella —Luego de una pausa, Karry agregó con voz sentida—: Si Renzo pudiera hablar con él.

Pero ese es otro.

—¿Nada del gordo?

—Ya dos meses —murmuró Karry—. Yo lo boté de la casa, lo sé. Se suponía que era para que reaccionara, que regresaría al día siguiente. Sus celos se hicieron insoportables, hasta estaba volviéndose agresivo con las niñas también.

Hice lo correcto. Nadie de su familia me da razón de él. Una chica de Chacharita

que trabajó en la casa un tiempo me dice que lo han visto por Ventanilla, donde

unos amigos de colegio.

—Karry, de verdad lo siento.

—Gracias, amiga. Vir..., ¿estás segura de que es otra mujer? Mejor dicho, ¿estás segura de que es la jefa?

—Sí —contestó Vir—, segura. La muy cínica me llamó para decirme:

«Querida, en el trabajo había rumores insanos de gente enferma que solo desean

perjudicarme...».

—No me habías contado esa... —Marita habló abriendo los ojos de la sorpresa

—. ¿Qué hiciste?

—La mandé a la recon... Ya sabes, le vomité todos los insultos habidos y por haber... Ella, inmutable, como si ya los estuviera esperando, como si supiera de

antemano cual iba ser mi reacción... ¿Sabes qué me dijo al final? «Querida, sé

por lo que estás pasando, Antonio es un excelente hombre que sería incapaz de...». No la dejé terminar, colgué el teléfono de puro asco, hasta tuve el presentimiento de que Antonio estaba ahí presente, que ella me llamó con él al

lado.

—Qué maldita. —Marita hizo una mueca de repulsión—. Te está quitando el marido y todavía...

—Es que no te lo quiere quitar —la interrumpió Karry—, lo quiere compartir.

—¿Cómo? —preguntaron las otras dos.

—Por lo que me has contado —dijo Karry—, esa mujer es tan fría como una persona que se sabe con poder y sin escrúpulos. ¿No te has dado cuenta? Una vez tuve un jefe muy parecido a ella, madurito, distinguido, de mucho dinero, divorciado, etc. El maldito me acosaba todo el tiempo; después de la cirugía de

la nariz, levanté mis bonos. Bueno, en fin. Era un acoso insoportable. Llorando,

se lo conté a una amiga algo mayor. Y ella me dijo: «Fíjate, muchacha, cuántas

solteras hay en la agencia y él quiere precisamente contigo. Tú, la que es casada

con hijos. ¿Por qué? Porque no quiere compromisos. Tener por amante a una mujer casada es lo ideal para un hombre así. Libertad sin ataduras, sin dramas a

la hora de decir adiós». No me puso en la mira por casualidad. Yo encajaba en lo que él quería.

—¿Tú crees? —preguntó Vir intrigada.

—Piensa, Vir —respondió Karry—. Primero, no dejó huellas. Las que te

quieren quitar el marido las dejan por todos lados. Hasta el calzón en sus bolsillos para que la esposa lo encuentre. Ella no. La descubriste por el idiota de Antonio, no por ella. Segundo, los regalos que él te trajo del viaje y los que comenzó a hacerte después. Esos vestidos eran de un gusto impecable y los perfumes, finos. Solo alguien como ella los pudo haber escogido tan bien. Te quería feliz. «Ten a tu esposita feliz en casa». Tercero, cuando te llamó, no te dijo: «Yo no soy la otra», que era lo lógico, sino: «Él sería incapaz de engañarte». Ninguna mujer con dos dedos de frente pone las manos al fuego por un hombre, ni por su padre. Le interesa librarlo a él más que a ella. No quiere que se separe de ti.

—Pensándolo así, tiene razón, Virna. La vieja quiere alguien que le baldee el callejón de vez en cuando. No separarlo de ti.

—Por supuesto —dijo Karry—. Una tipa así se volvería a casar solo con un viejito millonario, con tres infartos previos, que le resolviera el futuro. No con un empleadito, divorciado y con hijos.

—Y Antonio —musitó Vir suspendida en el aire— es tan imbécil que no se da

cuenta de que lo están utilizando de esa manera.

—Está deslumbrado como un niño —agregó Karry—. Lo tiene apantallado con

ese estilo de vida que le ha mostrado: restaurantes caros, viajes, ascensos, relaciones.

—Todo lo que yo no puedo darle —la interrumpió Virna dando un triste suspiro y bajando la voz.

—Y no necesitas dárselo... —contestó Karry con firmeza—. Antonio está viviendo una fantasía. Uno de estos días despierta y viene corriendo a...

—No, no es tan simple. Está enamorado, lo sé, lo siento. A veces, cuando comienzo a insultarla, se ofende, se molesta. La quiere.

—No lo creo, Vir —señaló Karry—. Es que estás haciendo todo mal. Con esa manera cómo reaccionas, lo único que haces es ponerla a ella en plan de víctima

y tú como la loca. ¿Qué necesidad de llamarla a su trabajo para insultarla?

—No puedo controlarme —suspiró Vir—. Tengo tanta rabia, tanta indignación,

tanta...

—Está mal —la interrumpió Marita—. Y te lo digo por experiencia. Yo he sido

la otra, ¿recuerdas? La única vez que Héctor estuvo a punto de separarse de la mujer fue cuando esta me pegó en la calle. Se ofendió él tanto, que casi se fue a

vivir conmigo.

—¿Cómo te deshiciste de tu jefe? —preguntó Virna a Karry.

—Seguí las recomendaciones de mi amiga. Fui a su oficina y le dije que me iba separar de mi esposo y que necesitaba su apoyo para el divorcio. Le lloré a

mares, diciendo que ahora que estaría sola necesitaba un padre para mis tres

hijas, que me gustaría apoyarme en un hombre con experiencia, que podía hasta rehacer mi familia y tener más hijos con mi nueva pareja, y mil tonterías. Diez

minutos después me aconsejaba que volviera con mi esposo. Nunca más me

dirigió la palabra.

—¿Qué hago entonces? —preguntó Virna mirando a las dos.

—Tomas una decisión: ya —contestó Marita—. O te haces la cojuda y esperas

que se le pase la enchuchada que tiene con esa viej... o te separas de una vez.

¿Separarse? ¿Divorciarse? ¿Otra vez? ¿Y los niños? ¿Y ella? ¿Y él? Porque él

también sufriría. ¿Quién lo iba a amar como ella? ¿Quién sería su amiga como lo

fue ella? ¿Quién lo apoyaría como lo apoyó ella? Virna lo había hecho. Y dejarlo

así. Solo así. ¿Por qué le hizo algo así?

Por un tiempo, un buen tiempo, Vir aguantó, disimuló lo más que pudo. Volvió

a ser la misma de antes: sonreía al despertarse, se bromeaban en el desayuno, hacían paseos con los chicos, iban los dos solos al cine de vez en cuando. Lo más difícil era el sexo, era terrible sentirlo cerca, dentro, sin pensar en esa mujer.

Las cosas siguieron un orden con aparente calma hasta que, de repente, una llamada.

—Vengo dentro de un rato —exclamó Antonio casi desde la puerta,

vistiéndose en el camino hacia esta—. Voy a llevar unos papeles a la oficina.

—Es sábado, ¿desde cuándo trabajas en sábado? —preguntó Vir. No esperó

respuesta, sonrió e indagó—: ¿Vas a venir a cenar?

—Sí, claro. No tardo, gordita, solo un rato.

Cerró la puerta, pasaron cinco minutos y Vir, resoplando como un toro, tamborileó los dedos en el sofá. De repente, llamó a la empleada, le pidió que diera de cenar a los niños temprano y que se bañaran antes de acostarse.

Vir llegó antes que él a la oficina, haciendo correr al taxista con subidas amenazas y doble pago, y sintió un gran alivio al ver llegar el auto de Antonio. Sí iba a la oficina, pero el alivio se volvió en dolor cuando él bajó del carro, abrió

la puerta del copiloto y Sandra, ella, presurosa, descendió.

—¿La espero, señora? —le dijo el taxista—. ¿Está segura? No quiero problemas.

Virna lo despachó segundo después de ver que su marido entraba con esa mujer al edificio. Se quedó fuera, parada en la acera, mirando el reloj.

—Ahora niégalo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Antonio, sobresaltado, mientras miraba a los lados y calculaba la distancia del auto.

—Solo eso. A la mierda Virna por veinte minutos de sexo. Ni siquiera te quitas

la ropa por completo. Ni siquiera te bañas después de tirártela, y luego te metes a mi cama. Como si nada.

—Vámonos de aquí, no voy a tolerar tus locuras en la calle.

—¿Cómo eres capaz de seguir negándolo?

—Vamos, hablaremos en la casa. No aquí. —La tomó del brazo y la subió al auto de un empujón.

—Años de matrimonio, dos niños, toda una vida de amistad. Todo al diablo por eso, por unos minutos de sexo... —Virna hablaba incrustando las uñas en el tablero del carro.

—Sandra tenía un problema en su casa y la vine a ayudar. Su exesposo le quiere quitar a los niños y ella...

—¡Deja de ser un maricón! Sandra, Sandrita, ¡pedazo de mierda! ¡Solo admítelo, carajo! ¡Admítelo! —Vir se tiró encima de Antonio e intentó arañarle

la cara. Forcejearon unos minutos. Él levantó un brazo para esquivar sus golpes

mientras trataba de mantener el control del automóvil con el otro, hasta que chocaron contra un árbol y, si no fuera por el cinturón de seguridad, les hubiese

salido más cara.

—¡Carajo! ¡Estás loca!, ¡completamente loca! ¿Quieres matarnos acaso?

—No, Antonio —contestó Vir con la cara bañada en sangre—. Quiero que te mueras tú, que se muera ella, que se mueran los dos...

—Son solo dos semanas y me sacarán los puntos. Felizmente fue en la frente y

no me quedará cicatriz. Vayan a dormir, vamos.

Los niños besaron a mami, a papi y, con la inocencia de sus años, se fueron a dormir. «Qué bueno es ser niño», pensó Vir.

—Lo mejor será que me vaya unos días. —Antonio interrumpió sus pensamientos y la trajo de vuelta a donde no quería estar—. Esta situación se está haciendo insoportable. Son tus nervios. Estoy pensando que quizás son los

anticonceptivos, las mujeres se ponen muy nerviosas cuando...

—Me ligaron cuando nació Micaela —lo calló Vir con una voz tan calmada, casi imperturbable—. No hables cojudeces.

—Estaré en casa de mi mamá, será por unos días. Necesitamos tiempo para tranquilizarnos.

—En casa de tu mamá. Claro. —Vir suspiró y, sin levantar la cara, ni la mirada, ni su corazón del piso, agregó—: Vete, Antonio.

Pensó que no regresaría, imaginó que se iría al departamento de Sandrita. Sin embargo, pasaron dos semanas y regresó como si nada hubiese pasado, tranquilo, de lo más fresco. Mas su regreso no hizo que Virna estuviera mejor, ella estaba extraña, muy silenciosa, callada, retraída. No comía, no dormía por las noches y lo peor, no lloraba. «Termina con esto de una vez, Vir».

—Si terminas toda la sopa —le decía Marita a Héctor con una dulce sonrisa —
mañana te llevo a ver el mar.

No todo fue malo, no todo fue triste. A veces, pocas veces, Héctor podía ser

agradable. Como cuando bajaba la guardia y dejaba de creerse el Tarpán de las

cuatro perillas, se sentaba con ella en el borde la cama, solo a conversar de las

cosas que a ambos más le gustaban: las baladas románticas y el mar. El mejor regalo que podía llevarle a su *negrita* eran casetes de sus cantantes favoritos: Roberto Carlos, Luis Miguel, José José, Camilo Sexto... Marita era una mujer que no podía vivir sin música, podía pasar un día sin comer o sin dormir, pero la

música era una parte indispensable de su vida, como el aire. Todo el día tenía

que tener la radio prendida, se sabía todas las canciones y su pasatiempo favorito era esperar que la emisora pasara su canción y corría a grabarla rezando para que

al locutor no se le ocurriera interrumpirla con un comercial. Algunas noches, los

dos se ponían a cantar imitando a sus cantantes predilectos y se reían por sus terribles desafinaciones. Y sobre el mar, los dos eran unos chalacos criados a la

orilla de la playa. Héctor le contaba sus historias de niño. Sobre todo, le gustaba recordar lo mucho que había disfrutado sus vacaciones en Cantolao. Los veranos

interminables donde, con los amigos de Chacaritas, caminaban en mancha

haciendo bulla por la calle, apostando quien se hundía primero en las heladas aguas. Riéndose de los *giles* que no podían caminar en las piedras y sacándoles la mugre a los que querían entrar con zapatillas. Cómo subían a la Punta a robarle las pelotas a los blanquiñosos cuando jugaban futbol cada vez que se les

salía el balón de la cancha, o cuando sacaban cámaras de llantas de camiones de

los grifos y las llevaban al sereno mar para usarlas como flotadores. Enfermo, postrado, cerraba los ojos, y era lo que con más nostalgia anhelaba. Héctor fue

un niño pequeño, común, solo destacaba en su extraordinaria habilidad con los

números. A mucho esfuerzo, se hizo contador y llegó a tener buenos trabajos y,

con algunos cachuelos poco honestos, se dio una vida acomodada, se permitió tener pequeños lujos, pero, sobre todo, mujeres. Mujeres, su gran debilidad.

Pasaron por él tantas y, honestamente, no quiso a ninguna, ni a su esposa, ni a Marita, a nadie. Cuando era joven, era pobre y feo. Cuando tuvo dinero, pudo escoger y no dejó de probar lo que en su juventud se le negó, hasta que enfermó

de SIDA. Tanto vivir en el engaño, la ambición, negocios torcidos, infidelidades.

Y en ese momento, tirado en una cama, sin poder moverse a causa del dolor, sin

poder casi hablar porque las heridas en la boca lo hacían llorar, en ese estado, había descubierto que la felicidad perfecta la había vivido de niño. Le decía a ella que, si existía Dios y que si él, con esa enfermedad, ya había expiado sus pecados, el cielo sería revivir esos momentos: él echado en una cámara de llanta

dejándose llevar por el agua y el sol dándole en la cara.

—¿Por qué?

—Virna —respondió Sandra muy asustada al verla entrar a su oficina—. Por favor, es mi lugar de trabajo.

—No te preocupes. No voy a gritar, no voy a pegarte, no voy a armar un escándalo. Solo quiero respuestas: ¿por qué destruir un matrimonio?, ¿por qué meterte con un hombre que tenía esposa, hijos? Mírate, puedes tener a quien tú

quieras. ¿Por qué tomar lo que era de otra?

—Mira —pronunció ella agarrándose del escritorio y mirando al suelo—, he pedido mi traslado a Miami, me voy pasado mañana. Todo se acabó.

—Se quiere ir a vivir contigo, ¿no es cierto? Se fue a meter a tu casa y lo botaste, aunque está tranquilo. ¿Qué le inventaste para deshacerte de él?

—Nunca quise que las cosas llegaran a este punto. Lo siento, Virna, de verdad

lo siento.

—Deberías. —Mirando las cajas sobre el escritorio y el apuro en recogerlo todo, cerró los ojos y sonrió al darse cuenta de lo que pasaba—. Ni siquiera le

has dicho que te vas. Lo harás a escondidas. Por eso le has dado estos días libres.

—Estoy tratando de hacer lo correcto.

—No es cierto. Te vas porque quiere dejarme, y eso no estaba en tus planes, cargar con él. Fue a decirte eso. Fue a tu casa, tú le diste una excusa tonta y lo regresaste a la mía, y ahora huyes de él.

—No, Vir. No debí meterme con tu esposo. No tengo justificación. Estaba confundida, sola y se dio sin querer. Era solo una aventura sin importancia y luego todo se salió de control.

—Nada fue casualidad, Sandra, nada fue sin querer. Lo escogiste, lo enredaste.

El hombre que necesitabas: joven, guapo, de origen humilde, lo suficientemente

ingenuo para dejarse deslumbrar y, sobre todo, casado. Perfecto para que te diera

unos buenos momentos sin comprometerte.

—Virna, no...

—Y cuando todo se salió de control, como dices, cuando, de seguro, te ha confesado su amor hecho todo un imbécil. ¿Eso hizo, verdad? Lo conozco. Te abrió su corazón, te dijo que dejaría a su familia por ti y tú te das la vuelta y lo dejas como a un perro.

—No es así, Vir. Me voy por el bien de ustedes, de él. Nunca quise que esto llegara a... Yo no soy una mala persona.

—No te engañes, Sandra —dijo Vir mirándola de arriba abajo con mucho asco

—. Sí eres una mala persona. Eres falsa, manipuladora y cruel. Tomas lo que quieres sin medir las consecuencias y, luego, cuando la has cagado toda, huyes

como una gallina. Debajo de tanto maquillaje, ropa y perfumes caros, eres solamente eso, una pobre mierda.

Y así fue como Sandra Cruzalegui de la Puente hizo su graciosa despedida de la familia Carraza Zavala. Salió de la vida Vir, no sin antes dejar un rastro de dolor, como el peor de los huracanes.

—Lo encontré en el baño, llorando.

—¿Cómo? —preguntó Marita sobresaltada. Vir tenía esa costumbre: de repente, soltaba sus comentarios dejando a las personas turbadas.

—Antonio estaba llorando en el baño, por ella. Claro. No por mí.

—Virna, dale tiempo.

—Y lo más gracioso es que me dio tanta pena verlo así que hasta tuve ganas de

consolarlo. Soy más patética que él.

—¿Quieres oír algo verdaderamente patético?

Marita había ido a buscar a Héctor porque se había atrasado en sus dos últimas

mensualidades. Hasta ese entonces, había sido muy puntual. Como ella no podía

ir a su casa ni que fuera loca, se acercó a la agencia donde trabajaba y una señorita muy amable le dijo que él ya no trabajaba ahí, no sin antes hacer un gesto muy extraño que Marita no logró descifrar. ¿Qué haría? «Su prima, la Cotí». Claro, ella era pataza de Héctor y siempre se llevaron bien. La Cotti fue

muy explícita, demasiado para el terror de Marita. Resultaba que no solo ya no

trabajaba en la agencia, sino que lo habían despedido porque estaba enfermo.

«¿Qué tiene?», había preguntado Marita intrigada por la solemnidad en las palabras de la prima. «Dicen que SIDA», murmuró esta muy asustada. No se sabía cómo se había contagiado. Bueno, sí, por la fama de mujeriego, era conocida por todo el Callao, pero no se sabía quién y desde cuándo. Los rumores

decían que lo habían visto en el Carrión, dando vueltas en el pabellón de enfermedades raras. «Lo vieras, Marita, está irreconocible, ha bajado como veinte kilos en unos cuantos meses y casi no puede caminar... ¿La esposa? La Meche cogió sus maletas, a los niños y se fue a donde la hermana en EE.UU...

No, parece que no. Ellos hace tiempo que no tenían nada, pero quién sabe. La que se murió hace un par de semanas fue una negra de Colón, que era su nueva

querida, y dicen que de esa enfermedad».

—Dios mío, pobre Héctor. —Vir misma no creía que estuviera diciendo eso —.

¿Y quién lo está cuidando?

—Se ha ido con su mamá.

—Regresó a los barracones. ¿Y la casa de Bellavista?

—La Meche, antes de irse, la vendió.

—Miércoles...

—Vir, ¿tú crees que yo...?

—No. Tú hace tiempo que no estás con él. ¿O no?

—Por supuesto. Años que él y yo nada de nada. Pero igual tengo miedo. ¿Tú qué sabes de esa enfermedad?, ¿se puede presentar después de años? —Eran los

principios de los 90, recién se comenzaba hablar de esa enfermedad y casi nadie

estaba enterado de lo que era. Solo el miedo era lo más conocido.

—Un poco, en la universidad, nos han dado clases de eso. Pero bien, no. Le podemos preguntar a Paul.

—No, no, Virna. No quiero que nadie lo sepa. Imagínate que se enteren por ahí

y me despidan.

—Entonces busquemos a Karry. Su papá.

Le contaron a Paul, necesitaban de su tranquilidad y esa capacidad que tenía para reflexionar en tiempos de crisis, como en ese momento. Luego, fueron los

tres a ver al padre de Karry. Este les recomendó un buen médico y, lo más importante, que se hiciera un exámen de sangre pasra salir de dudas. Cuando tuvieron los resultados y vieron que eran negativos, los ciatro —Vir, Marita, Paul y Karry (a quien también la habían puesto al tanto)— se dieron un abrazo de alegría. Para festejar , idea de Vir, se fueron a comer pan con chicharrón y jugo

de fresa donde el chino de Sáenz Peña.

Marita le secaba la baba del costado de la boca sin temor, los doctores le habían dicho que no contagiaba, no así.

—Ay, Héctor, ¿cómo terminamos aquí?, tú tirado en esa cama; yo secándote la

baba. Todo por un polvo. —Marita reía para sí—. Si alguna vez te hubiese amado, te tendría cólera. Si tú me hubieses amado, no dejarías que te cuide, sentirías vergüenza. Fue bueno que nunca hubiera amor entre nosotros. Yo era una chica más para tí, y si no era yo, otra. Siempre había otra: la del jugo,

la vecina, la amiga de tu esposa o la del menú de la esquina; tu bragueta siempre

fue tu peor enemiga. ¿Cuántas mujeres habrás enfermado? Nunca te gustó usar

preservativo... ¿Ves?, esto te pasa por pendejo... Dicen que esa obsesión por tantas mujeres era también una droga, una forma de adicción. ¿No es gracioso?

Resultó que uno de los pocos detalles que me gustó de ti era que no bebías como

mi padre. «Bueno, al menos no tiene vicios», me dije, «no es un borracho». Me

equivoqué, tu vicio eran las mujeres. Y terminó siendo tu perdición. Todos me creen víctima, y no fue tanto así. Es cierto, para mí fuiste el primer hombre de

mi vida, el primero que me dijo que era bella. Y me regalaste un perfume, me llevaste a cenar a un sitio elegante. Tenía solo dieciocho años, pero sí que sabía que eras casado y lo pendejo que eras... Inocente tampoco fui. Nos merecemos

uno al otro... Así que por eso, por pendejos los dos, ahora yo debo secarte las babas y tú, pedirme perdón.

Fue el susto de su vida. En ese momento, Virna se dio cuenta de qué manera

las cosas habían cambiado con Antonio. Antes, él hubiese sido la primera persona a quien le hubiese contado lo que le estaba pasando a Marita. Pero ya no. ¿Quién era el hombre que deambulaba en su casa? Se cruzaban pidiéndose permiso, se pedían las cosas por favor. Dormían de espaldas al otro. Y nunca pero nunca se miraban a la cara. Esa tarde era domingo, los

niños habían salido a

la casa de la abuela y estaban solo los dos. Vir leía unos apuntes en la sala. Él se sentó de golpe en el sillón y prendió el televisor a todo volumen, con el rostro enfurecido, como diría Vir, con la cara de buscar bronca...

—¿Puedes bajar el volumen? Estoy estudiando. —Antonio no le hizo caso—.

¿Por qué no vas a ver al cuarto?

—No sé ve bien la señal —dijo él sin pestañar, mirando la TV.

Vir iba a responder con una de las grandes, pero en ese momento sonó el teléfono y, como siempre, a él se le saltaron los ojos. Y a ella, la cólera. «Cree que lo va a llamar».

—Era tu mamá. —Tiró Antonio el auricular—. ¿A qué hora vas a recoger a los

niños? No los soporta ni media hora.

—Siempre ha sido así. ¿De qué te sorprendes? —dijo Vir mirándolo sonriente

—. ¿Sabes?, te iba contar sobre una paciente de la clínica que siempre llega contando sus dramas, muy guapa toda ella. De veintiocho años, bellísima, modelo de pasarela, amante de un general de la FAF o del ejército, no me acuerdo. Resulta que después de cinco años de relaciones, un buen día, el viejo

le dice: «Mi amor, tenemos que terminar, yo te amo, eres el amor de mi vida, pero tengo que dejarte ir, es por tu bien. No puedo hacerte esto. Siento que me

estoy robando tu juventud, tu...».

—Vas a recogerlos tú o voy yo —preguntó Antonio, tan estúpido no era y ya

veía por donde iba la cosa.

—«Robando tu juventud —continúo Vir como si no lo hubiese oído—. Me has

dado los mejores años de mi vida, pero no puedo ser egoísta. Debo pensar en ti...».

—¿Qué quieres, Virna?

—La pobre tonta. Lo que pasa es que comenzó a insistirle en que dejara a su esposa y que se casara con ella. Y, encima, se le metió la idea de querer tener un hijo. La dejó más rápido que volando.

—¿A qué viene esa historia?

—Fue lo que te dijo Sandra. —Vir sonreía con tanto odio en la mirada—. «Me

voy por tu bien, Antonio». Te tiró el rollo de: «Te amo, pero tengo que dejarte

ir...».

—Eres una loca.

—Dejaste de servirle, Antonio. Te utilizó lo que pudo y, cuando ya no logró manipular más la situación, cuando le dijiste que te querías ir a vivir con ella, se fue.

—¡Cállate!

—Me lo dijo, en mi cara.

—¿Cuando fuiste a llorarle para que se fuera?

—¿Fue lo que te dijo? —preguntó Vir soltando una carcajada—. ¿Que yo fui

a

llorarle para que te dejara? Qué hipócrita.

—¿No es cierto acaso?

—No, no fui a rogarle nada, quería que lo admitiera en mi cara, y lo hizo, fue más valiente que tú. No le pedí que se fuera. Cuando fui a verla, estaba alistando sus cosas para marcharse. Sin despedirse, a escondidas. Así de miserable es la mujer por la que lloras en los rincones.

—Estoy harto de ti, Virna. Realmente me tienes harto.

—¿Por qué, amor? ¿Por qué crees que ella te dejó por mí? Se deshizo de ti, porque quiso. Porque ya no le servías. Nunca quiso un esposo, Antonio, un compañero, un padre para sus hijos. Quería un payaso con pene que la entretuviera.

—¡Cállate! ¡Loca!, ¡histérica!

—¿La verdad duele?

—¿Quieres la verdad? Sí, la extraño. Sí, me enamoré. Sí, extraño tener una verdadera mujer en la cama.

—Qué gracioso, Antonio, tuviste tu verdadera mujer y esta te utilizó como una
mujerzuela.

—¡Cierra la boca!

—A quien solo serviste para bajarle los calores de vieja menopáusica.

—¡Cállate, mierda!

—El machazo de Antonio Carranza. El bravo de Abtao. Le abrieron las piernas

como a una puta barata y...

—¡Cállate! —Su puño cruzó el aire y dio en su rostro. A Vir nunca nadie le había pegado en su vida. Nunca. Su madre, alguna vez, no pasó de un jalón de

cabellos. Pero jamás sintió la mano de un hombre directamente en su cara. Y él, el amor de su vida, el que solo la había tocado para amarla, era el hombre que en

ese instante la miraba aterrado de verla tirada en el piso sangrando por la nariz, por la boca.

—Vir, yo no quería. Vir, yo no... —Antonio se retorció los dedos, pálido, y le

temblaba la voz—. Yo no...

—¡Vete, Antonio! Vete de la casa, vete de mi vida. ¡Vete!

Virna estaba sentada en la mesa del comedor limpiándose el rostro con unos algodones y alcohol. «¿Y ahora que les invento a los niños? ¿Por qué te hizo esto, Vir? ¿Por qué?». «Por la misma razón por la que no dejé que te casaras con

Iván. Por la misma razón por la que esa noche no te fue a recoger al paradero.

Por la misma razón por la que falsificó esas facturas, que no se puso el preservativo, que se metió con Sandra». Todo tenía una sola respuesta. «Desde

ese entonces ya la sabías». Se iba a responder, pero en ese momento él cruzó delante con su maleta y cerró la puerta muy despacio. «Para qué decirlo si ya se

ha ido. Además, es demasiado triste admitirlo».

—Ya basta, ¿no? —El rostro de Paul reflejaba una ira como nunca le habían visto. Y eso que Virna había dejado de ir a trabajar tres días, pero la huella de la mano de Antonio en su cara aún estaba. «Qué vergüenza». Siempre sintió tanta

rabia y pena cuando veía a una mujer así en la calle. Y entonces era ella la mujer así. Ella era la que le daba pena.

—Fue culpa de los dos, Paul. Además, ya se fue de la casa.

—Era lo mínimo que podía hacer. No puedo creer que las cosas hayan llegado

a ese extremo.

—Si te consuela, él debe de haber quedado peor. Cuando Marita fue a verme y

vio lo que había pasado, llamó a mis hermanitos y estos lo esperaron a la salida

de su trabajo y...

—No le veo la gracia.

—Ya, Paul. No me hagas sentir peor de lo que me siento. Por favor. Además, ya se fue.

Otra vez, sola. Otra vez, Virna durmiendo sola en su cama. Pensó en muchas cosas esa primera noche en la que durmió sin él, después de tantos años. Y, como

siempre, lo habló todo con Marielena. Vir sintió que la cama era muy grande

o

que ella se había vuelto muy pequeña, pero lo que más la entristeció, a la mañana siguiente, fue que esa noche durmió tan bien...

—No te puedo creer, Marita. —Virna la miraba con los ojos abiertos y Karry, del susto, soltó la taza—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Estás segura de lo que vas hacer? —Karry se secaba la ropa, nerviosamente, sin quitar la vista del rostro de Marita.

—Fue muy triste —dijo Marita.

—No lo dudo. Pero de ahí a... —habló Karry con suavidad.

—¡Te dije, carajo, que no fueras! —la interrumpió Vir con fuerza.

—Tenía que ir, Vir —se justificó Marita—. Tenía que verlo. Dios mío. Él está

muy mal, irreconocible, y el cuarto donde está viviendo... Lo hubiesen visto.

Todo sucio, papeles higiénicos por todos lados, un olor a orines insoportable. Su

mamá llegó con dos menús del comedor popular y no había un plato limpio en

qué servirlo. La pobre señora tiene como ochenta años, ni siquiera puede con ella misma, casi ni ve.

—La pobre señora —pronunció Vir— que te votó de su casa. La pobre señora

que nunca se dignó a conocer a su nieto por temor a la loca de la Meche.

—Marita —habló Karry—, entiendo que hayas ido a verlo. Lo entiendo, es el padre de tu hijo. Pero lo otro...

—Conociéndote —la interrumpió Vir—, eres capaz de haberle limpiado el cuarto.

—Entiéndanme, no puedo dejarlo así. Que muera así, no es humano.

—Marita —la nombró Vir—, ese hombre es el hombre más malo que he conocido en mi vida. Antonio o Renzo son bebés de pecho a su lado. ¿Ya te olvidaste todo lo que te hizo?, ¿a ti, a tu hijo? ¿Todas las humillaciones, los golpes, los insultos?

—Yo sé quién es él, Virna. Lo sé muy bien. Pero también es el padre de Carlitos. Imagínense que un día sepa que abandoné a su padre de esa manera. Lo

hago por mi hijo, no por él.

—Pero no es tu responsabilidad —dijo Karry—. Hasta la esposa lo dejó.

—Un hijo que no quería —acotó Virna furiosa, ya indignada—, que nunca quiso. ¿Ya no recuerdas que te votó del cuarto con tu hijo de meses para meter a

otra mujer?

—Vir...

—Marita, es un enfermo terminal —argumentó Karry—. Es una carga muy pesada para cualquier persona, y tú vives sola con tu hijo.

—Tu papá dijo que no era contagioso. Que no pondré en riesgo a Carlitos o a mí. Además, tengo estudios de enfermería.

—Una carrera que no pudiste terminar por él —interrumpió Virna que, de la cólera, estaba roja como un tomate.

—Virna, por favor...

—¡Ay, Marita!, solo es que no te entiendo —le dijo, de nuevo, su amiga—. Sé

que siempre has tenido vocación de santa, pero esto ya es demasiado.

Marita llevó a Héctor a su casa. El hombre más malo que pudo encontrar en la

vida, pero quien le dio lo mejor de la vida. «Lo hago por mi hijo, Vir. Nunca tuve nada que fuera mío. La sexta de ocho hermanos, unos padres indiferentes que nos criaron a cada uno por instinto de supervivencia. Cuando tuve a mi hijo

en brazos por primera vez, sentí que era parte de alguien y que ese alguien era parte de mí. Para siempre. Solo lo hago por él. Por amor a él, a mi hijo».

—¿Lo has visto? —preguntó Vir a Marita unas semanas después de la partida de Antonio.

—Estuvo en la casa de tu suegra, perdón, exsuegra, dos semanas. Pero la tía está más jodida que nunca. Y se fue. Dice Checho que se alquiló un

departamento en San Isidro. Chiquito, pero en una zona bien pituca. Él lo ayudó

en la mudanza.

—Ya no aguanta el barrio. Eso fue la peor herencia de Sandrita. Lo volvió un plástico como ella.

—Por una parte, tuvo razón en irse, Vir —la interrumpió Marita—. El barrio se

ha maleado bien feo. En dos semanas le robaron como tres veces el espejo de su

auto y dos veces, los faros. Hay gente malograda y con la droga, que parece que

la pueden cambiar con chapitas. Yo misma quiero salir de ahí.

—Carlitos es un niño muy bueno.

—Es un niño estupendo, no me da ningún problema porque casi no lo dejo salir. Ya no es como antes, Vir. ¿Te acuerdas cuando éramos niñas y montábamos

bicicleta hasta la noche o nos sentábamos en la puerta de una casa a escuchar música hasta la madrugada? Ahora no puedes salir más de la nueve de la noche;

el toque de queda te lo ponen los chorros. No respetan nada. Antes, eras de la cuadra y nadie chocaba contigo, ahora, cuando están con la marimba, no respetan

ni a su madre. Al hijo de la Fela lo atraparon hace dos semanas intentando asaltar una tienda en la Faucett. Imagínate, y solo tiene catorce años, tres más que mi Carlitos, y ya está en maranguita.

—Lo tienes bien educado. —Hizo Vir una pausa, se puso las manos a la cintura y comenzó a hablar en voz alta—: ¿Cómo vas a salir de ahí? Si no

solo

tienes que mantener a tu hijo, sino al otro. Hablando de ese, ¿cómo está?

—Bien. Héctor se ha recuperado bastante —dijo Marita con un tonito casi de felicidad—. Se atiende él mismo. Se levanta temprano, se asea solo. Le ayuda a

Carlitos en las clases. Hasta me ayuda en las tareas de la casa, no muchas, pero

al menos hace el intento.

—Como dicen: «El muerto se hace más pesado cuando hay quien lo cargue».

Se suponía que solo iba a durar un par de meses, pero no, ya va para un año.

Hasta para morirse jode...

—¡Ay, Virna! Te irás al infierno por tu boca. Tampoco hay que desearle la muerte, ¿no?

—No. Bueno, pero que no la haga larga, bastante caro te está saliendo. ¿Y la Meche ni siquiera pregunta si ya se murió? ¿La familia de él?

—Su mamá viene una vez a la semana y le deja un dinerito, yo creía que era de

la Meche, pero es del hermano menor de Héctor, uno que está en San Francisco.

—El que decían que era narco.

—No seas mal hablada, Vir. Al menos se acuerda del hermano. Porque de los que están aquí en Lima, ni para su cumpleaños lo llamaron.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Tú, ahora que están viviendo juntos, viéndolo todos los días... Tú... nada.

—¿Si siento algo por él? No. No así. Me da pena ver en lo que ha quedado, pero amor por él, no. Siempre rogué por un buen padre para mi hijo. Y, no sé, de

una manera extraña, él tendrá en su mente el recuerdo de que tuvo un padre que

fue bueno con él. No sé si por necesidad o por obligación, Héctor se está portando bien con su hijo. Se levanta temprano, lo ayuda en matemáticas. A veces, hasta le prepara el desayuno. Va a las actuaciones. Sí, tomé la decisión correcta, Vir.

—Bueno, si tú lo dices.

—Y tú, vizcacha, ¿qué estás haciendo con tu vida?

Quítate tú pa' ponerme yo

¿Qué estaba haciendo Vir con su vida? Como siempre que estaba sin Antonio,

nada. El trabajo, los niños. Toñito, que estaba insoportable; Micaela, que era una niña terriblemente traviesa. Ella, Virna, congelada como una imagen de la TV, sostendría las piezas en su sitio como una malabarista que esperaba con una torre

de platos en su cabeza la llegada de su *partner*. Así, todo tenía que seguir como Antonio lo había dejado porque, en el fondo, ella esperaba que regresara y pusiera otra vez PLAY a su vida. ¿No era el guion de su vida esperar que su suerte cambiara? O, esa vez, podría ser diferente. Algo podría hacer la diferencia, o alguien, era cosa de un empujón en el momento justo.

—Hola, Miranda. —Qué pesado era el Ferguson. Conocía a Paul hacía diez años y lo seguía llamando por su apellido. No se sabía si era por su crianza en

colegio militar o porque su apellido, como era medio gringo, le gustaba que los

demás también los pronunciaran—. Ha bajado el movimiento, ¿no?

—Hola, Ferguson. —«Bueno», pensó Paul, «gusto al babas, como lo llama Vir»—. Es por las fiestas.

—Sí, pues.

«Vir tiene razón, esas entradas son signos de calvicie».

—Oye, Paul, quería hacerte una pregunta. Bueno, algo personal si no te molesta. Tú eres muy amigo de Virna, ¿no?

—Bueno, podría decirse.

—Ya. ¿Tú y ella...?

—No. Claro que no.

—Bien, bien.

«Por favor, no querrás...».

—¿Sabes?, a mí siempre me ha gustado Vir.

«No puede ser».

—Bueno, y ahora que está separada ya varios meses... No ha vuelto con el esposo, ¿no?

—No.

—Tú crees que, si la invitara a salir, ella aceptaría. No sé. Siempre me gustó.

—Bueno, yo... —Paúl contenía la risa pensando: «Vir te odia, todas las chapas

que te dicen en la clínica las inventó ella: “Fregasen, babasen, chancho ruso...”»—. No sé qué...

—Aunque han pasado los años —lo interrumpió el *chancho ruso*—, yo la veo cada vez más apetecible. Además, es separada, podemos tener una relación adulta. Estoy cansado de esas mocosas a las que invitas un café y están escogiendo el vestido de novia. La podríamos pasar muy bien.

—Bueno, si lo que quieres es un consejo... Espera un momento. —Paúl se acercó a Marita, que estaba sentada cerca de ellos en el módulo de recepción —.

¿Vir fue a recoger la libreta de Antonio? Era hoy, ¿no?

—¿Por qué crees que estoy rezando a la estampita de mi María Auxiliadora?

—Marita besaba la estampita con mucho cariño—. Madrecita, que por ahí saque

algún azul, por favor. ¿Por qué?

—No, por nada.

—Disculpa, Ferguson. —De nuevo, Paúl dirigió la atención a su colega—.

¿De que estábamos hablando? Ah, sí, Vir. Es una excelente chica y sí sería buena

idea que la invitaras a salir.

—¿Tú crees? ¿Será el momento?

—Sí, aunque tú sabes cómo es Vir, muy sincera, directa. Cuando la invites, hazlo así, a su estilo. Le agrada. Mira qué casualidad, ahí viene.

Tenía su lado maquiavélico el doctor Paul. Mejor dicho, su lado maléfico y cruel. Es que los días de recoger la libreta de Antonio Jr. eran los días de duelo nacional. No solo eran las pésimas calificaciones del muchacho, además y, sobre

todo, su conducta iba ya tomando brotes delincuenciales y casi sociópatas, como

decían el tutor, el psicólogo y algún otro padre de familia a cuyo hijito lo había

sonado como campanita de Navidad. Vir entró a la oficina del personal sin siquiera saludar a la gente. Pobre Ferguson, que la siguió animado por Paul, directo al matadero. A los minutos, salió de la oficina con el cuidado de cerrar rápido la puerta para que no se escucharan los últimos gritos histéricos de Vir.

—Y se la podrás arrimar a la piranpanpu...

—¿Qué pasó, Ferguson? —¡Qué hipócrita el Paul!

—No era el momento, Miranda. No era el momento. —Con nerviosismo,

Ferguson se secó el sudor de la frente y se puso cada vez más rojo—. Santo Dios, me dijo lisuras que nunca había escuchado en mi vida.

—Bueno, en otra oportunidad, Ferguson.

—Claro, claro.

Paul aun sonría mientras veía al gordo, colorado, marcharse tropezando con la

gente. Volteó y vio que Marita se apoyaba en el mostrador principal y lo miraba

detenidamente.

—¿Qué? —preguntó Paul.

—Sí, pon tu cara de inocente —dijo Marita.

—Yo no hice nada.

—No, nada, hazte del angosto. ¿Sabes qué hubiese sido verdaderamente gracioso? Ver la cara que tú hubieses puesto si Vir aceptaba la invitación del babas.

Paul ya no sonreía. Paul se había quedado muy serio. Paul, esa noche, no pudo

dormir.

—Un día —continuaba Karry hablando—, pedí permiso en mi trabajo y regresé a casa más temprano. Había dejado a Renzo alistando a sus hijas para el

colegio. Yo lo vi también a él prepararse, llenar su maletín de muestras médicas

y despedirse. Jamás me he considerado una mujer celosa, ni cuando lo conocí o

ahora que pesa esos cientocarenta kilos. Confiaba en él, me decía a mí misma

que, si mi esposo me había elegido, era porque me quería. Pudo tener a una chica

simpática, pero me eligió a mí; pudo tener a una chica con dinero, pero me eligió a mí; a una mujer con más experiencia o mundo, pero yo fui la elegida, la chica

simple, fea, sin dinero y que lo único que podía ofrecerle era la certeza de que lo amaba como la vida misma. Así que los celos no eran lo que me hacían seguirlo,

perseguirlo, mejor dicho. Esa mañana, era la intriga de saber qué hacía en las mañanas... No aún no lo había votado de la casa, no nos hablábamos, pero seguía en la casa... Entonces quería saber, si no estaba trabajando, a dónde iba.

Primero pensé que visitaba su abuela, pero un día esta llamó para preguntar por

él porque hacía meses que no lo veía. Entonces, ¿dónde iba? Amigos casi no tenía, Antonio era el único, y si se hubiese estado frecuentándolo, Virna me lo diría. Así que, ¿dónde estaba ocho horas al día? Como te dije, pedí permiso en el

trabajo y esperé a que saliera de la casa, lo seguí, caminando unas dos cuadras

detrás. Él salió presuroso, dio una vuelta a la manzana, luego siguió de frente camino al malecón, recorrió unas ocho cuadras a lo largo y se sentó en una banca

a ver el mar. Abrió su maletín y se puso a revisar unos papeles, hacía anotaciones en una libreta y luego volvía a revisarlos. Pasaron como unos cuarenta y cinco minutos, casi una hora, solo haciendo anotaciones. Hizo una pausa, contemplando el mar, y se levantó hacia un quiosco cercano. En el camino, se cruzó con dos chicas muy jóvenes que estaban corriendo en ropa deportiva, pasaron al lado de Renzo mientras él se engullía con dedicación un sándwich. Me dio mucha pena ver como esas chicas ni siquiera voltearon a verlo, aunque una de ellas sí, pero para, aparentemente, hacer un comentario burlón, seguro de su sobrepeso. Si lo hubiesen conocido unos años atrás.

—Pobre Renzo.

—Y pobre yo —dijo Karry suspirando—. ¿Cómo se ama a quién no se ama a sí mismo? Luego, se fue a la Cólchese y se comió una pizza completa, de las especiales. Y yo que en la casa le hacía sus ensaladas, caldos y dietas... Dejé de

seguirlo. Había comprobado que me engañaba con la comida.

Me gusta, me apetece y me provoca

—Vir, ¿qué vas a hacer este sábado? —soltó el doctorcito la pregunta sin levantar la mirada de sus escritos, para que no viera lo nervioso que estaba.

Indiferencia en el rostro y tibieza en la voz. No era tan huevón el doctorcito.

Tenía su escuela también.

—Remendar mis calzones —respondió Vir mientras terminaba de secar el instrumental.

—Hablo en serio, Vir.

—Nada, Paul. Como siempre, en la casa.

—Bueno, quería pedirte un favor. ¿Sabes?, se casa una prima.

—La que está en bolero.

—No, otra.

—¿Y la que estaba en bolero?

—No, otra. ¿En qué estaba? Ya, mi prima se va a casar. Otra prima. Y no quiero ir solo al matrimonio. ¿Quisieras acompañarme?

—¿Yo?

—Es un fastidio ir solo. Comienzan a desfilar las tías presentando a sus hijas solteras. Y la madrina, a preguntar por qué no me casé aún. En cambio, si voy acompañado...

—No estoy de ánimos para fiestas, Paul. Y menos para matrimonios. Hasta podría llevar malas vibraciones.

—Vir, ¿no me puedes hacer un favor en tu vida? —El doctorcito puso ojitos de

«mira qué buen amigo he sido para ti todos estos años».

—Paul. ¿Y Marita?

—Ya le pregunté, no quiere. —«Nota mental: hablar con Marita».

—¡Ay, Paul!

—Iremos a la iglesia, pasamos a los salones y te regreso a casa. Creo que ni habrá fiesta luego.

—Paul, yo... —Vir lo miró pensando que de verdad Paul era un buen amigo y

con ella—. Bueno, está bien. Pero si me rio cuando el padre diga «hasta que la

muerte los separe», no me culpes.

Vir debió sospechar algo, pero era Vir. Cuando no quería ver, no veía, así los anuncios de neón estuvieran frente a su nariz. Marita llegó temprano, le dijo, primero, que no podía quedarse a cuidar a los niños. Pero cuando Vir le dijo que

era para poder salir con Paul, se apareció dos horas antes y, a los cinco minutos, Karry.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Vir, a mí también me da gusto verte.

—No, Karry, perdona, es que voy a salir más tarde.

—Ya sé, por eso estoy aquí. —Eso último lo dijo levantando un bolso muy grande—. Marita, estamos listas.

Una faja para Vir, unos zapatos negros taco nueve, bellísimos. Como sabía que

a Vir no le gustaba ir a la peluquería, Karry había llevado todos sus implementos

a la casa de ella. Es que, en el asunto de arreglarse y reinventarse, nadie como ella. Karry y Marita daban vuelta alrededor de Vir, emocionadas, ella sonreía y

las fastidiaba. «Carajo, cómo se ve que hace tiempo no la ven. Parecen dos adolescentes arrechas».

—Listo.

—¿Dónde vas?

—A un matrimonio.

—¿Con quién?

—Con Paul.

—Ah.

Ese diálogo fue con un mocoso de diez años llamado Antonio. Pobrecito, ni el

sospechó.

—Vete al diablo, Vir, ese vestido parece de mi abuela.

—No tengo otro.

—¿Y este? —preguntó Karry admirando un hermoso vestido que tomó del ropero y que aún tenía puesta la etiqueta—. Es precioso.

—No, ni hablar, fue el que me regaló Antonio cuando se fue con la rechu... a Miami. No lo he roto porque quiero venderlo.

—Vir, es precioso. Ese escote... El color te sienta bien, amiga. Te verías tan linda. Es muy sexi.

—¿Qué les pasa? Voy a salir con Paul —dijo Virna sacándose un poco de maquillaje en el espejo—. No quiero mostrarle las tetas ni las piernas.

—Es el primer hombre —acotó Marita dándole un golpe en las manos para que

dejara de malograr su maquillaje— con quien vas a salir después de cuánto, ¿diez años? Así sea Paul, debes verte regia.

—No.

—Antonio se moriría de rabia —pronunció Karry, distraídamente, sin dejar de

admirar el vestido—. Si supiera que el vestido que él te regaló lo estrenas con el Dr. P. Con el odio que siempre le tuvo.

Paul llegó tempranísimo y Vir estaba lista. Se veía bien en terno y ella estaba regía con ese vestido. Estaban lindos los dos. Karry y Marita, emocionadas, los despedían desde el balcón.

—¿Qué tienen? —preguntó Paul desde el auto, intrigado al ver a las amigas y su emocionada despedida.

—Abstinencia le dicen —respondió.

¿Qué pensó Vir? Nada. Al principio, lo vio normal. Era Paul, su Paul. Sus galanterías eran comunes en él, siempre había sido un caballero. Le abrió la puerta del carro. Le acomodó el cinturón de seguridad. Se puso un poquitín nervioso cuando vio las piernas de Vir, aunque no era su culpa, ese vestido era

bien putón y, después de todo, él era hombre. Así que también lo tomó normal.

Luego, en la recepción, le pasó el brazo, muy delicadamente, casi sin tocarla, por su espalda y la presentó a su familia con mucha naturalidad. Sonreía, era simpático con todos, hablaba con todos, pero no se despegó un instante de ella.

Virna no se hizo de rogar mucho para ir a la recepción. Estaba disfrutando la velada. Después de años, la estaba pasando realmente bien en una fiesta,

divirtiéndose, bailando, comiendo bien, con gente muy agradable. Bueno, no todos eran agradables. Una que otra atorranta se acercó a verla de arriba abajo y

estirar la nariz. Vir quería reírse y decirles que no se preocuparan por ella, que no era la competencia, aunque algo dentro de ella, instintivamente, hacía que se pegara más a él para incomodar a esas huachafas. Luego le pedía a

Paul bailar y

él aceptaba un poco reticente. Vir se moría de risa al verlo sufrir porque no bailaba bien, pero la seguía. Ella se reía cuando la pisaba y él se reía también.

Todo fue bacán, hasta que, en un descuido, se sentó a una mesa al lado de la madre de Paul. Mientras él iba a buscar unas bebidas, comenzó a hablar con la

señora que era en verdad encantadora y siempre había sido muy gentil con Vir.

Comenzaron a conversar muy animadamente de la fiesta hasta que...

—¡Ay, hija, qué gusto que hayas venido! —dijo la mamá de Paúl.

—Gracias, señora —contestó Vir con una gran sonrisa, mirando hacia la pista de baile. De verdad la estoy pasando muy bien. Su sobrina está muy linda.

—Gracias a Dios que todavía no se le nota. —Se puso la señora la mano en la boca y se rio como un ratón, como era su costumbre—. Cuando Paul dijo que vendrías con él, no lo podía creer. Qué feliz me hizo, por fin abriste los ojos, Vir.

Mi muchacho es muy bueno. La mujer que se lo lleve será la mujer más afortunada del mundo. Y tú eres tan bonita, me darán nietos preciosos.

Vir se quedó en blanco, en oscuridad, en silencio, en el limbo. Cuando Paul llegó con las bebidas, la pobre Vir las derramó en la mesa. Casi se cayó cuando

tropezó con un borracho camino al baño. Necesitaba tomar aire, hacer pichi, vomitar. «La señora ha tomado demás, claro, es eso, ¿qué más? O quizás ya no

ve bien. O me confundió con otra. O no sé... Sea lo que fuere...». No pudo

articular una frase coherente el resto de la noche, no podía mirarlo a los ojos, tomaba su chal y se tapaba los senos con esmero, después de haber estado luciéndolos toda la noche. Y tiraba la falda lo mas que podía hasta casi descocerla. Él se dio cuenta de su incomodidad, aunque no sabía por qué, y le dijo de regresar a casa.

—Estás muy callada, Vir. ¿Pasó algo? ¿Te acordaste de Antonio? —Vir quiso

responder quién era Antonio. «¿Quién mierda es Antonio? ¿Quién eres tú?».

—Nada, Paul... —contestó Vir—. Me preocupé un poco por los niños, pero ya... —Se calló porque él le tomó la mano. No era la primera vez que lo hacía, pero sí era la primera que sentía una corriente en todo su cuerpo que terminó en

sus labios, que comenzaron a temblar nerviosamente.

—No mientas, Vir, date tiempo —dijo Paul—. Siempre es así. Superar lo de Antonio tardará todavía. Pero salir te hará bien... —Y comenzó a hablarle de cosas que ella no escuchaba, pues Vir solo sentía su mano encima de la suya, tibia, cálida. Cerró los ojos mientras él hablaba y sintió el aroma que emanaba,

un olor de perfume muy suave—. Dale tiempo, Vir.

—Así, Paul. Claro. Gracias por todo, la pasé muy bien. —Cuando quiso abrir la puerta del auto, él hizo un gesto muy serio.

—Dale tiempo a un hombre para que te abra la puerta —le dijo—. Después no

te quejes por qué no lo hacen.

—Gracias, Paul.

—Gracias a ti, Vir. —Se quedó parado en la entrada hasta verla abrir la puerta.

Virna rogaba que se fuera porque, de los nervios, no podía meter la llave a la cerradura. Cuando abrió, él se fue. Ella se acostó en la cama sin querer hablar con Marita, cerró los parpados y se quedó dormida frotando la mano que él había

tocado.

El día lunes, Paul como si nada. Vir, como esa noche, no podía hablarle, mirarlo, rozarlo. Tropezaba a cada instante con sus propios pies, se le pasó el alguinato dos veces, cosa que nunca le pasaba. Botó toda la bandeja del instrumental porque la tomó con las manos recién salida de la esterilizadora.

Cuando Paul se quiso acercar a ver las quemaduras. Vir puso tal cara de horror

que Marita captó el mensaje y se interpuso.

—¿Te sientes bien, vizcacha? ¿Te pasa algo? —preguntó su amiga, preocupada.

—Yo... no sé, Marita —respondió Vir algo turbada.

—¿Cómo que no sabes? Has estado toda la mañana como una zombi. Nunca te

he visto tan volada. ¿Pasó algo con los chicos? ¿Antonio llamó? —Vir negó con la cabeza y, sin darse cuenta, dirigió una mirada al cuarto contiguo donde estaba

Paul.

—¿Es Paul? —indagó Marita—. ¿Pasa algo con él? ¿Se portó mal en la

fiesta?

—No, no, no... Claro que no. Es que... Marita —Vir habló bajito e hizo que acercara el oído a sus labios—, creo que Paul quiere conmigo.

—Nooooooooooooooooo. —Marita le hizo un gesto de lo más cachoso y luego comenzó a ahogarse en su propia risa—. ¡Vir! No te lo puedo creer. ¿Tú crees?

—Marita, carajo, no te rías, es en serio. Creo que yo le gusto.

—Vir, ¿cómo te explico? —Hizo una pausa, suspirando—. Hace años que ese

hombre muere por ti *despacio y en silencio, sin saber que todo lo que he dado*

—cantando, se alejó de ella echándose aire con las manos para que le calmara la

risa.

—¿Ya debe estar por llegar? —preguntó Karry preocupada. La mujer la miró sonriendo hasta que se dio cuenta del absurdo de todo. Temía el regreso de Renzo y que la encontrara a ella, su esposa, en la casa de su amante—. Es gracioso.

—Mucho. —Las dos, entonces, comenzaron a reír. Todo era raro, todo era absurdo. Ellas no eran amigas, deberían estar jalándose los cabellos, insultándose, no riendo.

—No eres como yo creía que serías —le dijo Karry—. Tengo una amiga a la que la jefa de su esposo se lo quitó. Pensé que serías así... No me hagas caso...

¿Sabes qué?, hubiese preferido una Sandra de la Puente y no sé qué perlas, así se

llama la quita maridos... Pero tú no estás bien, no eres mala. ¿Qué te pasó?
¿Y

cómo Renzo terminó acá?

—Fue casualidad, mi hijo estaba enfermo, le diagnosticaron una rara enfermedad en la sangre y el tratamiento era muy costoso. Me dediqué a hacer

polladas dos veces a la semana para tener plata. Invitaba a todo mundo, ubiqué

hasta a los amigos del colegio para que me apoyaran, y uno de ellos trajo a Renzo... Me sorprendió verlo tan gordo y descuidado, era obvio que se había separado, por su aspecto y, sobre todo, por lo triste que estaba... Venía casi todas las semanas... Estaba sin trabajo en ese tiempo, se encariñó con mi hijito, me acompañó muchas veces al hospital y... Sí, murió... Hice todo, lo llevé a

muchos médicos, vendí todo lo que tenía, me endeudé con todos, rogué de rodillas por un milagro, pero no fue suficiente. ¿El padre? Un imbécil que no merecía saber que tuvo un hijo y menos que este murió... Sí, mi único hijo, ya

era un jovencito... No llores, Karry... Renzo tiene razón, eres muy llorona y...

buena.

Ni el propio Paul podía creer que todo hubiese pasado tan rápido. ¿Fue porque

Vir estaba lista?, ¿la situación y el momento habían sido los indicados? Las amigas ayudaron. ¿Qué pasó? Fuera lo que fuera, pasó. Unos días, pocos días después de la fiesta, Paul la invitó a almorzar. No era la primera vez que almorzaban juntos y solos. Marita fingió un cólico menstrual para no ir con ellos. La muy mañosa.

—¿Qué pasa? —La voz de Paul, siempre cálida y amistosa, espantó los

pensamientos de Vir que se había sentado a su lado y no había pronunciado palabra desde que llegaron—. Estos días te he sentido muy extraña. ¿Está todo

bien con los chicos? ¿Toñito? ¿Si pruebas con esa profesora particular que te dije? Es muy buena, a mi hermana la ayudó con su hija. Sobre todo les enseña a

los niños a estudiar por sí solos, y eso es bueno.

—Paúl, ¿yo te gusto? —Vir no podía creer que esas palabras hubiesen salido de su boca. Se puso más pálida que él. Dejó de respirar, quería bajar la mirada,

pero no pudo. Quería una respuesta de frente.

—Sí. Vir. —La expresión de Paul fue tan serena, tan altiva, tan varonil y, a la vez, tan dulce que provocó en Vir una sonrisa—. Sí, me gustas.

—Bien. Entonces no son ideas mías.

—No, Vir. Tú me gustas. Y mucho.

—¿Desde cuándo?

—Uff. No recuerdo. No, sí me acuerdo. Desde que te vi entrando vestida de novia, cuando te ibas a casar con Iván. Me dije a mí mismo: «Ese hombre que está parado ahí debe ser el más suertudo del mundo». ¿Te molesta?

—¿Qué?

—Saber que tú me gustas.

—No. —Vir sonrió de nuevo, comenzó a comer sin dejar de sonreír, y él comenzó a sonreír también—. Claro que no. Come, se te enfría.

Comenzaron a salir todos los días. Almorzaban juntos. Paul la llevaba a casa.

Y los fines de semana salían al cine. Sin volver a tocar el tema del «yo te gusto».

No se tocaban las manos, no se besaban ni nada. Una que otra miradita, pero nada más. Solo eran dos amigos a quienes les era imposible separarse. ¿Y

Antonio? A veces caía a su memoria como cuando uno da un tropezón en la calle

y solo reaccionas al verte en el piso. ¿Y Antonio? Cuando llamaba a casa a preguntar por los niños, a Vir se le seguía formando aquel nudo en la garganta al

escuchar su voz. Podía ya sostenerle el auricular sin llorar o sentir pena y preguntarle cómo estaba. Pasaron los días, algunas semanas y la pena se iba haciendo más pequeña. Estaba ahí, claro. No se iría nunca, pero Vir comenzó a

pensar que si se podría ir a vivir con ella.

—¿Dónde irán? —preguntó Marita.

—¿Qué? —repreguntó Vir.

—El sábado es día de los enamorados —dijo Marita—. Supongo que ese día se

declarará, ¿no? ¡Ay, no sé! Vir, ya la están haciendo muy larga, no crees. Casi dos meses y no te ha dado ni un beso ni una rosadita. Después de tantos años, pensé que desde el primer día saltaría la valla. Pero nada. ¿O eres tú?

Vir había comenzado a pensar en cómo sería un beso de Paul desde la noche del matrimonio. Cálidos y suaves como él. ¿Y si no sabía besar? Como Iván, que

la babeaba toda y le prensaba los huesos. No, Paul no, sería gentil como él, apasionado tal vez. ¿Serían mejores a los besos de Antonio? «No los compares,

Vir. Son diferentes y en la comparación saldrás perdiendo tú».

—Paul, bésame antes del día de los enamorados, sería muy cursi si comenzáramos ese día.

—Vir —respondió Paul extrañado—, pensé que ya estábamos...

—¿Sí? ¿Y por qué no me has besado hasta ahora?

—¿Porque no sabía que estabas lista?

—Sí lo estoy. —Paul intentó acercarse a Vir para besarla, y ella se retiró en el acto—. No te pases, ahora sería muy avisado y nada romántico. Sorpréndeme.

Qué graciosa la Vir, lo quería todo: los momentos perfectos, las palabras románticas, las salidas a lugares bonitos con flores y velas... Todas las huachaferías que rechazó con su primer amor las quería tener con Paul. ¿El

verdadero amor? Bien huachafa la Vir.

El beso llegó. Fue inesperado, romántico y apasionado, mejor de los estimados

por ella. La reacción de Vir fue la impensada. Mientras Paul acariciaba sus labios con una ternura para ella hasta ese entonces desconocida, Vir se encontró desabrochándole la camisa, apretando, frotando su pecho al suyo y por poco no

le bajó el cierre del pantalón si no fuera porque Marita entró en la habitación cuando ella estaba en esos afanes.

—¿Mi mano estaba en su bragueta? —preguntó Vir como si ella no hubiese estado ahí, mirando a Paul de reojo, que estaba en otro ambiente.

— *Yes* —respondió Marita riéndose compulsivamente.

—Mierda. —Vir se pasó la mano por el cabello con gesto de preocupación—.

Debe de pensar que soy una reputa.

—«Arrechura, señores, que a veces me da» —respondió Marita dando un pasito de salsa de lo más gracioso.

Si Vir pensó que ese primer beso calmaría sus pensamientos o deseos, se equivocó. Lo único que hizo fue que aflorase en ella sentimientos desconocidos.

Pensaba todo el día en sexo. Con Antonio, ni todas las veces que volvió con él,

estuvo así, ¿o sería la edad? Ni que estuviese ya menopáusica. También era que

la presión era muy fuerte, Paul definitivamente no se la ponía fácil, sabía

hacerla, como dijo antes, no era tan huevón el doctorcito. Con su carita de «yo no fui», se portaba tan gentil como apasionado, sutil pero siempre dejando las cosas en claro.

—Bueno, son adultos. —Karry reía hasta ponerse roja—. ¿Creías que a los treinta y cinco años se va a conformar con una tocaditas de manos o...?

—De tetas —agregó Marita ante la cara de sorpresa de Virna—. Te vi, vizcacha, saliste del cuarto de revelado con la blusa mal abotonada. Y él salió detrás de ti, con las manos tapándose la carpa.

—Llegamos hasta ahí —respondió Vir—, pero... no sé qué me pasa cuando estoy por... no puedo. Van dos veces que...

—Bueno, en un cuarto de revelado. —Karry hizo un gesto de desagrado—. No

es muy romántico que digamos, ¿no? Mínimo, una cama y velas o...

—No, pero si ya hemos estado en la cama... —dijo Vir con voz apenada—.

Una vez, en un hotel y otra, en su departamento. Soy yo la que me quedo fría. En

lo mejor... Y sí quiero, no sé qué me pasa. Me dan ganas de llorar, sudo como

un cerdo, tiemblo de frío.

—Y él, ¿qué hace? —preguntó Karry.

—Se la corre en el baño —agregó Marita que, de la risa, le dio hipo.

—¡Chusca! —Vir le dio un empujón debajo de la mesa—. Me besa con cariño,

me dice que no hay problema. Cuando estuvimos en el hotel, él se echó la culpa

y dijo que el lugar no era el adecuado, que cómo se le había ocurrido llevarme

allí. Y era uno de esos súper elegantes, en San Isidro. Si supiera que con Antonio recorrí todos los hostales más pulgosos de la Av. Argentina. —Vir suspiró con tristeza y habló bajito, con vergüenza—. Me dice que será cuando esté lista. Pero

sí estoy lista, sí quiero hacerlo. Son los nervios que no me dejan...

—Abrir las piernas —la cortó Marita.

—Haz venido empilada, ¿no? —dijo Vir dándole otro empuje.

—Si bebes un poco... —habló Karry con ternura—. Unas chelitas para relajarte antes de...

—No, cuando bebo, se me da por reírme como una loca. Y ahora, con eso que

se escapa la orina... Qué vergüenza. Sobria tiene que ser.

—Debe de ser algo psicológico —dijo Karry—. Tantos años con un solo hombre. Con un único hombre. Yo misma me imagino haciéndolo con alguien que no sea Renzo y se me escarapela el cuerpo. Creo que es por ahí.

—O por temor a que te duela... —Volvió a la carga Marita, escondiendo las piernas antes que la pateara Virna—. Las reinauguraciones deben de ser dolorosas. Lleva tu pote de vaselina para que te dé valor.

Virna estaba decidida. Sería esa noche. En el departamento de Paul. Tuvo que convencerlo al pobre que esa noche sería su noche. Los sentimientos en la cabeza de Virna, o en su corazón, o como diría Marita, entre sus piernas, era todo un acertijo por descifrar. Quería estar con Paul. Sí. Claro que sí, no era agradecimiento o ternura por lo bueno que era con ella. Era el deseo de estar con

un hombre, sentir el peso, el calor, el olor de un hombre. Y él era ese hombre. Lo sabía cuándo se descubría a sí misma mirándole el trasero. O cuando sentía que

se le humedecía la espalda porque él le veía el escote, cómo se le oscurecía la mirada mientras ella se humedecía los labios. Y qué bien se sentían sus manos en

sus caderas, rozando sus... Esta noche sería. Pero ¿y si no era como Antonio?

¿Y si no era lo que ella estaba esperando? ¿Y si después de hacerlo sentía ganas

de llorar porque querría haberlo hecho con Antonio? ¿Y si, sintiéndolo adentro,

era al otro a quien esperaba ahí?

—Está bien, Vir. —Paul besaba los cabellos de Vir con ternura—. Está bien. Te

he esperado tantos años.

—Pero sí quiero.

—Lo sé Vir, será cuando estés preparada. No tengo prisa, amor. ¿Puedo prender la luz?

—Espera. —Vir cuidó de taparse con la sábana—. Ya.

—Bien, podemos quedarnos un rato conversando, ¿no?

—Sí.

Comenzó él a hablar de cosas intrascendentes del trabajo. Disimuladamente, observaba la actitud de Vir, la pobre se tapaba con esmero, avergonzada de un

cuerpo que él ya había tocado e imaginado, cada rincón y más allá. Ella escondía con vergüenza lo que él adoraba desde hacía tanto tiempo. Quizás era eso.

Sutilmente el Dr. P. comenzó a desviar la conversación hacia temas un poco más

personales, hasta terminar contándole un fantasía salida de un sueño erótico que

había tenido con ella hacía un tiempo atrás. En su sueño, él entraba en el consultorio y, cuando abría la puerta, la encontraba a ella totalmente desnuda echada en el sillón y...

—Me preguntas con una voz muy sexi si te puedo atender. Entonces, Vir, hicimos cosas que... no estarían permitidas en ciertas religiones y algún que otro

país.

Vir reía ruborizándose, lo que dio pie a que él comenzara a acariciar

lentamente su brazo, mirándola fijamente, como una serpiente de cascabel con los ojos puestos en los de su presa, sin dejar de relatar a detalle su pecaminosa

fantasía. Comenzó a bajarle la sábana lentamente mientras acariciaba con

delicadeza reverencial sus senos y descendía hacia su vientre. Cuando Vir quiso

apagar la luz, él se lo impidió.

—No me gusta mi cuerpo —le dijo con voz ahogada.

—A mí sí —respondió él.

Vir vio cómo la miraba, más que eso, la admiraba. Esa mirada la hizo sentir tan

femenina que ella se atrevió a deslizar su mano hacia el vientre de él.

—Y luego... —continuó Paul sin dejar de acariciarla y besarla.

—Yo hice exactamente esto —lo interrumpió Virna.

Casi te envidio por tener otra ilusión

Fueron unos meses de felicidad casi perfecta. Virna nunca se había sentido así.

Claro que con Antonio se sintió amada, deseada, esposa y madre, el paquete completo. Pero con Paul era diferente, sobre todo y por encima de todo, se sentía

segura. Segura de que la amaba y de que él estaba dispuesto a recibir lo que ella

le diera, sin necesidad de demostrar su amor hasta vender el riñón, sin sentir esa presión que siempre sintió con Antonio... Una relación adulta. Lo casi perfecta

veía de los hijos de Vir, especialmente, de Toñito. Al principio no se dio cuenta

de por qué el tío Paul, así lo llamaba, iba cada vez más seguido a casa. Por

qué

mami salía cada día más bonita al trabajo. Por qué sufría, encerrada en el baño,

colocándose esas fajas horribles, por qué se había pintado el pelo y por qué, de

repente, la encontraba sonriendo sola mientras hacía la comida o les revisaba las

tareas. ¿Qué le estaba pasando a mami?

—Fue mi culpa. —Vir tomaba aire y se agitaba por esa faja de miércoles—.

Paul tenía razón, debí conversar con los dos desde hace tiempo y no dejar que lo

descubrieran así.

—Me imagino la escena, debió ser muy desagradable —dijo Karry.

—Más que desagradable. La cara que puso mi hijo. Nunca pensé que el rostro de un niño de once años pudiera reflejar tanta indignación.

—¡Vir, tampoco exageres! —repuso Marita—. Tu hijo sabe que te estás separando de Antonio, y no los vio en la cama. Estaban en la puerta dándose un

beso de buenas noches.

—Pero soy su mamá. Ha visto a su mamá besando a un hombre que no es su papá.

—¿Y Mica? —preguntó Karry.

—Es más pequeña y no entiende bien las cosas. Cuando se abrió la puerta y nos vieron, Antonio corrió a su cuarto y ella se quedó parada mirándonos. Le expliqué las cosas como pude. Bueno, Paul lo hizo porque yo estaba muy nerviosa. Quiso también hablar con Toñito, pero le dije que no. Eso lo tenía que

arreglar yo. Van dos semanas que mi hijo no me habla. Y si lo hace, es a gritos.

Apenas me ve, se encierra en su cuarto tirando la puerta. ¡Ah! Y se le ha dado por llamar a su papá todas las tardes. No sé qué hacer.

—Enfréntalo —dijo Marita—. Vamos, Vir, no estás haciendo nada malo. Tu hijo tiene que comprender que no solo eres su madre, una madre muy buena por

cierto, también eres una mujer que necesita tener amor en su vida. ¡Carajo!, ¿te

vas a dejar dominar por un mocoso malcriado?

—Tú sabes cómo son los niños. Quizás mi Toñito aguardaba esperanzas de que

algún día regresara con su padre.

—Los niños siempre desean eso. Lo sabré yo. Mis hijas me preguntan todos los días, tres veces al menos, cuándo regresa su papá.

—¿Nada del gordo?

—Nada. Se lo tragó la tierra. Llama a las niñas, va a la casa cuando yo estoy en

el trabajo, pero no les dice dónde está viviendo. Lleva víveres, deja un dinero y

se va. La vecina, que es abogada, y una gran chismosa, me dijo que le pusiera una denuncia por abandono de hogar... Pero yo no quiero separarme.

Era cierto, Karry no quería separarse, de ninguna manera. Y no era por lo que fueran a pensar los vecinos, sus padres, amigos y, sinceramente, ni siquiera sus

hijas. No quería separarse porque aún amaba a su esposo.

Marita veía a Carlitos jugar con su padre una partida de naipes y tuvo el presentimiento de que el final estaba cerca. Los ojos de Héctor se lo decían, las

fuerzas se le estaban yendo, su respiración era cada vez más lenta y su mirada se

estaba volviendo más tranquila. Quizás era uno de esos hombres afortunados que

se resignaban antes que llegara la muerte y esta los encontraba en paz. Marita rogaba por que así fuera. Esa tarde, cuando Héctor se derramó la leche encima,

sin decir nada, ella se acercó a limpiarlo y Carlitos fue a traerle otro pijama.

Mientras ella le cambiaba la ropa como a un niño pequeño.

—Lo siento, lo siento mucho... —dijo sosteniendo su mano con las pocas fuerzas que aún le quedaban y pegándosela a su pecho—. Lo siento.

—¿Qué dices, hombre? Estas cosas pasan. —Sonrió sinceramente, hasta que lo

vio a los ojos y sintió lo que él quería decirle. «No, así no», pensó Marita.

—Yo... —Comenzó a derramar lágrimas pesadas de un hombre que había sido

malo y que tenía a la muerte muy cerca—. Tú sabes, yo lo siento, lo siento mucho, Marita, perdón...

—No digas tonterías. —Ella se soltó y trató de sonreír—. Y no llores que asustarás a tu hijo.

—Marita...

—Basta. Se limpió, se cambió y todo está bien.

—Pero...

—Todo está bien, Héctor. Para mí, todo está bien. Carlos, hijo, ese pijama no.

El azul es más fresco, el calor está fuerte.

La siguiente semana, Héctor murió.

—Estos últimos meses —hablaba Karry mientras masticaba un pan con

jamonada que Clara le había alcanzado; ella nunca comía embutidos, pero era un

persona educada, lo aceptó dando las gracias y porque tenía hambre también.

Llevaban horas conversando—. Lo he visto más tranquilo, deja un dinero en casa, poco, parece que está trabajando. Eso le da seguridad, aunque ni tengo idea

qué es lo que hace.

—Le pasé un pequeño restaurante que tenía en la avenida. Cuando pasó lo de

mi hijo, lo cerré. Renzo, un día, me dio la idea de reabrirlo. Le está yendo bien.

Lo hace solo.

—¿Cocina él? No lo puedo creer, aunque siempre cocinó muy bien, tiene un paladar exquisito. Y le encanta estar en la cocina. ¿Tú también lo haces?

—Sí, lo hacía bien. Desde lo de mi hijo, no he vuelto a salir de casa. Creo que hasta me he olvidado de prender una cocina.

—Trabajar en lo que le gusta lo ayudará a superar su depresión. Estoy segura de que lo que pasó con él fue una severa depresión, y creo que de eso, por las cosas que deduzco, murió su madre. Disculpa que cambie el tema de esta manera

abrupta, ¿que sabes de la madre de Renzo?, ¿cómo era?, ¿cómo murió?

—La conocí en esos años del colegio. Era guapísima, súper alta, varios suspiraban por ella. La traté poco. Era una mujer muy reservada. Tenía en el barrio pocas amigas, casi no hablaba con las vecinas, era muy servicial y ayudaba a todos los que podía, pero amistades e ir a fiestas muy poco. Se la veía

siempre ajetreada saliendo a su trabajo para poner inyectables por la tardes.

Vivían en la casa de una tía que la había criado a ella y que se la dejó cuando murió.

—A Renzo nunca le gustó hablar de su familia. Alguna vez, nos llevó a ver la tumba de la señora que está junto a su abuela..., pero nunca me habló de ella.

Por más que le pregunté todos estos años. Supongo que es un tema muy doloroso

para él. Y del padre, ¿qué sabes?

—Nada. Renzo es Arteaga porque el abuelo, el papá de su mamá, lo firmó como su hijo.

—Umm... ¿Tú sabes que Antonio es pata de Renzo? Pata. Pata. Como un hermano. Una vez, escuché a una amigas del barrio contar que, estando chibolos,

Antonio le sacó la mugre a un chico de por ahí, de la cuadra, porque había dicho

que la mamá de Renzo era una... tu sabes, que eso de que era técnica de enfermería y que trabajaba para un doctor era puro cuento, que él la había visto

muchas veces salir de un hotel elegante en el Centro de Lima, que era una... Las

primas de Renzo me lo insinuaron también.

—En el barrio, la señora siempre fue muy respetada. Nunca, nunca, nunca se le

conoció algún novio. Ningún hombre fue visto saliendo de su casa. Solo eran Renzo y ella. ¿Por qué quieres saber de ella?

—El pasado siempre regresa y pesa. Crees que hay cosas que has superado, y la verdad es que no. Lo que le pasa a Renzo va más allá de que haya cambiado su aspecto físico. Es su mente, algo le pasa; ahí, dentro de su cabeza, está el problema.

—¿Qué dices?

—Yo no sé, Paul. Yo...

—¿Quieres que nos casemos primero? No quiero esperar hasta que te salga la sentencia de divorcio...

—No, no es por eso, Paul. Ni siquiera lo había pensado. Sí quiero que vivamos

juntos, pero...

—¿Es por tus hijos?

—Sí. Quiero darle un poco más de tiempo a Toño. Que asimile un poco más la

idea de que tú y yo estamos juntos.

—Déjame hablar con él, Vir.

—No creo que sea buena idea, Paul. No puede ni oír tu nombre el...

—Es un buen niño, terminará entendiendo las cosas.

—¿Qué cosas? No. Antes, ustedes se llevaban tan bien. Eras el querido tío Paul.

—Antes, no me acostaba con su madre.

—¿Te conté que botó a la basura esos muñecos que le trajiste del Brasil?

¿Cómo se llamaban? Los retundir chats o...

—Pobres, ¿qué culpan tienen? Vamos, Vir, déjame hablar con él.

—Lo haré yo, Paul. Lo juro. No, es en serio, de esta semana no pasa.

—¿Por qué no fuiste al velorio, Marita? Tú tenías más derecho que nadie a estar ahí.

—No, Vir. No quise arriesgarme a que le hicieran pasar un mal rato a mi hijo.

Además, él ya se había despedido de su papá en el hospital, y lo hizo a tiempo, cuando aún estaba vivo. Los otros solo iban a decirle adiós a un muerto. Lo único que no me perdono es que no le pusieran su camiseta del Sport Bois. Le

juré tantas veces que lo enterrarían con su polo debajo de su camisa. Quizás sus

primas se olvidaron.

—¿Y Carlitos? ¿No te dijo para ir?

—Sí, sí lo hizo. Le expliqué que las cosas podían ponerse feas... Como que así

fue. Me dijeron que la Meche entró al velorio y se tiró encima del cajón hecha

un mar de lágrimas. Hasta se desmayó tres veces en el cementerio. Las primas,

esas potonas de Corongo, estaban con ella, con el agua de azahar y el alcohol. Ni

a la madre de Héctor, la pobre vieja, la cuidaron tanto.

—Ya me imagino el chongo que armó esa loca. Desgraciada, ni una vez le limpió siquiera las narices.

—No ha cambiado nada, Vir. Hasta le había dicho a la gente que, si me atrevía

a ir, me iba a sacar a golpes. Que yo era la culpable de la muerte de Héctor,

que

le había hecho brujería, amarres, cochinadas y media...

—Mal gradecida, le cuidaron al marido, al padre de sus hijos en su agonía.
Por

cierto, ¿los hijos no fueron?

—No, me dijeron que no. Los mayorcitos ya están estudiando en la
universidad o trabajando, qué sé yo. La cosa es que no estuvieron en el
velorio

del padre. Solo la acompañó la niñita, Celia. Era su adoración. La única
mujercita. ¡Ah! No te he contado. Ayer fue a la casa la señora Nila a recoger
las

cosas de Héctor y me trajo una estampita muy bonita del Señor del Mar,
diciéndome que Celia se la había dado para que se la hiciese llegar a su
hermano,

y me dijo que algún día quería conocerlo, sin que su mamá supiese, por
supuesto.

—¿Sí?

—La vieja me dijo que su nieta era una jovencita muy buena, que ella le
había

contado lo buena que había sido yo con su papá y que estaba muy agradecida.

Además, si yo lo autorizaba, podría escribirle a Carlitos para que la conozca.
¿Tú que dices? ¿No estará la Meche detrás?

—No creo, esa es muy limitada para armar algo tan maquiavélico...

truculento... No te rías, me estoy puliendo con Paúl. Aunque no sé. Pero si

solo es de mandarse cartas, puede ser, ¿no? Tú tendrías que leerlas, por supuesto.

—Sería bueno para él saber que tiene hermanos.

—¡No jodas otra vez con eso, Marita! Querías que Carlitos tuviera la presencia

de un padre y te jodiste casi dos años cuidando a ese desgraciado, que Dios me

perdone, pero que este muerto no le quita lo concha de su madre que fue. Y

ahora quieres que tenga una relación con sus hermanos, ¿los quieres para tu hijo?

Hazlos tirándote alguien como gente normal.

—No digas tonterías, vizcacha. ¿Y tú, amiga? ¿Cuánto tiempo vas a hacer esperar al pobre Paul?

—Lo sé, Marita, es que... no puedo arriésgame así nomás. Y no solo es por mí.

También por él. ¿Si no resulta? Tenemos mucho en contra. Empezando en que no puedo darle hijos. Él dice que eso no le importa, que es su decisión, pero dime tú, sinceramente, ¿crees que él no querrá tener sus propios hijos? Casarse

conmigo significa que renunciaría a eso también. No solo eso, un hombre como

él, joven, profesional, bien parecido, podría tener una mujer mejor...

—No, tampoco, Vir. Tú eres una mujer excelente y...

—Gracias, amiga. Pero yo sé mi realidad. Madre de dos niños, sin profesión,

sin dinero, gorda...

—Te ama —repuso Marita con un gesto cursi que hizo sonreír a Vir.

—El amor pasa, Marita. ¡Si lo sabré yo! Odiaría estar frente a él dentro de unos

años y que me dijera a los ojos: «Tú arruinaste mi vida». No podría soportarlo.

—Esa es una decisión que debería tomar él, ¿no crees?

—Y su familia.

—¿No dices siempre que son buenos contigo? ¿No fuiste a la pedida de mano de su hermana y te trataron todos muy bien?

—Sí, lo hicieron. Pero ya no es como antes, ¿sabes? La mamá de Paul era la que todo el tiempo me decía que ya quería ver a su hijo casado, ver a sus nietos

crecer, que se estaba poniendo vieja y qué se yo. Ahora, claro, siempre es cortés

conmigo, pero ya no habla de esas cosas. El otro día dijo, delante de mí, que sería bueno que Paul hiciera su segunda especialización en el extranjero.

—Vir...

—Marita, ponte en su lugar. Si Carlitos, tu único hijo, se te presenta un día y te dice: «Mami, esta es la mujer que va a ser mi esposa. Sí, es mayor, no ha terminado su profesión, es divorciada, tiene dos niños... ¡Ah!, y no puede darme

hijos. Es decir, nunca te daré nietos».

—Si me presentara a una mujer como tú, sería la suegra más feliz del mundo.

—Mentirosa.

Vir tenía razón, la mamá de Paúl ya no veía con buenos ojos su relación, pero por otros motivos un poco más complicados. No podía comprender cómo era que ella no terminaba de aceptar a Paul y comenzaban a vivir juntos, y se le metió en la cabeza que quizás Vir seguía enamorada del ex. Lo decía por su propia experiencia. Ella había amado mucho, demasiado, al padre de Paul y se había separado de este después de ocho años de matrimonio cuando él se presentó un día al trabajo y le dijo, con la mayor frescura del mundo, que amaba

a otra mujer y que tenía derecho a rehacer su vida. Luego de tres años, con la misma frescura, regresó a casa pidiendo perdón y ella lo perdonó. Dos años después, volvió a irse tras otra y, unos meses después, regresó para irse al año siguiente. Y hubiesen continuado en ese ir y venir de la frescura si no fuera porque el señor murió de un infarto mientras le hacía el amor a una jovencita de

diecinueve años, sobrina de la que en ese momento era su mujer de turno. La señora tenía la certeza de que, si él no estuviera muerto, ella lo hubiese perdonado las veces que le hubiese pedido. Era por eso que se sentía identificada

con Vir en lo que era ella como mujer, pero como madre no podía dejar que su

hijo sufriera. A los recelos de la madre, se unía la impaciencia de Paul y la conducta del hijo mayor de Vir.

—¿Qué dijo el psicólogo? —preguntó Paul con su aire distraído de siempre,

aunque estaba muy preocupado. Esa era la segunda vez que llamaban a Vir del colegio en menos de tres semanas.

—La misma hueva... de siempre —respondió Vir mientras tiraba su bolso al mueble con tanta fuerza que hizo que cayeran todas las cosas al suelo—.

¡Carajo! Que le dedique tiempo, la comunicación es importante, tiene que expresar sus sentimientos.

—Si comienzas con creer que esas son huevo... —Paul se agachó a ayudarla y

ella se negó, quitándole bruscamente las cosas de la mano—. No creo que hagan

mucho efecto esas visitas al psicólogo.

—Paul, ¿qué quieres que diga? —respondió Vir al tiempo que se sentaba en el

mueble de la consulta y se agarraba la cabeza—. Para mí, lo único que me dan a

entender esas reuniones es que soy un monstruo, por lo tanto, he parido otro monstruo.

—Eso no es cierto, aunque... no debiste pegarle.

—Solo fue una cachetada —contestó Vir con voz suave y bajando la vista, avergonzada—. Hubieses oído las groserías que me dijo. Me trató de p para arriba. Mi propio hijo me san puteó como quiso y ¿yo me iba a quedar con los

brazos cruzados?

—La violencia no arregla las cosas. Menos con un niño como Antonio.

—Dices eso porque no estuviste ahí.

—No estuve ahí porque tú no quieres.

—Paul, ¿otra vez con lo mismo?

—Vir, si yo soy parte del problema, quiero ser también parte de la solución.

Estás asustada de la conducta de tu hijo, yo también. Porque me siento responsable...

—Tú no tienes culpa de nada.

—No dije que me sienta culpable, sino responsable. Eres tú la que parece sentirse culpable todo el tiempo.

—¡Claro que no!

—No tienes que alzar la voz.

—¡Quiero alzar la voz! —gritó Vir más fuerte, esa mala costumbre de explotar

cuando no podía más—. ¿Ves?, porque así soy. Cuando quiero gritar, grito;

cuando quiero llorar, lloro; cuando quiero sentir, siento. No soy como tú, que siempre tiene que estar todo tranquilo, ecuánime y...

—Obviamente, no podemos seguir esta conversación. Será mejor que te calmes.

—No quiero calmarme, quiero... ¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

—Así es como se acaban las discusiones. Cuando la otra persona está fuera de

control, te retiras, así no se llegan a otros extremos. La próxima vez, lo

practicarás con Antonio antes de pegarle de nuevo.

—¡Paul!, no me dejes hablando sola. ¡Paul!

Era terrible pelear con Paul. Principalmente, porque tenía que reconocer, en el

fondo, que tenía razón. La pobre Vir sentía su corazón partido en dos. Miraba a

su tierno hijo preadolescente durmiendo y parecía un ángel. Entonces lo

imaginaba en el futuro convertido en un médico famoso, recibiendo algún

premio nobel o algo así. En otras, era un llenador de micros, con dos entradas en

el Sarita Colonia, que culpaba a su madre de su adicción a las drogas y su carácter irrefrenable. ¿Qué podía hacer? ¿Y si Antonio...?

—La niña, bueno, no es tan niña. —Marita acomodaba la mesa de un día

domingo, en esos almuerzos domingueros que compartían en casa de Vir—. Es

muy buena, le habla de su papá, le cuenta cosas que yo misma ignoraba de Héctor. Le ha enviado unas fotos antiquísimas de él cuando estaba en el colegio

2 de Mayo, con su quepí y sus polainas, muy graciosa. El parecido a Carlos es

increíble. Incluso dice Celia que se parece más que sus otros dos hermanos.

—¿También le has enviado fotos de Carlitos?

—Sí... —Marita hizo un gesto de preocupación mientras se sentaba a la mesa

—. ¿Estaré haciendo mal? Quiero que mi hijo quiera a sus hermanos.

—Primero —hablaba Vir conteniendo el aire y dilatando las narinas—, querías

que tu hijo tuviera la idea de un padre y metiste a Héctor a tu casa, moribundo, y te jodiste casi un año de tu vida atendiéndolo. Ahora quieres que tenga hermanos

y mantienes comunicación con unos jóvenes que no conoces y que son hijos de esa loca. ¿Quieres darle una familia a tu hijo? Hazle caso al administrador de la

clínica, que hace años te quiere meter el diente, cástate y dale muchos hermanitos

a Carlos.

—Esa lengua mocha no me gusta.

—Mentira. Te he visto mirándolo a la hora del almuerzo.

—Solo para cerciorarme de lo feo que es.

—No, en serio, Marita. ¿No piensas algún día rehacer tu vida? Eres joven, buena moza.

—Buena moza —la interrumpió riendo—, qué palabras antiguas. ¿Quién eres?,

¿mi abuela?

—¡Marita!

—No es fácil, Vir. No tengo suerte para los hombres. Sobre todo, tengo que pensar en mi Carlitos. Otro Héctor y no el cuento. Además, si he de llorar,

será

por cortar cebollas; por un hombre, nunca más.

—No todos son iguales.

—Vivo bien, Vir, en serio. Algunas noches despierto de madrugada temblando,

con las manos sudadas, con los dientes apretados. Siempre el mismo sueño, soy

niña otra vez y estoy con mis hermanos atrás de un mueble mirando el reloj, esperando que mi padre llegue. Rogando que estuviera sobrio porque, si no, era

día de pegarle a mamá y, de pasadita, a algunos de nosotros si nos atravesábamos

en el camino. —Marita hizo una pausa al ver pasar a su hijo corriendo tras Micaela. Cuando se fueron, continuó—: Pero no recuerdo tanto los golpes, Vir.

Lo que más recuerdo son las horas de angustia previa, cómo nos miramos los unos a los otros, las risas nerviosas, y luego empezábamos a hablar cada vez más

bajito a medida que se acercaba la hora de su llegada. A veces creo que seguiré

teniendo estos sueños hasta ser una anciana. ¿Sabes cuál es mi gran consuelo, Vir? Mi revancha con la vida es que mi Carlitos jamás tendrá esas pesadillas ni

sabrás de esos miedos. Todo gracias a mí. ¿Para que me voy a complicar la vida

metiendo un hombre a casa? No en todas las historias de amor debe haber un

galán para la princesa. A veces, la princesa es feliz para siempre estando sola.

Aunque te cueste creerlo, vizcacha, soy feliz sin un hombre al lado.

Además...

¿quién te dice que no tengo mis *choque y fuga* por ahí...? Solo que soy muy discreta.

—¡Ay, crajo!... Tanto que ni a mí me cuentas.

—Sin testigos. Mi hijo, cuando yo muera, me pondrá un altar. Si no fuera porque me dirían sacrílega, hasta le decía que lo concebí virgen.

—Qué pendeja eres. —Rio Vir. Luego de una pausa, agregó—: Y así me recriminas por qué no me caso con Paul de una vez.

—No te pases, Vir. Si en mi vida se hubiese cruzado un hombre como Paul o, mejor dicho, se hubiese fijado en mí uno como él, me le prendía como una verruga en el...

—Tu papá no puede venir. Hijito, ¿no podemos hacer el proyecto los dos?

—Son padres e hijos —contestó Antonio, cerró con brusquedad los cuadernos

y tiró los lápices al suelo—, no madres e hijos. Seguro que le dijiste que no era

importante.

—No le dije nada —respondió agachándose a recoger los lápices. Se había jurado conservar la calma y así lo haría. «Recuerda lo que dijo el psicólogo, Vir»—. Simplemente no puede, tiene mucho trabajo.

—Lo que no quiere es venir a la casa. Claro, si ese huevón pasa metido aquí todo el tiempo, por eso mi papá no viene.

—Ese hue... se llama Paul. Y ya te dije, así te castigue hasta el 2005 tú vas a dejar de hablar como un callejero.

—Como si tú no hablaras lisuras.

—Sí las digo, pero no aquí en mi casa. No delante de ustedes.

—¿Y cuándo estaba mi papá? ¿Qué crees?, ¿que no me acuerdo? Le gritabas todo el tiempo, lo insultabas. Por eso mi papá se fue.

—¿Cómo quieres que te lo explique, Antonio? ¿En qué idioma? ¿De qué forma? Tu papá y yo nos separamos porque simplemente no podíamos vivir juntos. Porque...

—Porque no se puede vivir contigo —la interrumpió el niño—. Mi abuela Susana dice que eres una loca histérica, siempre lo tratabas mal y que él...

—Tu abuela es una... —Vir cerró los ojos y dio un largo suspiro—. Ella no sabe nada. ¿Para eso se los lleva los domingos?, ¿para hablarles mal de mí?

—¿Qué?, ¿ahora también no vas a dejar que ella nos vea?

—Tu abuela, tu padre y tú se pueden ir a... Pueden verse cuando quieran y hablar de mí hasta reventar. Solo deja de echarme la culpa de todo, ¿quieres?
Si

tu papá y yo nos separamos fue porque ambos decidimos que era lo mejor para

ustedes, nuestros hijos, y para nosotros...

—O porque tú le sacabas la vuelta con Paul. —Antonio soltó esa frase como una bomba en la cara de su mamá y se fue corriendo a encerrar al cuarto antes de

que Vir reaccionara.

—¿Quién te dijo eso? ¡Antonio, ven! ¡Antonio, ven! ¡Abre esa puerta!
¿Quién

te dijo eso? ¡Abre!

—No me jodas, Antonio.

—Ya hablé hasta el cansancio con ella, Vir. No soy un ignorante, sé que esos comentarios les hacen daño a los niños. Pero ya sabes cómo es mi mamá

—Sí, pero tú también sabes cómo soy. Una más, Antonio, y así me lloré, grite o amenace con matarse, no vuelve a ver a sus nietos.

—Basta, Vir, tampoco es así.

—Y mucho menos quiero que meta a Paul en esta historia. ¿Entiendes?

Dejándote a ti como un santo y a mí como una gran...

—Está bien. Cálmate, Vir. Volveré hablar con ella.

—Hablo en serio, Antonio.

— *Okey.*

—¿Vendrás el domingo? Es el campeonato de Toño. Escuchaste bien lo que dijo el psicólogo, tenemos que estar juntos en esas actividades.

La actitud de Antonio en la separación fue extraña. Claro, él se sabía el gran responsable de todo lo acontecido y se repetía «el culpable, culpable soy yo», como rezaba la canción. Así lo asumió. Eso hacía que su comportamiento fuera

bastante diferente a su carácter. Se mostraba callado, solícito, hasta humilde, cuando visitaba la casa. Nunca hablaba de la relación de Vir, aunque esta, que lo

conocía como nadie, sabía que lo suyo con Paul le había dolido en el alma. Con

otro hombre le hubiese dolido menos, quizás porque confirmó sus sospechas de

toda la vida. Ese doctorcito siempre estuvo enamorado de su mujer. Faltó que él

hubiera dado un traspie para que el otro hubiese saltado encima de ella. Además,

no se le quitaba de la cabeza la idea de que él había sido quien la puso al tanto de Sandra. Pero, para ser honestos con esa historia, Antonio no hizo nada para ensombrecer la relación de Vir y Paul. Ella la cagó sola.

Trampolín fue tu amor, mujer ingrata

—Lo siento, vine lo más pronto que pude, pero el tráfico estaba... —Vir lo

interrumpió dándole un beso en la mejilla y sosteniéndose de su brazo con mucha fuerza—. ¿Cómo está?

—Está bien, Paul.

Él notó la palidez en el rostro de Vir, con esa forma que tenía de parpadear cuando estaba muy nerviosa, y le dio tanta pena.

—¿Qué dijo el doctor? —le preguntó.

—Que estará recuperado dentro de un par de meses —respondió Vir

sujetándose más fuerte de su brazo hasta casi lastimarlo—. Estará fastidiado por

el yeso. Aunque, gracias a Dios, no hay necesidad de operar ni nada. Y, claro, una vez que le retiren el yeso, hacer terapia de... ¿cómo es?

—Rehabilitación.

—Sí, eso. Para que no quede rengueando.

—¿Dónde está ahora?

—Le están poniendo el yeso y una inyección para el dolor. Yo me puse muy nerviosa, así que se quedó con su papá ahí adentro.

—¿Antonio está aquí? —preguntó Paul con afectada calma.

—Si, felizmente, estaba acá en Lima.

—¿Cómo pasó?

—A la salida se pusieron a pelear en el paradero con unos niños de otro colegio. En una de esas, uno de los muchachos lo empuja a la pista justo cuando

pasaba un camión. Felizmente que era un camión de mudanzas y estaba yendo a

baja velocidad. Si no... ¡ay, Dios mío!

—Calma, Vir.

—Paul es de nunca acabar. No sé qué hacer.

—Quizás esto le sirva de escarmiento. A veces, estos sustos nos cambian la actitud frente a la vida.

—¿Tú crees? ¿Por qué es tan violento? Reconozco que tengo mi carácter, pero

si alguna vez me he peleado con alguien, ha sido solo por defenderme. Igual Antonio. Nunca hemos sido de estar en estas situaciones delante de nuestros hijos, golpearlos delante de ellos, nunca lo hemos agredido a él. Bueno, esa vez

de la cachetada que le di..., pero no más.

—Son etapas, Vir, son...

En ese momento, salió el doctor y le pidió a Vir que pasara para darle las indicaciones correspondientes. Ella entró y Paul se despidió rápidamente, pues consideró que lo mejor, por delicadeza y sentido común, era irse, y así lo hizo.

Mal hecho, Paul, muy mal hecho.

—Mamá, en la carta que recibí de Celia, me invita a que en las próximas vacaciones vaya a visitarla a los EE.UU. Dice que ella pagará los pasajes y hará

sacar mi visa.

A Marita se le paró el mundo cuando Carlitos le dijo eso. Le contestó con una evasiva y comenzó a dudar de si había hecho bien en dejar que los hermanos se

escribiesen. Lo que más la aterraba era que Carlitos no paraba de hablar de irse a los EE.UU. y conocer a sus hermanos.

—¿Y si lo quieren separar de mí, Vir? Quizás sí me odian y quieren eso. Claro,

donde más me duele, donde más me podrían hacer daño: en mi hijo. Ahora lo veo todo claro. Solo sabe Dios todas las maldades que la Meche les habrá contado de mí. Quizás quien ha escrito esas cartas todos estos años ha sido la loca esa. Hasta se me da que esos chocolates que envió una vez y nos hicieron

daño tendrían veneno y que...

—No digas tonterías, Marita. Ahora la paranoica eres tú. Además, ¿quién te va

quitar a tu hijo? ¿Quién podría hacer que tu hijo te deje? ¿Tú crees que es fácil sacar una visa, que te den la residencia? La chica le escribió eso por hacerse la

buena, pero de ahí a que lo haga.

Unos quince días después de recibir esa carta Carlitos, se apareció en la casa una prima de Celia que le llevaba la tarjeta de presentación de un abogado al que

ya había contactado para que realizara los trámites para pedir la residencia a Carlos como hermano menor y poder llevárselo. Incluso le hizo llegar en un sobre una considerable suma de dinero que enviaba para los gastos que fueran necesarios. Aunque, cosa curiosa, en ningún momento, a pesar del carácter afectuoso de la carta, hubo mención que la invitación se hacía extensiva a Marita.

—Y lo peor es, Vir, que él está muy ilusionado. No habla de solo viajar a visitar a su hermana, sino de vivir allá, que cuando termine el colegio, estudiará medicina allá, que no este triste, que los dos iremos y vendremos. Que llevaremos luego a Mica y Antonio, a la tía Vir. Y...

—Renzo no me ama —le decía Clara sonriendo con tristeza—, y yo tampoco a

él. Es bueno y no quiero hacerlo infeliz.

—No te va dejar, sería abandonar a su madre, otra vez. Hasta yo tendría miedo

de que te deje y tú... y tú... ya sabes.

—Morir —la interrumpió—, ¿qué tan malo es? ¿No es una opción como otra más? Si fuéramos verdaderamente libres, podríamos tomar esa decisión sin ser juzgados. Sufro, y creo que solo muerta terminará mi sufrimiento. No lo hago, matarme, por Renzo, por que no sienta que fracasó otra vez.

—¿Y qué hacemos? Busquemos una solución. Por favor. Por ti, por mí, mis hijas, tu hijo y por Renzo.

—¿Qué serías capaz de hacer?

—Todo, quiero mi familia de vuelta, aunque no, no quiero regresar a lo mismo.

Ni como al principio. Quiero comenzar como somos hoy. Tal cual como es él y

tal como soy yo con nuestra edad, nuestro pasado, nuestros problemas y volver a amarnos.

—¿Por qué lo botaste de la casa?

—Cuando lo boté, ya se había hecho todo insostenible. Todos los días se hacía

cargo de sus hijas. Como padre, no puedo reprocharle nada, llegaba en la tarde,

cocinaba la cena y el almuerzo del día siguiente, veía tareas, uniformes, loncheras, todo lo que hiciera falta a sus hijas. Hasta arreglaba la casa. Despedí a la empleada. No era necesaria. Solo que a mí me seguía faltando un esposo.

Quizás estaría esperando que yo hablara primero... No sé... Un día, llegué temprano y comenzamos a conversar, de repente, de nuevo en la cama, estábamos abrazados. En un momento, le comenté que Antonio podía conseguirle un puesto como vendedor en la concesionaría. Ni siquiera me escuchó, comenzó de nuevo a hablar de su juicio y que el laboratorio lo iba a reponer, la indemnización que le darían y tantas estupideces que repitió como un

loco. Ese juicio lleva ya cinco años. Comencé a cuestionarlo, no podía estar amarrado a eso. De repente, se levantó de la cama, se vistió a toda prisa y se fue, tirando la puerta. Desde ese día, me esquivaba de todas las formas posibles.

Cuando yo llegaba a la casa, él salía disparado, ni me miraba la cara. El colmo

llegó cuando enfermé y tuve que quedarme en casa. Era un simple resfriado, pero el estrés al que estoy sometida hizo que se convirtiera casi en una pulmonía.

Las niñas estaban en el colegio. Me desperté y él estaba a mi lado mirándome con tanta ternura que, cuando me pidió que comiera algo, me puse a llorar desconsoladamente, casi a gritos. Él se acercó y me besó, yo lloraba y lloraba, le decía que ya no aguantaba más. Quiso besarme de nuevo y me golpeó con su frente, hice un gesto de dolor y a él... se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dijo: «Ya ves, es por eso que no puedo volver contigo, de todas formas, siempre

terminaré lastimándote». Entonces exploté y, con mucha rabia, le grité: «¡Ya me

tienes harta!, cállate y lárgate de mi casa!». Desde ese día no lo he vuelto a ver, sigue yendo todos los días, pero se va antes de que yo regrese del trabajo.

El día siguiente del accidente de Antonio Jr., Paul llamó tres veces a la casa de Vir para ver cómo estaba el niño, y Vir le respondió lo mismo las tres veces, que

estaba bien, pero que no aguantaba más. «No aguantas más, ¿qué, Vir?». «No lo

sé, Paul».

Durante todo el día, Antonio se había quedado en casa de Vir. Le hizo un gran

dibujo en el yeso a su hijo, de muchos colores, con llantas que echaban fuego y

todo. Vir había olvidado lo buen dibujante que era, lo buen padre que era cuando

quería. Mientras escuchaba los cuentos que le hacía sobre corredores de autos, el

mito de alguien llamado Laura o algo así, Antonio alzó la vista y sus ojos se encontraron. Fue solo instantes, pero Vir se dio cuenta de que era la primera vez

en años que ambos se miraban a los ojos. No había rencor, no había odio y, mucho menos, indiferencia. Vir hizo una mueca que quiso ser una sonrisa y Antonio la imitó, pero bajó la mirada y siguió con su historia. Antes de irse, dejó a los niños dormidos y le dijo a Vir:

—Gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por llamarme, por dejarme estar con Antonio.

—¿Por dejarte ser su padre? Estás en tu derecho. Jamás he puesto en duda tu amor hacia ellos.

—¿Qué vamos hacer con Antonio? Esto se está saliendo de control.

—¿Crees que no lo sé?

—Vir, no estoy peleando. Solo quiero que conversemos.

Y lo hicieron, se sentaron en la sala a la luz de una lámpara y hablaron por horas. De todo, de ellos, de Antonio hijo, de Macarena, nuevamente de ellos.

—No. Estás completamente loco.

—¿Por qué no, Vir?

—¿Por qué no? Yo no podría, yo no quiero. Yo no...

¿Sí tienes quien te quiera más que yo?

Adiós, amor, y que te vaya bien

—No puedes estar hablando en serio, Vir.

—Yo de verdad... lo siento. Pero yo tengo que pensar en mis...

—Por Dios, no digas que lo estás haciendo por tus hijos —la interrumpió Paul

—, por el bien de tus hijos. Porque no solo estarías insultando mi amor por ti, sino, también, mi inteligencia.

—Esto es insostenible, los problemas con... No lo sé, Paul, yo estoy confundida y...

—Tú, nunca en la vida, has estado confundida, Vir. Equivocada, sí, pero a tú retorcida manera pensabas hacer lo correcto aunque fuera la más grande estupidez.

—Yo sé que, diga lo que diga, no tendré...

—Sigue. No te detengas, eso esperas, ¿no? Que yo tenga la amabilidad de no pedirte explicaciones. Pues no lo haré. Dime en mi cara las razones por las que

terminas nuestra relación y vuelves con tu exesposo. Vamos, quiero oírte. Quizás

me convenzas.

—No hagas esto, Paul.

—¿No hacer qué, Vir? ¿Ser cruel, ser egoísta? Pero así son los hombres que te

gustan. ¿No es cierto? Claro, eso fue. ¿No, Vir? ¿Qué debí de hacer para que me

amaras como a Antonio? Debí ser un patán, irresponsable, egoísta, infiel, golpearte, tratarte como a una basura...

—Paul. Por favor.

—¿Por qué renunciaste a tu trabajo? No había necesidad. Yo hubiese renunciado. Total, cuando Antonio vuelva a dejarte, lo necesitarás de nuevo...

—Paul salió de la habitación arrojando la puerta en el corazón de Vir.

Después que murió mi hijo- hablaba la mujer con el retrato de su hijo pegado a

su pecho- Renzo venía a verme todos los días. No tengo una familia unida, además todos somos muy pobres, cada uno trabaja por su día a día. No podían

hacerse cargo de mí. Un día se quedó a dormir en la sala y así se fue quedando,

sin decirnos nada. Yo misma lo votaba, “lárgate” le decía cuando me obligaba a

levantarme de la cama, o insistía por que comiera. Renzo salía por unas horas y

regresaba ansioso, para ver si es que yo no me había matado ya. Después que enterré a mi bebe, solo quería morir, ir a dormir y no despertar jamás. Sé que quiere regresar contigo Karry pero cree que tu no lo necesitas, en cambio yo...si

estoy viva es por él...Sí, ahora que lo veo un poco mejor creo que su mamá pasó

por lo mismo, dice Renzo que cuando se graduó del Instituto, fue el día que más

feliz la vio, como nunca, eso lo debió hacer sospechar porque siempre estaba triste, mientras él hacia planes para el futuro ella solo sonreía, como diciéndole

“mi trabajo ya acabo, tontito”. A los pocos días de su graduación dejó de comer,

quería solo dormir, no podía ni levantarse de la cama. Al igual que hace conmigo, él trató de salvarla, trató con todas sus fuerzas...sé lo que es eso, desear tanto sanar a la persona que amas, pedirle tanto a Dios, creer que ese milagro sería para ti, que eres tan especial, que el cielo te escuchará porque tú lo pides. Se lo que eso. Pensar que mañana estará mejor, que va a sanar, tener esperanzas. Pero no fue así, como él dice: “se le fue como arena entre sus manos”...Murió sin que él pudiese hacer nada... Renzo sospechaba de su mamá

que era prostituta de alto vuelo. La señora era muy discreta, pero él lo sabía, lo callaba o se lo negaba así mismo, y fue la vida que llevó lo que terminó enfermándola, nadie sale de esa vida entera. Alguna vez la vio golpeada, siempre

estaba asustada, recibiendo llamadas todo el tiempo llamadas extrañas o regresando de la calle a medianoche y a esa hora bañarse por casi una hora...

¿depresión?...no...no sé, en esos años nadie le dijo que era, su madre murió sin

que él supiese el por qué, dejó de comer y se dedicó a dormir. ... Tuviste mala

suerte Karry, justo en el momento que tambaleaba tu matrimonio, cuando él se

sentía mal consigo mismo, me crucé en el camino de ambos...cuando me viste

pensaste, ¿por esto me está cambiando?...pero ahí está la telenovela de esto... yo

no quiero a Renzo como hombre, no quiero quedarme con él, no quiero tu marido, yo solo quiero morir. Y él no me deja...porque es bueno, debajo de ese

hombre grande y tosco, es muy débil... fue el destino. Por eso las parejas no deben separarse, si hubieses venido con él a esa pollada, esto no pasaba. A los hombres buenos, como Renzo, hay que estar pegadas como lapas, se les cruza mujeres como yo y te complican la vida... tienes razón, ya lo he pensado también... soy la personificación de su madre.

Virna dejó de trabajar por primera vez en su vida, desde que tenía catorce años.

Entre las múltiples conversaciones que había tenido con Antonio, una de las supuestas razones por las que su matrimonio no había funcionado era por su trabajo. Y, claro, era imposible volver a trabajar con Paul. Antonio ganaba lo suficiente para que ella se quedara en casa y volviera a estudiar, así que hicieron lo conversado. Antonio se mudó de nuevo con ella. Los niños estaban más que

felices de tener a papi de regreso. Pero Vir le pidió, por favor, que utilizara el cuarto de invitados. Todavía no estaba lista para tener intimidad. Esa vez, harían las cosas con calma. Antonio se portó como un marido ideal. Llegaba temprano

del trabajo, se acabaron las fiestas, las reuniones para *hacer relaciones*, los amigos y, claro, las amigas. Salían en familia los fines de semana, juntos, era gentil, amable, responsable. Los niños estaban felices, él estaba feliz, pero Vir...

no lo era.

Antonio la veía observar a través de la ventana con la mirada perdida, buscando en el horizonte algo o a alguien. Pero eso no le preocupaba, pensaba

que solo era cuestión de tiempo. Ella siempre lo había amado. Por muy fuerte que hubiese sido lo que tuvo con Paul, jamás se podría comparar con el amor que ella sintió por él. Pasaron los días, semanas, y las cosas mejoraron.

Estaban

siendo una familia y no podía negar que Vir ponía todo de su parte. Aunque habían cosas que habían cambiado en ella. Eran detalles pequeños, pero que la hacían diferente, parecía como si estuviera adormecida. La vitalidad tan característica en ella se había apagado.

—No estoy lista, Antonio.

—¿Qué pasa, Vir?

—Simplemente, no quiero.

—Dijimos que esta vez sería para siempre, que pondríamos todo de nuestra parte. Necesitamos tener sexo. Es parte importante de una relación. Yo no puedo

vivir así.

—¿No puedes vivir unas semanas sin sexo? Yo he estado meses, hasta casi años sin sexo. Cada vez que te marchabas.

—La última vez no aguantase mucho —Antonio dijo la última sílaba ya arrepintiéndose de lo dicho, pero ya era muy tarde.

—No te atrevas a echarme en cara mi relación con Paul. Y antes que te quede alguna duda, sí me acosté con él. Y no me arrepiento.

—No quiero hablar de eso.

—Me parece bien. Porque yo tampoco quiero.

—Para que esto funcione, olvidaremos el pasado. Tenemos que olvidar el pasado.

—Antonio, ¿crees sinceramente que funcionará? ¿Que solo por nuestros hijos vale la pena hacer funcionar esto?

—Los hijos son suficiente razón para el mayor esfuerzo. Antonio está mucho mejor, su conducta, sus notas. Estamos haciendo lo correcto. Vale la pena este esfuerzo.

—Es que eso está mal, Antonio, esto no debería por qué causarnos esfuerzo.

No debería de haber tantos «deberían». ¿Te has escuchado hablar de nuestra relación? Parece que estás leyendo una cartilla, qué deberíamos, qué no.

—Yo quiero que esto funcione, Vir, por los niños, por ti, por mí también. Me equivoqué con Sandra...

—No quiero hablar de eso.

—Lo que teníamos era perfecto. La cagué, lo sé. Ya no quiero seguir buscando.

Quiero esto, te quiero a ti, a mis hijos, mi familia, envejecer, tener nietos. Morir a tu lado.

—¿Ya no quieres seguir buscando? Todo este esfuerzo es porque el señor ya no

quiere seguir buscando.

—No me enredes, Vir.

—Antonio, estoy cansada, déjame dormir.

Marita se molestó mucho con Vir por la forma en la que había roto con Paul.

Incluso, desde que se conocieron, cuando tenían once años, por primera vez dejaron de hablarse. Inconveniente que no duró mucho tiempo.

—Hola.

—Hola, Vir. ¿Cómo estás?

—Mal, Marita, muy mal.

Virna colgó el teléfono y, a los quince minutos, llegó Marita a su casa, entró de

frente a la cocina, preparó dos tazas de café muy fuerte y, de inmediato, mandó a

los niños al parque. Luego, casi no hablaron. Vir lloró y lloró sin pausa. Jamás

Marita la había visto así.

—No he hablado con él, Vir —dijo muy triste—. Tú sabes cómo es Paul.

Siempre educado. Aunque casi ya no habla conmigo. Está... no sé, supongo que

bien, ha adelgazado un poco. Ha reducido sus horarios en la clínica porque está

dando clases en la universidad y abrió un consultorio por su casa.

—¿Qué hice, Marita? ¿Qué es lo que he hecho?

Después de muchos intentos, Vir se acostó con Antonio y, como ella lo recordaría siempre, fue el momento más triste de toda su relación con él.

Antonio había puesto toda la fe en que su matrimonio se iba arreglar si otra vez

tenían sexo, como si solo eso fuera suficiente. Virna había llegado a un estado en que se sentía como una pluma que es movida por el viento, una hoja en el arroyo

que se deja llevar. Claro, los niños estaban más felices, ella estaba a punto de graduarse. Antonio se portaba bien, pero cuando sintió a Antonio dentro de ella,

hizo un gran esfuerzo para no llorar. Él se había dado cuenta, pero la ignoró, no

se inquietó. «Solo necesita tiempo», pensó él. Mirando a su esposa entrar presurosa al baño, se quedó recostado en la cama, pensativo. Pero ¿y si no era solo eso? ¿Si de verdad su esposa, su Virna, había llegado a enamorarse de otro?

«No es posible», descartó presuroso ese pensamiento de su cabeza. «Solo necesita tiempo. Solo eso».

—Viajo un par de meses a Tacna, me necesitan para un proyecto.

—Está bien. —Virna pensó que no debió de responder tan rápido—. Está bien,

no te preocupes, todo estará bien.

Lo admitió para sí misma con vergüenza, pensó en buscar a Paul en ese momento en el que Antonio estaría ausente, sí, quizás podía... Pero se dijo a sí

misma que no sería justo con él, no era justo. Se había enterado que estaba saliendo con una doctora que había llegado a trabajar a la clínica bastante joven, bonita, educada. Comenzó a repetirse una y otra vez, para sí misma,

que así debía ser el final de esa historia. Ella y Antonio. Paul y esa chica, se casaría, tendría hijos y... Cuando llegada a la última frase, había consuelo porque sabía

que ya tenía esperanzas. ¿De qué podría tener esperanzas Vir?

—No lo puedo creer, Karry —Marita y Virna hablaron al mismo tiempo

—Yo tenía el presentimiento —contestó ella—. Esta prima me había dado la dirección. Hace unos días tomé valor para ir. Y fui, es una casa muy humilde. Y

sí, mi esposo está viviendo con otra. Clara, así se llama. No es lo que parece, ella

es muy diferente a lo que esperaba. Pensé encontrar una mujer joven, una chiquilla, pelos pintados, no esta mujer mayor, canosa, acabada, de aspecto descuidado. Me sorprendió, pensé que era la mamá de... Uno siempre piensa que la otra es más joven o una tipo Sandra, pero no fue así. La mujer no se sorprendió al verme, cuando le dije mi nombre, que era la esposa de Renzo, me

miró de pies a cabeza... Ella a mí, yo, con mi traje importado, zapatos de cuero,

mientras ella vestía unas mallas apretadas, calzaba unas sandalias en sus pies tierrosos. Después de examinarme sin nada de disimulo, me dijo que era tal cual

me imaginaba. Sentí que me insultaba. Luego me invitó a pasar, hablamos casi

toda la tarde. Eran compañeros de colegio. Al poco tiempo de perder el trabajo, a

Renzo lo invitaron a una pollada de una amiga que tenía un hijo muy enfermo y

que estaba haciendo actividades para los gastos médicos. Él fue y retomaron una

amistad, fue el momento en que estuvimos tan mal en casa. La mujer hacía ceviches, comida marina, no sé, bueno... Él se convirtió en un cliente habitual.

Al poco tiempo, el hijo de esta señora murió. Su hijo único. Me contó que entró

en una pena muy grande y que Renzo fue su apoyo en todos esos meses, que si

no hubiese sido por él, ella estaría muerta.

—Pero ¿son amantes? —preguntó Marita.

—Ojalá fuera eso, Marita —contestó Karry—. Es más que eso, más

complicado. Le conté toda mi vida; ella, la suya, y luego hablamos mucho de Renzo. Tanto que tuve miedo que él regresara y me encontrara ahí. Le pedí, por

favor, que no le contara mi visita. Estoy confundida, me obsesioné por muchos

años por ser perfecta, hermosa para él, y él está con esa mujer que es tan.... No

la dejará; por lo que ella me contó es un sentimiento muy fuerte el que los une.

No sé qué hacer...

Es imposible, amor, que yo te quiera

—Virna, necesito hablar contigo, ¿te parece en el restaurant de siempre?

Antonio había llegado hacía dos semanas de su viaje del interior del país, algo

distinto, pero como por esos días ella estaba muy avocada a sus exámenes finales

en la universidad, le restó importancia, casi no habían hablado. Él llegaba muy

tarde y se iba al salir el alba. «Muy trabajador y responsable», pensaba Vir riendo para sí, “el Juan pescado”, cómo cambió, quien alguna vez lo conoció...».

Incluso lo habían ascendido a un cargo aún más importante para abrir

concesionarias en todo el país. Esos viajes eran un alivio para Vir. El último se

prolongó unos meses más de lo esperado. Sí, lo había notado raro, paseándose de

un lado a otro, sin ganas de comer, distinto. «Algo ha hecho». «Ay, mierda, si lo

conoceré como nadie», pensaba Virna. «Algo ha hecho el pendejo, tendrá una amante, se encontró con Sandra, seguro es otra mujer, seguro que se acostó con

alguien por allá. Bueno, pues ojos que no ven...», caviló con tanta indiferencia y

cinismo que sintió pena de ella.

Cuando llegaron al restaurant y se sentaron a comer, se fijó en el temblor de

las manos de Antonio y cómo, una y otra vez, trataba de aflojar un nudo de

corbata inexistente. «Bien», se dijo para sí Vir, «quizás no es nada malo, a lo mejor solo me quiere pedir que me case con él».

—Cuando estuve en Tacna, conocí a una chica y...

—No sé qué hacer chicas. —Karry se sonaba con fuerza la nariz, la tierra en la casa de Clara y sus continuas visitas habían hecho que estuviera todo el tiempo

entre su alergia y su asma—. Ustedes... nadie conoce bien a Renzo, la gente tiene la idea de que es un hombre superficial, arribista, pero no es así. Se enamoró de mí porque es bueno, él vio en mí más allá del aspecto físico, él quería, le gustaba una mujer que lo hiciera reír, a quien proteger... No quiero perderlo, ahora estoy segura... La he visto más veces, voy cuando Renzo no está. La mujer hace meses que no sale de su casa. Cuando murió su hijo, quiso

matarse. Dice que él la salvó, ¿y yo? ¿Quién me salva a mí? No es mala, quisiera

enfrentarla, pero ella es una mujer a la que se le murió un hijo, ¿cómo puedo atacarla, pelear con ella? Soy también madre, la sola idea me estremece y, además, es muy sencilla, triste, se le ve un dolor en los ojos que te desgarran. Ese dolor está en todo su cuerpo, hasta en su forma de caminar; arrastra los pies como si tuviera el peso del mundo en su espalda. Apenas habla, su voz es solo

un murmullo. Renzo está unido a ella... quizás por algo psicológico. Con ella sí

habla de su madre. Dice que le contó, llorando, que su madre se le fue entre las

manos, por más que trató de ayudarla, no pudo... No sé qué hacer...

¿Compartirlo...? ¿El amor se puede compartir? Y ella también lo ha ayudado a

él, lo puso al frente de su negocio, está sacando adelante ese pequeño restaurante que ella dejó abandonado cuando murió su hijo. Eso le dio confianza a Renzo y

un ingreso, lo hizo sentirse bien, útil. Lo ayudó más que yo, en el peor momento

de su vida. Miren lo que estoy diciendo. Me estoy volviendo loca. Ese es el problema, chicas, no hay buenos ni malos momentos en esta historia.

Virna tuvo un conversación con sus amigas, muy tranquila, habló sin lágrimas,

ni gritos, ni nada. Comentó lo de Antonio como se comenta la travesura de un niño...

—Y ahora me dice que se tiene que casar con ella porque la chica está embarazada, que es muy joven, que era virgen, que él fue su primera vez y no sé

qué huevada más. —Sonrió y prosiguió—. Le dije que no había problema con que reconociera al niño y que cumpliera como padre, pero que no me iba dejar,

solo muerto él se casaba con ella. —Mientras Marita y Karry intercambiaban miradas de «esta ya se volvió loca», Virna agregó—: No me miren así, lo que pasa es que ya sé este libreto: nos separamos, lo intentamos con otras personas y, luego..., otra vez juntos. Lo único que estoy haciendo es acortar el largometraje,

eso es todo... Y le estoy haciendo un gran favor a él también. ¿Me va a decir que

va a ser feliz con una mocosa de diecinueve o veinte años...? Eso no durará ni

un mes... ¡Por favor! —Y ante la preocupación de sus amigas, volvió a sonreír.

Lo que vino después fue digno de una película de horror. Al marcharse

Antonio de la casa, Virna sinceramente se trastornó. Para empezar, no le quiso dar su ropa cuando fue a recogerlas al departamento, luego le armó unos escándalos de llamar a la policía en casa de su mamá y en la de todos los amigos

que lo acogieron, hasta que él se escondió en un hotel. Llegó a perseguirlo en los rincones más inimaginables, desesperada por conocer a la muchacha.

«Pero

déjela que encuentre a esa, la agarro de las mechas y...». Hasta Marita y Karry

tuvieron pena de Antonio.

—¿Qué hacemos, Marita?, ¿se lo decimos?

Habían pasado unas tres semanas desde que estalló la bomba. Con el periódico

que tenía el edicto del matrimonio de Antonio con la muchacha, Marita miraba a

Karry muy preocupada.

—Mira, tú y yo sabemos, todo el mundo sabe que lo mejor es...

En ese momento, Virna entró a la habitación con unas revistas de decoración.

—Miren, chicas, voy a comprarme este juego de dormitorio. Cuando Antonio regrese, quiero tener toda la casa remodelada. ¿Y? ¿Qué me iban a decir?

—Nada —dijo Karry—. Nada.

No se sabe cómo, pero Virna se enteró del edicto y del lugar donde se llevaría el matrimonio civil el mismo día, una llamada anónima que después se supo que

había sido la mamá de Antonio para ponerla en sobre aviso. Y no le avisó porque

quería, sino que vio algo en la nueva nuera que le hizo pensar y, con razón, que,

a su lado, su exnuera sería una santa. A las tres y cuarenta y cinco de la tarde de un día sábado, Virna Zavala salió de su casa y manejó el Volkswagen del que, hasta ese entonces, aún no tenía breveté, atravesó toda Lima con la intención de

impedir un matrimonio que se realizaba a la 4 p. m. Mientras se pasaba todas las

luces rojas que se atravesaron en su camino, a manera de película, pasaron por su

cabeza todos los momentos de su vida con Antonio, desde su primer beso, la primera vez que hicieron el amor, la primera vez que cargó al pequeño Antonio.

Cómo lloró cuando nació Micaela. «No, Antonio tú no te casas». Imágenes tras

imágenes. Primero, las alegres y luego vinieron las tristes y las más tristes. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas empujadas por los

recuerdos. «No»,

se repetía a sí misma, «no te casas. ¿Acaso no impediste mi matrimonio con Iván

y luego con...?». Ese nombre no podía pronunciarlo. «No, no te casas». Virna llegó al Municipio con veinte minutos de retraso y encontró a los invitados conversando con una novia muy bonita, pero no vio a Antonio.

—Virna, ¿qué haces aquí? —Era Karry que había ido con Renzo, quien era el testigo de Antonio.

—¿No ha comenzado aún? —preguntó Virna—. ¿Dónde está Antonio?

—No ha comenzado —susurró Karry—. Iba a empezar cuando él, de repente, salió y no sé... El juez está esperando y no aparece.

Virna se iba a acercar a la novia, pero algo se lo impidió, tenía que hablar con Antonio primero. Pasaron cinco minutos y, luego, cinco más y él no aparecía.

Las personas comenzaron a murmurar y la novia, que era igualita a Virna, más

blanquita y un poco más alta, pero por lo demás, igualita, miraba nerviosamente

a todos lados. Vir, al revés de los invitados y de la novia, comenzó a tranquilizarse y pensar. Buscó a Renzo con la mirada y lo encontró saliendo de

una oficina cercana al anfiteatro donde se realizaba el matrimonio. Salió presuroso a la calle, ante un descuido de Karry que la prácticamente tomada de

la mano, por temor que hiciera una locura se escabulló a la oficina donde vio

salir a Renzo. Y ahí encontró a su Antonio, a su esposo, exesposo, al padre de sus hijos, su primer amor, a ese hombretón de casi cuarenta años con todo su metro ochenta de estatura tratando de salir por una ventana pequeñísima que estaba en lo alto de la habitación.

—Antonio, ¿qué mierda haces ahí? —preguntó Vir

—Gracias a Dios, Virna, eres tú —respondió él después de sobresaltarse e incorporarse a medias—. ¿Has traído el auto? He mandado a Renzo por un taxi,

pero si no lo encuentra...

—Antonio —lo nombró Virna—, ¿qué haces ahí?

Él se tambaleaba sobre una silla, puesta sobre un escritorio, en un claro intento

de llegar de nuevo a la ventana, y respondió sin voltear:

—Toda su familia está en la puerta... no puedo salir por ahí...

—Antonio, ¿qué haces ahí? —Virna volvió a preguntar, pero entendió, al hacerlo, que la pregunta era dirigida a ella misma.

—No puedo casarme, Vir, tú tenías razón, no puedo casarme.

—Pero...

—No puedo, la conozco solo hace un par de meses, no sé ni quién es ella. —

Hizo una pausa para tomar aire y continuar—: ¿Sabes cuál es su segundo nombre? Catalina.

—¿Y?

—Recién me he enterado hoy leyendo esos papeles... Me voy a casar con

alguien de la que ni siquiera conozco su nombre completo. Además... —

Antonio volvió a dar un brinco a la ventana y la mitad de su cuerpo se atascó; en

el forcejeo, se quedó con las piernas suspendidas. Ella se lo quedó mirando sorprendida. Mientras Antonio le pedía ayuda, Virna comenzó a sonreír, luego a

reír y, por último, dio unas carcajadas que la hicieron doblarse en dos

—¡Carajo, Vir!, ¡deja de reír! —gritó Antonio aún atascado en la ventana—.

Ayúdame, estoy atorado, empújame hacia fuera.

Virna se acercó con esfuerzo, se detuvo unos segundos y, mientras tomaba con

dificultad sus piernas, en vez de empujarlo hacia fuera, lo jaló hacia adentro.

Antonio pisó en falso y terminó desparramado en el piso, en un rincón. Virna seguía sonriendo, luego se puso seria, muy seria, y le dijo:

—Y pensar que dejé a todo un hombre por ti... Dejé a Paul por ti. —Lo último lo dijo casi murmurando. Antonio no escuchó nada; aturdido del golpe, solo atinaba a sobarse la cabeza.

—Ya levántate —le ordenó.

—Vir, no puedo casarme. —Aún tirado en el piso, respondió—: Tú tenías razón, somos tú y yo, es...

—Cállate, Antonio, y levántate, hace años que triste, lastimosamente, ya no somos tú y yo.

—Virna, no puedo casarme, yo te...

—No me amas —lo interrumpió Virna mientras le daba la mano para que se pusiera de pie—. Y está bien, porque yo tampoco te amo. Una vez nos amamos,

y nos amamos mucho. Ese amor bonito fue bendecido por dos preciosos niños,

pero ahora... —Suspiró, cansada—. Cástate, Antonio, esa chica está esperando un hijo tuyo, se la ve... joven, ingenua, dócil, lo suficientemente ingenua para que se adapte a ti y hacer que funcione.

—Virna, ni siquiera la conozco...

—Déjate de cojudeces, Antonio, a mí me conocías de toda la vida y mira cómo

terminamos... Además —se puso una mano en la cintura y con la otra le levantó

el índice en actitud reprensora—, aún eres el padre mis hijos, y el padre de mis

hijos no es una cobarde. Si no quieres casarte, vas y se lo dices en su cara. Y

sales por la puerta principal, como un hombre, no escabulléndote por una ventana cual cobarde

—No puedo, Vir...

—Sí, puedes — le habló seriamente mientras comenzó a acomodarle el nudo de la corbata y a sacudirle el terno—. Lo que pasa es que, como siempre que tienes que hacer lo correcto, te cagas de miedo, pero sí puedes porque es lo que

debes... —agregó con un tono de voz más dulce. Mientras le seguía

acomodando el traje, comenzó a empujarlo ligeramente al salón—. Vamos,

Antonio, nadie merece que lo dejen plantado en el altar, aunque con eso ella se

fuera a librarse de ti. —Virna se rio—. Mentira, vamos, tú puedes...

La escena no pudo ser más insólita, al menos, para aquellos asistentes que conocían a Vir y a Antonio. Fue casi como si ella lo estuviese entregando a la

novia. Lo dejó a la mitad del pasillo. Antonio terminó de acomodarse el cabello y subió al pequeño estrado improvisado, ante la mirada confundida de la novia

que veía a Vir y a su futuro esposo alternativamente y no entendía nada. Por supuesto que él no dijo que no quería casarse, por cobardía o cordura, pero lo hizo deante de una muy imperturbable Virna que, cuando escuchó la declaración

de que eran ya esposos, sonrió. Y fue en ese momento que sintió, desde el más

profundo, hondo e insondable rincón de su corazón, el deseo de que Antonio fuera feliz, supo, por fin, que su amor por él había muerto.

Karry, después de encajarse otra vez la mandíbula, le preguntó:

—Virna, ¿estás bien?

Ella la miró muy sonriente y exclamó:

—¡Paul!

Salió corriendo del municipio y recorrió las calles a toda velocidad, pero esa vez no había cólera, tristeza ni angustia. Había... había paz, alegría, esperanza...

Reía, y las lágrimas de felicidad aligeraban la carga de sus años, de su vida.

—Paul.

—Hola, Virna. —Él abrió la puerta y pareció no sorprenderse de su presencia.

—Paul, yo quería...

La emoción no dejaba hablar a Virna y Paul solo se la quedó observando.

Cuando Virna iba articular palabra, una mano delgada, delicada, con un enorme

anillo de compromiso en su dedo índice, se posó en el brazo de Paul al mismo

tiempo que la oyó decir:

—Cariño, apúrate, papá quiere hacer un brindis.

—¡Apúrate, novio! —gritaron de adentro.

Virna puso una cara de estúpida increíble. Paul, inmutable, se la quedó mirando muy serio. La joven le sonrió cálidamente.

—Hola —saludó a Vir, y luego volteó hacia él con una sonrisa—. Paul, ¿invitaste a más amigos?

Paul no dijo nada. Fue Vir la que habló:

—No —negó ella, y comenzó a excusarse tartamudeando y mirando al piso—,

yo vine de casualidad, estoy por sustentar mi tesis... en estos días y mi tema...

es de la especialidad del doctor. Quería hacerle una consulta. Pero creo que... que llegué en mal momento.

—Bueno —acotó la muchacha muy amablemente—, estamos en medio de un almuerzo, pero si gustas pasar...

—Julie —la interrumpió Paul mirando fijamente a Vir y sin voltear a ver a su novia—, díles que me esperen un momento.

La joven miró, un poco desconcertada, a ambos e intentó una sonrisa.

—Claro —dijo, pidió permiso y desapareció

Virna pestañaba sin control tratando de sostenerle la mirada a Paul. Él la seguía

mirando fijamente. Cuando Virna trató de hablar, él la detuvo.

—¿Hoy no se casaba Antonio?

—Sí, ya debe de estar casado a esta hora...

—¿Qué haces aquí?

—Yo no... no lo sé. Lo siento, Paul. No debí venir... Yo... no sé qué estaba pensando. Adiós.

Virna se dio media vuelta y, cuando estaba de espalda, Paul agregó algo que ella y su corazón no quisieron escuchar. «Adiós».

A Virna, siempre se la educó en asumir las responsabilidades de sus actos. A

fuerza de repetición, don Chico le inculcó a sus hijos esos pensamientos: «Eres

lo que haces, eres responsable, beneficiario y culpable de tus obras». O como aquellas otras frases que siempre le repetía: «Distendiste la cama, ahora te acuestas en ella»; «Comiste de ese plato, lo lavas»; «Lo rompes, lo repones»;

«Lo enfermas, lo curas». Ella le agregaría a la letanía: «Destrozaste un corazón,

te destrozarán el tuyo». Su único consuelo era pensar que, en cierta forma, era lo mejor para Paúl, se casaba con un mujer más joven, profesional, que le podría dar hijos, que no estaba divorciada, que no tenía pasado ni pasivos que cargar.

Todo en la vida de los dos empezaría de cero, como debería ser. Nada como escribir una historia en una página en blanco, donde está todo a su favor. En cambio, Virna no podía ofrecer todo eso a un hombre tan bueno como él. Ella dejó escapar la oportunidad, no lo solo eso, la rechazó, tiró por un abismo sin fondo su felicidad, pues en ese momento debía asumir las consecuencias.

Además, tenía una nueva vida, solo era ella, a punto de graduarse después de casi doce años de luchar por ese cartón. Tenía a sus hijos, a quienes el matrimonio de su padre los había afectado profundamente. Ella tenía que estar fuerte para sacarlos adelante, y además era valiente. Nunca dejó de hacer frente a las situaciones, por muy adversas que se las presentara la vida, era fuerte, no iba a morir, saldría adelante, y era lo mejor para Paul...En ese punto, se acaban las

consolaciones y venía el llanto.

Pasaron los días, semanas, meses. La vida seguía y Virna, como siempre, se la

cuadró de frente. Pasó con honores la sustentación de su tesis, comenzó a implementar su consultorio dental, se hizo cargo, con la ayuda de una buena psicóloga, de la relación de sus hijos con mucho esfuerzo. Eso último comenzó a

dar pequeños resultados después de mucho intentarlo, como Antonio hijo le habló. Habían establecido la rutina de todas las noches sentarse a conversar los

dos por lo menos diez minutos. Generalmente, ella hablaba y él hacía más

que notoria su molestia, hasta que le respondió.

—¿Por qué se casó con ella? —preguntó su Toñito mirándola molesto.

—¿Cómo?

—¿Por qué se casó con ella? Tú eres más bonita, cocinas mejor y hasta sabes contar chistes. En cambio, esa...

—Esa —lo interrumpió Virna—, se llama Diana, es la esposa de tu padre y futura madre de tu hermano. Trátala con respeto.

—Tú eres mejor...

Virna se acercó a darle un beso, pero él la esquivó con disgusto.

—Y así dices que no me quieres. —Virna sacudió su cabello.

—Nunca he dicho que no te quiero, y no me has respondido.

—Es que no hay respuesta, cariño. O no existe ni existirá respuesta que te consuele, solo las cosas pasan. Tu padre y yo ya no nos amamos, lo intentamos

muchas veces, más de lo que deberíamos, pero no pudo ser. Luego él conoció una mujer que lo puede hacer feliz y tendrá una familia, aparte de la que ya tiene con ustedes, y...

—¿Y tú? —preguntó él bajando la cabeza—. ¿Entonces te quedarás sola?

—Los tengo a ustedes —le dijo Virna sonriendo emocionada por su ternura.

—No, ya tú sabes, te quedarás sola... ¿Y si llamas al tío Paul? Esta vez me portaré bien con él.

Cuando Virna escuchó esas palabras de su hijo, vio la tristeza por ella en sus

ojos y sintió esa ansiedad por su bienestar. Supo con certeza que su hijo sería un buen hombre, noble y sensible, que sus temores de su futuro eran infundados. Sí,

sería un gran hombre.

No me digan que es muy tarde ya

Karry caminaba por las calles tratando de dar con la dirección que sostenía

nerviosamente entre las manos. Cuando se detuvo a ver su imagen en un

escaparate, hizo un gesto de espanto. Tenía el cabello totalmente revuelto, apenas sujeto con una media cola, aún se le notaba la piel pálida como rezago de

su última crisis de asma, la nariz roja, su pijama oculto debajo de una chompa grande que era de Renzo y unas pantuflas. «Si alguien me viera así», pensó y sonrió. Pero esta desapareció cuando lo vio en el interior del restaurante, sentado, muy sonriente con ella.

—Hola, Renzo.

El abrió los ojos y los cerró repetidas veces, como si le diera el sol de frente.

—¿Qué haces aquí, Karry?, ¿aun estas enferma y...!

—¿Eso es lo que me tienes que decir?, ¿solo eso? —Volteó la cara y saludó a su... amiga—. Hola, Clara.

—Hola, Karry.

—Ustedes... ¿ustedes se conocen? —preguntó Renzo atragantándose con su saliva.

—Sí —respondió Karry—, y hoy arreglamos este gran lío que has hecho,

gordo de mierda.

Renzo no salía de su sorpresa, la forma como estaba vestida su elegante esposa, que conociera a Clara, que le dijera lisuras. Karry, su Karry, una chica bien, no hablaba nunca de esa forma. Por mucho tiempo, se quedaron en

silencio. Karry, con los ojos húmedos del resfrío o porque estaba a punto de llorar; él, muy pálido. Extrañamente, Clara era la que estaba más tranquila de los

tres y fue la que primero habló:

—Tú me salvaste la vida, Renzo. Si no fuera por tí, porque en el momento preciso te cruzaste en mi camino, yo estaría muerta. Pero estaré bien. Nunca estaré completa, jamás superaré la muerte de mi hijo, pero estaré bien, por tí, gracias a tí. Y quiero devolverte el favor, hoy. Esta mujer tan hermosa —dijo señalando a Karry—, que te ama, fue a verme a mi casa. No a rogarme que te dejara ni a humillarme o cuestionarme. Me vio, me escuchó y tuvo la nobleza de

ayudarme también, de ver más allá de la mujer que le quitaba el marido. Me ha

llevado por semanas a ver muchos doctores, a psiquiatras, especialistas. Ya sé lo

que tengo y sé también que podré superarlo. —Luego de una pausa, agregó sonriendo—: Sola. No te necesito en mi vida, en cambio, ella, sí. Y tus hijas, también. Podemos seguir siendo socios en el restaurante si quieres. O no sé, decidan ustedes. —Clara se levantó de la mesa y los dejó solos.

Aún en silencio, las lágrimas comenzaron, entonces sí, a caer por las mejillas de Karry, y no era por el resfrío. Luego de unos minutos y de sonarse la nariz de

una manera poco elegante, alzó el mentón y le dijo:

—Mañana mismo... No, hoy... regresas a la casa. Solo sales de aquí por tu ropa y regresas. Como no tienes trabajo, te haces cargo de la casa, de las niñas y de mí. —Comenzó a tartamudear y se agarró las manos que le temblaban para controlarse un poco—. Hoy mismo haremos el amor, por toda la tarde y todos los días hasta quedar embarazada, y te voy a llenar de muchos hijos que tú vas a

cuidar, ¿está claro? O si no... te vas... te vas a...

—Lo que tú digas, Karry —la interrumpió Renzo a la par que recordaba que los ojos de su mujer no eran verdes sino grises, pero que tenían algo de verdes

también.

—Estoy segura, Vir, no es mala chica, su padre le escribió, antes de morir, que

por favor cuidara a su hermanito, diciéndole que Carlitos merecía tener un mejor

futuro y que tratara de protegerlo. Está cumpliendo una promesa, ella ya trabaja

en una empresa muy grande, gana muy bien y se va a casar pronto, hasta quisiera adoptar a Carlitos.

—Es tu hijo, Marita.

—Es la oportunidad de tener un mejor futuro. Yo no podré darle más que el colegio. ¿Y luego qué? Nada más. Un chico tan inteligente, tan bueno, se quedará ahí. Tener secundaria completa será su techo. Yo haría todo por mi hijo,

hasta desprenderme de él si fuera por su bien.

—Marita, debe de haber otra solución.

—Son oportunidades, Vir, únicas oportunidades que se presentan una sola vez

en la vida. Mi hijo tendrá un futuro mejor. Un sacrificio más, el más grande.

—Por favor, Marita, piénsalo...

—Ya tomé mi decisión. Con la misma seguridad que decidí tenerlo, porque quería ser madre, he decidido renunciar a él por su futuro.

Esa mañana muy temprano, Virna se acercó a la universidad a recoger su título.

Llevó a la pequeña Micaela para que compartiera ese momento tan especial con

ella, aunque su hija no tuviera noción de lo que se trataba, que mami, después de

doce años de carrera, de estudiar a sobresaltos y con grandes pausas, por fin tendría su título de cirujano-dentista. La experiencia había sido muy fría, la hicieron entrar a una oficina y firmó varios papeles. Cuando tuvo el cartón en sus manos y la secretaria de la facultad la felicitó, Virna la abrazó sin siquiera conocerla y Micaela se unió a ambas sin tener idea del porqué de tanta emoción.

Al salir, cruzaron la calle. Virna miraba su cartón mientras criticaba para sí lo fea que estaba en la foto y pensaba en jamás colgarlo en su consulta. De repente, Micaela se soltó de su mano en plena pista. Virna salió corriendo tras de ella y,

para su horror, un carro pasó por delante. Paralizada del miedo, vio que Paul

sostenía a Micaela en los brazos mientras la niña lo abrazaba con fuerza. Al ver

la palidez en el rostro de Virna, él le sonrió con ternura.

—No te preocupes, está bien. Mica, no se corre así — dijo Paul con la niña aún

en brazos. Señalando el enorme sobre que Vir llevaba en las manos, le preguntó

—: ¿Qué es eso?

—Mi título —respondió sonriendo—. Por fin me dieron mi título.

Paúl se la quedó mirando y sonrió mientras ponía a la niña en el piso.

—Te felicito, Virna, debes estar muy feliz y orgullosa también.

—Gracias. Paul. —Durante unos largos, muy largos segundos, se quedaron mirando, tanto que a Virna le comenzaron a temblar las piernas y hasta le dio valor para invitarlo a almorzar.

—Solo seremos Marita, Karry y yo, mi mamá... —En ese instante, se acercó la

joven que había visto en su departamento, le sonrió a Virna y le preguntó a él si

ya estaba listo. Paul le contestó afirmativamente, se despidió, dándole un cariñoso beso en la frente a Mica, y dejó a la madre pegada en el asfalto.

—No puedo creer que no me quiera —musitaba entre sollozos y suspiros.

—Tranquilízate, amiga —dijo Marita con voz de consuelo y acariciando sus

cabellos. El almuerzo se había suspendido, mandaron a los niños a jugar al parque y las amigas también lloraban alrededor de Virna.

—Quizás, si... —dijo Karry.

—No puedo creer —repitió Vir con firmeza, sonándose la nariz— que no me quiera.

—Esto no puede terminar así —sentenció Marita—, no es justo.

Y yo sin poderte hablar

La madre de Vir llegó más tarde al almuerzo fallido de celebración, que se convirtió en un concierto de llantos, mocos y babas, donde nadie casi comió. Sus

amigas ya se habían ido llevando los niños con ellas para que Virna descansara.

No se acordó que iría su mamá, quién, como siempre, apenas cruzó el umbral de

la puerta, comenzó a criticar el desorden de la casa y el por qué no abrían las ventanas.

—Todo está muy cerrado y oscuro. —Estaba empezando su discurso de siempre cuando se interrumpió al ver el diploma de Vir, que la autorizaba a ejercer como odontóloga. Se lo quedó contemplando un buen rato y unas lágrimas asomaron por sus ojos—. Tu padre hubiese estado muy orgulloso de ti.

Lo hiciste. Contra todo pronóstico. Hasta yo te apostaba en contra, pero... él sabía que lo harías, siempre decía que, cuando te proponías algo, lo cumplías.

—Doce años tarde —refutó Vir.

—Y tiene más valor. Casada, divorciada, con hijos, trabajando y siendo una dedicada madre. Con todo encima, lo hiciste.

Vir se quedó muda, era la primera vez, que ella recordara, que su madre le brindaba un halago.

—Chico estaría muy contento —continuó doña Olga, sonriendo.

—Lo extrañas, ¿verdad?

—Mucho. —Se quedó pensativa un largo momento, luego agregó, de forma distraída, levantando los hombros—: No me casé estando enamorada, ¿sabes?

Nos conocimos solo tres semanas y nos casamos. Él había ido a Tacna a traer mercadería para la tienda que quería abrir en el mercado de Sáenz Peña. Nos

conocimos... en un bar. Yo trabajaba ahí, estaba tan harta de esa vida que me hubiese ido con el primero que me lo propusiera. Tuve mucha suerte de que fuera él... Salimos y me propuso traerme a Lima. Pensé que, cuando se aburriera

de mí, me dejaría, pero yo ya estaría en la capital. Antes de embarcarnos, me dio

la sorpresa de pasar por el municipio para casarnos, diciendo que de ninguna manera pisaría la casa de sus padres con una mujer que no fuera su esposa, y que

también te registraríamos como su hija... Solo te había conocido dos días antes.

¿Recuerdas algo?

—Un poco.

—Te vio y se volvió loco. «Mi hijita», dijo al conocerte, te cargó y te besó.

Hizo que dieras saltos en el aire. Te recuerdo a ti muy feliz mientras le jalabas la barba. Acepté por eso, tendrías un padre. Ni siquiera me atraía. En ese momento,

supongo que seguía enamorada de tu verdadero padre.

—¿Me vas hablar de él?, ¿cómo era?, ¿cómo se llamaba?

—Se llama Gabriel y era así, bello como un ángel. Tardé en entender que era un ángel caído. Mejor dicho, un auténtico demonio. Lo amé tanto, lo quise con

tanta desesperación... ¿Sabes por qué nunca me gustó Antonio? Porque me veía

en ti reflejada, la forma cómo lo mirabas era tal cual yo lo hacía con tu padre.

Vivía por él, respiraba por él. Dejé a mis padres, hermanos, amigos, a todos, a todo. Hice cosas por él que hasta hoy me avergüenzan... Cuando salí

embarazada, me echaron de mi casa, pues éramos una familia muy conservadora

y respetada en Arequipa. Mi madre nunca me quiso como a sus otros hijos... No

lo sé..., decían que yo, en realidad, era la hija de una amante de mi padre, que

cuando nací me trajeron a casa para que ella me criara. Cierto o no, ella me hizo

sentir que era la única explicación para su falta de cariño hacia mí... Cuando salí

embarazada, creo que hasta se alegró... Siempre decía que era una «mala mujer». Confirmé sus suposiciones. Entonces le sugirió a mi padre mandarme con unas tías al campo y que, cuando naciese, fueses llevado a Lima para ser criado por otros familiares, para que nadie supiese lo que había hecho. No acepté

y, literalmente, me votaron a la calle. Para esto, tu padre se había hecho humo.

«No estoy listo para tanta responsabilidad», me dijo. Su familia, de plata, lo mandó a estudiar a Chile y se fue. Sabía que yo estaba sola con una hija en

brazos, peor igual se fue. Fui a Tacna pensando ahorrar un dinero y seguirlo. Le escribía casi todos los días, por meses, rogándole que viniera a verte. Pensé que, cuando te viera, se enamoraría de ti. Cómo no amarte, con lo preciosa que eras.

A los meses vino, se apareció como si se hubiese por unos días, y yo lo recibí feliz, me dio un dinero y prometió que estaba arreglando todo para estar juntos,

que, cuando terminara su carrera, más adelante estaríamos juntos, pero que ya no

le escribiese porque su familia no se podía enterar que seguíamos viéndonos, malograría los planes. Le creí, se fue y luego, otra vez, meses de silencio. Se apareció un día diciendo que quería reconocerte, trajo muchos regalos para ambas. Antes de ir al municipio para firmarte, salió a comprar cigarrillos y nunca volvió... Por él acepté a Chico, dejé todo y lo seguí, porque sabía que, si

me quedaba ahí, lo esperaría por siempre, esperaría que regresara, que cambiase,

que me amara, que nos amara. Estoy segura de que estaría esperándolo hasta hoy. Con el paso de los años, me enamoré de Chico por muchas razones: el

amor

de él hacia ti; la devoción a nuestra familia; cómo enfrentó a la suya por darnos

un lugar; lo responsable que era, su alegría, generosidad, decencia. Esa admiración se convirtió en amor. Me enseñó que solo se puede amar a quien en

verdad te ama. Solo la persona que te ama merece tu amor. Nadie más. Lo otro

es enfermedad, una locura que termina destruyéndote.

—¿Por qué me cuentas todo esto?, justo hoy.

—Hace unos días se contactaron conmigo unas hermanas, querían hablar de

unas tierras que habían dejado mis padres y necesitaban mi firma para

regularizar papeles. Les dije, por supuesto, que les firmaría lo que desearan, pero no quería saber nada de herencias. Les dejé en claro que mi difunto esposo me

dejó muy bien económicamente, con una bonita casa y negocios. Se alegraron, con nada de disimulo, que renunciara a mi herencia...

Sinvergüenzas. Luego me

dieron la segunda noticia, tu padre está vivo, con un cáncer muy avanzado, y quiere conocerte.

—No quiero. Solo Chico es mi padre. Soy Zavala y punto.

—Se los dije, te conozco. Pero cumplo con contártelo. —La señora sonrió ampliamente, contempló a su hija y quiso recordar en ella algo del verdadero padre, pero no había nada. Vio, en cambio, la manera cómo, sin reflexión, se

negó a verlo, cómo agitó la mano en gesto negativo y de sutil desprecio, el

mismo gesto de Chico cuando algo no era digno siquiera de ser discutido—.

Ahora, a ver cómo te salió ese arroz con mariscos. No me pongas frituras encima, esos chicharrones grasosos que sabes que detesto y el ceviche aparte, esa mala costumbre de mezclar los platos, qué corrientes, nada de gaseosa, si no

hay chicha, no quiero...

—¿Por qué la señora Flores ha pedido una cita tan tarde? —preguntó Paul, mirando con impaciencia el reloj, mientras veía al personal que se retiraba de la

clínica—. Ya es hora de cerrar.

—¡Ay, Paúl! —exclamó Marita pasándole la historia clínica—, ya sabes cómo

es de especial esa señora, y solo quiere que tú, y nadie más que tú, la atiendas.

—Marita hizo una pausa y luego agregó—: Paul, ¿no has hablado con Virna?

—Disculpa, Marita —bajó inmediatamente la vista a los escritos y moduló la voz—, no quiero hablar de ese tema.

—Está bien, lo siento, Dr. P., es solo que... —Marita dio un suspiro dramático,

algo sobre actuado, y continuó—: Fue ella quien prácticamente arrastró a Antonio para que se case, es más, según me cuenta Karry, prácticamente lo...

—Marita, de verdad lo siento —Paul la interrumpió—, pero no quiero hablar

de eso.

—Está bien, Dr. P. —dijo dando otro suspiro—. La señora está esperando en el

consultorio cinco. Terminó de llenar estos papeles y voy a asistirte.

Paul había entrado al consultorio con la cabeza gacha, leyendo la historia, pero

pensando en aquello de lo que no quería hablar.

—¿Me puede atender, doctor?

Al escuchar esa voz, alzó la vista y ahí estaba ella, totalmente desnuda, con su

piel reflejada en siena a la luz artificial de la lámpara, dando un halo a ese cuerpo que él había adorado entre fantasías y realidades desde que la conoció. Recorrió

lentamente sus pies, sus caderas, su regazo, donde la primera vez que se amaron

se había abrazado con ganas de llorar como un niño de tanta felicidad. Siguió subiendo y, al llegar a sus ojos, encontró en esa mirada toda la ternura, la vulnerabilidad, la esperanza, todo lo que él sabía que ninguna mujer podría darle. Se encontró con el verdadero amor.

Marita se había quedado detrás de la puerta, no escuchó palabras, más cuando sintió que ponían seguro a la puerta, sonrió pícaramente y se apresuró a cerrar el local.

—¿Lo dices en serio? —Vir preguntó mientras trataba de incorporarse, a duras

penas, del piso; el sillón dental nos lo resistió, ni el escritorio, así que

terminaron en el piso. Ella se acomodó el cabello, pero él, en un rápido movimiento, volvió

a desordenárselo al estamparle un feroz beso en la frente.

—Lo digo en serio —dijo Paul ubicándose encima de Vir, dispuesto a empezar

de nuevo.

—¿Hace cuánto?

—Dos semanas.

—¡Cuando me viste en la universidad! —exclamó Vir—, ¿verdad?
Terminaste

ese día con ella. Lo vi, no estaba alucinando, yo lo vi.

—Ella terminó conmigo —la corrigió Paul, besando furiosamente sus labios—.

Al parecer, ella también vio lo que tú viste. Cuando el hombre con el cual te vas

a casar se queda inmovilizado y se le llenan los ojos de lágrimas por ver a su ex, no es buen augurio de felicidad. Ese mismo día me devolvió el anillo.

—Yo lo...

—No digas que lo sientes porque no es verdad.

—No lo siento y me alegro con toda el alma. ¿Por qué no me buscaste?

—Porque estaba herido y molesto. Primero, contigo y luego, conmigo. En todo

este tiempo nunca dudé de que tú me amabas, sabía que regresabas con

Antonio

por miedo, obligación. Estupidez. Y me odié a mí mismo por ser tan orgulloso y

cobarde a la vez. ¿Cómo es que no fui capaz de ir a tu casa y romper la puerta a

patadas si era necesario y hacerte ver la realidad? Estuve a punto de perderte por...

—Calla, Paul. Fui yo quien...

—Fuimos los dos, Vir, y hubiésemos perdido ambos. —La besó largamente y,

luego, mirándola a los ojos muy serio, le dijo—: ¿No tienes algo que proponerme?

—Cásate conmigo.

No me digan que es muy tarde ya

Antonio caminaba al altar al lado de la mujer, de la única mujer a quién había amado con un amor puro, incondicional y verdadero. La única mujer a quien jamás falló, a la que nunca hizo llorar, que siempre, a su lado, se sintió segura y amada: su bella hija Micaela, que ese día se casaba con un muchacho que solo

pensaba en la fortuna de ser amado por esa pequeña de voz ronca y mirada alegre. Todos los invitados estaban felices y alegres. La única que lloraba a mares era Virna, veía a su hija del brazo de un orgulloso Antonio y no hacía más

que pensar en que Paul debería estar ahí, cuánto le hubiese gustado compartir ese

momento. Él había sido quien estuvo años ahorrando para el matrimonio de su Mica; desde que cumplió ella los dieciocho quería que su hija tuviera la mejor de

las bodas. Su hija, Micaela Carranza, entraba al lado de su padre biológico, pero

también, al menos en espíritu, el padrastro que la había querido a ella y a su hermano como a sus propios hijos estaba presente, cariño que era recíproco, pues, si algo enturbió la mirada de la más feliz de las novias, era el recuerdo de su padrastro y su ausencia de casi tres años.

Virna y Paúl se habían casado en un matrimonio muy sencillo. Sus familiares y

amigos, que los habían visto sufrir tanto al estar separados, se alegraban de que

se dieran el «sí», y por fin Virna había lucido un anillo que no le pesaba y que la hacía sentir como si todas las piezas de su corazón encajaran. Paúl le prometió

que la luna de miel sería en Atlanta, donde Marielena la esperaba desde hacía doce años. El reencuentro de las dos amigas fue muy conmovedor. Vir conoció a

su esposo Mark y a su hija Vírnela, se arrodilló ante la tumba de su amiga y, como le diría después a Paul, al introducir las manos en su sepultura, sintió la

tierra húmeda y caliente, como eran las de su amiga, como si todo ese tiempo la hubiese estado esperando. Volvió a sentir ese golpe seco y profundo que sintió en su vientre cuando, años atrás, la llamaron para comunicarle que su mejor amiga había muerto dando a luz a su hija. Pero esa vez supo con certeza que nunca habían estado separadas y que se podía tener viva en el corazón a una persona, alimentándola con los buenos recuerdos. Qué bueno había sido

compartir todos esos sentimientos con Paúl, esa fue la primera promesa de las muchas que cumplió, como el de hacerla feliz, el tener sexo todos los días si ella quería, querer como suyos a sus hijos y hasta la promesa de llevarse bien con Antonio por el bien de los niños y de ella también. Cumplió lo último con un poco de renuencia al principio pero... ¡qué mierda!, Antonio era encantador y se

había ganado el cariño de Paul al poco tiempo, también porque Paul, hombre inteligente al fin y al cabo, había entendido que lo mejor era tenerlo de cerca y

de amigo, hasta con el tiempo llegó a presentarle una que otra amiga al tres veces divorciado y escurridizo exesposo de su esposa.

Antonio encontró su desenlace donde empezó su historia, se casó con una mujer muy parecida a Vir en su físico, sus gestos, porte, hasta en la manera de

reír... Y hasta ahí nomás las coincidencias, porque esa nueva Vir, si bien era una

joven de veinte años, tenía la mentalidad de una niña de trece. Al poco tiempo de

casados, Antonio se dio cuenta de que no era un esposo, sino el padre de una adolescente malcriada, berrinchosa, engreída, inmadura, coqueta, malgastadora y, para hacer el paquete completo, tan ociosa como alguien que Vir había conocido en su juventud. A los casi tres meses de matrimonio, la relación se enfrió. A ella le duró un poco más el amor, pero para Antonio fue suficiente para

comprender el gran error que había cometido. Trató de sobrellevar la cosa lo mejor que pudo, el niño lo merecía, pero como bien se lo había dicho la antigua

Vir, de todas las razones por que las que una pareja debía permanecer junta, la

peor excusa era el tema de los hijos. Así que aguantó cuanto pudo y se divorció

sin mucha pena, no sin antes pasar por una serie de peleas que partían, generalmente, por lo infantil y ociosa que era su esposa. Entonces Antonio iba a

contarle a la antigua Vir la última de la nueva Vir: «Imagínate, chata, tanto que

me costó buscarle ese trabajo y la primera semana la despiden porque la señorita

se había ido de farra la noche anterior con las amigas y no le dio gana de ir al trabajo ese día... ¿No quiere estudiar?, que trabaje, ¿no? Todo el día quiere estar

en la casa echada, viendo televisión o hablando tonterías con las amigas por teléfono. Al bebé ni lo atiende. Cuando le dije que me parecía innecesaria una muchacha para que viera al niño estando ella desocupada, casi se muere.

Claro,

si no sabe ni freír un huevo, me hizo un escándalo y...».

Cuando Vir escuchaba a Antonio, no podía negar que, por una milésima de segundo, pasaba por su mirada un rayo de satisfacción, fugaz, pero que la hacía

sonreír. Luego, suspiraba por los remordimientos y aconsejaba a Antonio lo mejor que podía. Si había durado algo ese matrimonio fue por Virna, le daba mucha pena el niño, pero más Antonio. Se decía a sí misma que no debería terminar solo. Hasta que, cuando llegaron a la parte de causarse daño, no encontraron la mejor manera que adornándose la cabeza mutuamente, y en ese plan Antonio encontró un digna rival que se despachó a todo aquel que se le cruzó por delante con tal de que él lo supiera y le prestara atención, pero a su esposo le ganó el aburrimiento más que el desamor y dijo «ya no más». Hicieron

un divorcio larguísimo, lleno de peleas, insultos, amenazas de muerte, de suicidio, porque la bendita no quería dárselo. Hasta que, cosas de la vida, Virna

se la encontró *por casualidad* en la calle, le dio dos bofetadas bien dadas y le dijo que, si no le firmaba los papeles a Antonio, se las vería con ella y de loca, a loca y medio. Nunca se lo contó a Antonio y a Paul, mucho menos. La nueva Vir

firmó los papeles y desapareció de la vida de Antonio. El ex siguió su camino ya

con dos divorcios, manteniendo una amistad bastante buena con la primera ex y

con una orden de alejamiento de la segunda. A la tercera, Antonio quiso buscar

la paz y tranquilidad de una relación madura, se metió con una señorona extranjera que había conocido en uno de sus viajes, muy guapa y elegante, también divorciada y casi de la misma edad que Antonio, hasta un poquito más.

Se fue a vivir al Perú, dejando todo por amor a él, y vivieron en aparentemente

calma por un par de años. Hasta llegó a llevarse muy bien con los hijos de Antonio, a diferencia de la segunda, e incluso con la misma Virna, sosteniendo

una amistad que duró hasta después del divorcio con Antonio. Los problemas vinieron cuando los hijos de la señora fueron tras ella. Ya eran adultos, porque la

señora los había tenido bastante joven. El hijo mayor estaba desempleado, había tenido problemas de adicción y, cuando dejó la dependencia a las drogas, se volvió dependiente de la madre. Metió a Antonio en muchos

problemas cuando

este le consiguió trabajo en la concesionaria, hasta que tuvo que echarlo de la casa, pero se quedó con el segundo hijo, que esperaba terminar la universidad, el

postgrado, casarse y conseguir trabajo a costa del bolsillo de Antonio. Luego, la

hija menor llegó con tres meses de embarazo y convirtió la casa en un infierno.

La señora estaba obsesionada con los hijos, los había dejado muy pequeños al cuidado de una tía. Para ella, trabajar sin descanso, puesto que el padre había desaparecido cuando eran muy pequeños. Entonces tenía un sentimiento de

culpa superior al sentimiento maternal, por lo que no pudo ponerles freno en su

intento de sabotear su matrimonio. Cuando Antonio comenzó a sentirse un

extraño en su propia casa, tiró la toalla antes de empezar el primer round, le dijo a su esposa que estaba muy viejo para lidiar con esas peleas y ella le respondió

que lo mismo sentía ella, que ambos estaban viejos para el amor con

contratiempos y se separaron en buen término. En su conciencia, les quedó la duda de que, dando la lucha, pudo haber funcionado, pero los dos estaban tan escaldados de sus relaciones pasadas que no lo intentaron siquiera.

Paúl, ya con las sienes cubiertas de canas y arrugas en la frente, había bromeado con Vir diciéndole que, ante los continuos desastres amorosos de Antonio, tendrían que terminar adoptándolo para que fuera su hijo de la vejez.

Qué buen hombre era Paul, tanto que, cuando murió, Antonio lo lloró como a

un

hermano. La noche que sufrió el infarto, por alguna razón inexplicable, a la primera persona a quien Virna llamó fue a él. Y aún guardaba en su memoria la

imagen de los Antonios, padre e hijo, cambiando las ropas de su esposo muerto.

Salieron de la habitación con los ojos húmedos y la abrazaron, un gran hombre

se había ido y la había dejado tan sola. Pero si algo le había enseñado la vida y

todos los años que vivió Vir a lado de Paul, fue la tranquilidad de esperar.

Esperar que la pena pasara, no desesperarse por el mañana. Como le decía siempre: «Quien no sabe vivir en sus aflicciones, tampoco sabrá vivir en sus alegrías», así que Virna estaba sobrellevando su pena para poder disfrutar, por ejemplo, ese momento de felicidad.

—No podría estar más hermosa. —Marita interrumpió los pensamientos de Virna. Ella también estaba muy feliz, quién diría que, con los años, el destino las iría a convertir en consuegras. Es que Carlitos era el afortunado novio y futuro

esposo de Micaela. Pobre chico, tanto le encomendaron que cuidara de Micaela

desde que eran niños, que este se lo tomó más que en serio. La libró en la infancia de las más grandes travesuras; en la adolescencia, de sus rebeldías, que

en la juventud aceptó para sí mismo, que la única manera de tener tranquilidad

con ese huracán llamado Micaela era haciéndola su esposa, cosa que a ella le encantó. Lo amaba desde que aprendió a reconocer que él no era su primo de verdad, que no era malo pensar en un futuro juntos y que era muy guapo cuando

se vestía con terno. Carlitos terminó de estudiar en el colegio fiscal de por su casa, se esforzó mucho e ingresó a una universidad nacional a estudiar Medicina.

Para orgullo de su barrio, fue el primer doctor graduado de la zona. Su madre trabajó hasta en tres trabajos para que él se dedicara exclusivamente a sus estudios y terminara con éxito y pronto su carrera. También contó con la ayuda

de su hermana Celia, que ese día había ido de los Yuma a ver casarse a su hermanito pequeño. Por muchos años, en vano, intentó llevárselo, pero él, desde

los once años, había tomado la decisión por Marita. Le escribió, en un extensa carta a su hermana, para explicarle que sin su madre podía, por amor, decirle adiós para que él tuviera un mujer futuro, pero él no estaba listo para hacer eso, alejarse de ella. Marita y Celia se resignaron, después de muchos intentos de convencerlo, por mucho tiempo. Luego comprendieron que a ese niño era

imposible torcerle su voluntad, era un chalaco bravo.

—¿Estás contenta? —preguntó Vir tomando la mano de Marita.

—No podría haber elegido mejor, ya tengo mi propia Vir.

Era cierto, a su manera, Micaela era como Vir: impetuosa, apasionada,

vehemente, pero, a diferencia de la original, gracias, en gran medida, a la influencia de su padrastro, más reflexiva, tranquila, como juiciosa. Y Carlitos, ese joven doctor que se especializaría en enfermedades infectocontagiosas, que sería un reconocido médico como su cuñado Antonio,

la haría muy feliz. La

familia Arteaga también estuvo presente. Cómo no, Renzo, con sus 130 kilos de peso, y su hermosísima esposa Karry pegada como lapa a su brazo, con sus cinco

hijas; las dos mayores ya había pasado por la rinoplastia y estaban tan bonitas como su mami. Karry había tenido mucho éxito en el mundo de la banca, hasta

había llegado a tener cargos ejecutivos muy importantes, pero nada fue

comparado al éxito que tuvo Renzo como esposo, padre y mejor amo de casa del

mundo. Cuando las niñas crecieron, abrió un pequeño restaurante y se asoció a

una querida amiga de la familia, muy cerca de donde vivían para no descuidar la

casa ni a su bella esposa que, cuando podía, le armaba una escena de celos de esas que mantenían vivo el amor de su gran amor.

Todo tiene su final

—Vir —habló Antonio mientras bailaba una salsa de antaño con su exesposa.

—Cuidado, Antonio, me pisaste.

—Perdón, esta maldita pierna...

—Claro, es la gota, ¿no? Sigues chupando los fines de sema...

—Hace meses que no pruebo una gota de licor, Virna —la interrumpió Antonio

haciendo una pausa y murmurando, por un segundo, la canción que bailaban
—.

Vir, estaba pensando...

—¿Qué cosa? —preguntó mientras que, con la cabeza, saludaba a unos
invitados.

—Bueno, ya que tú eres viuda y yo estoy solo, y tenemos nuestra edad,
nuestra

familia, y nos llevamos al menos bien... Bueno... ¿por qué no nos casamos
de

nuevo?

Vir interrumpió el paso y se lo quedó mirando, sorprendida. La impasividad
del rostro de Antonio al hacerle esa pregunta, como quién pregunta si quería
ir a

comer un ceviche luego y no la posibilidad de unirse, otra vez, por siempre.
Vio

sus grandes ojos negros rodeados de arrugas, la fragilidad de su voz, lo
grande

que le quedaba el terno. Luego sonrió con mucha ternura y le respondió
desde el

fondo de su corazón:

—Antonio, vete a la rechoncha de tu...

Fin

Agradecimientos

Al sello editorial Selecta y, en este, a todas las personas que nos permiten cumplir nuestros sueños.

A mi Chabuca, estás conmigo siempre.



Si te ha gustado

No puedo creer que no me quieras

te recomendamos comenzar a leer

Amor del bueno

de *Rita Black*

Capítulo 1

Una extensa nube de polvo, provocada por el tropel del ganado que se dirigía hacia el corral, cubría el camino y dejaba en evidencia los estragos de la sequía.

Don Sebastián se encontraba recargado en la cerca del corral, observando cómo Aureliano, el capataz, guiaba al ganado desde el raquíptico pastizal.

Quien no lo conociera de antaño, al ver aquella impresionante cantidad de reses, habría supuesto que don Sebastián se encontraba en una posición muy holgada; habría pensado, quizá, que se trataba de uno de los hacendados más adinerados de la región.

Pero él sabía que no era así, al menos, ya no; la sequía y una extraña enfermedad del ganado habían acabado con gran parte de sus hatos, y el estío también se había ensañado con las cosechas, de modo que, en lugar de obtener

ganancias, había perdido gran parte de lo que había invertido.

La situación se estaba tornando crítica; cierto que tenía algunos ahorros, su padre le había enseñado a ser previsor y no gastar todo su dinero, pero sabía que

aquellos solo alcanzarían para cubrir sus necesidades y las de su familia por un

corto tiempo, especialmente porque su esposa, doña Conchita, acostumbraba a dilapidar enormes cantidades en vestidos traídos de la capital (cuya tela y diseños eran traídos, a su vez, de Europa) para ella y sus hijas, Concepción y Gertrudis.

No era dado a lamentarse, pero no podía evitar sentirse triste y desmoralizado

al pensar que, si las lluvias hubieran sido generosas, su situación en ese momento podría ser muy distinta.

El repentino toque de una mano sobre su hombro lo distrajo de sus oscuros pensamientos: era su hijo Roberto.

—Vine a ayudar a Aureliano, pero ya casi terminó de meter al ganado.

Su papá sonrió; su vástago era su orgullo. No lo decía abiertamente, pero se sentía muy satisfecho de él: era un joven bien educado, diestro en las labores del

rancho, trabajador e inteligente.

—Ven, vamos a lavarnos para cenar —le dijo, poniendo un brazo sobre su hombro—. Ya sabes que a tu madre le molesta mucho que lleguemos tarde.

El muchacho sonrió; su madre se daba ínfulas de gran señora.

Eran apenas las seis de la tarde, pero ya el pueblo se hallaba sumido en una gran tranquilidad; Concepción, Gertrudis y su madre se fueron a acostar tan pronto dieron por terminada la corta sobremesa.

Don Sebastián y Roberto permanecieron un poco más en la mesa, el primero bebiendo una copa de tequila y el segundo esperando que su padre se marchara a

dormir para hacerlo él también.

—Ayer fui a ver a don Servando, hijo. —Su padre lo dijo en forma

aparentemente casual, sin mirarlo, mientras le daba un pequeño sorbo a la copa.

—¿Sí? —preguntó él joven, sin entender cuál era el punto de su padre y en qué

podría afectarle a él.

Don Servando era el hombre más rico de la región, un señor de carácter recio y

soberbio, basado más en su condición en la vida que en su naturaleza, y a quien

todos los terratenientes, incluido su padre, trataban con un respeto reverencial.

—Estuvimos platicando largo rato. —Hizo una pausa para dar una calada a su

cigarro—. Hijo, tú sabes que la situación es muy complicada: por culpa de la sequía perdimos casi quinientas cabezas de ganado, y la siembra también estuvo

muy pobre. Si las pérdidas fueran solo de este año, tal vez podríamos aguantar,

pero ya llevamos tres años así.

—El año pasado no nos fue tan mal —intervino Roberto, sin saber todavía a dónde quería llegar su padre.

—No, pero tampoco nos fue tan bien como para compensar las pérdidas.

Don Sebastián lo miró a los ojos.

—Hijo, don Servando y yo llegamos a un arreglo: te vas a casar con su hija Regina.

El chico se quedó de una pieza al escuchar aquello, ni siquiera parpadeó; le llevó varios segundos reaccionar, pensando que tal vez había escuchado mal.

—¿Cómo?

—Te vas a casar con Regina Osuna.

El joven palideció.

—Pero, padre, no puedo casarme con ella. Usted sabe que estoy comprometido

con María.

Su padre le lanzó una mirada llena de furia.

—Pues vas a tener que decirle que rompen su compromiso, porque vas a casarte con la hija de don Servando.

No lo pensó demasiado, si se hubiera detenido a considerarlo habría sabido que

era una causa perdida, pero no pudo contenerse:

—Padre, ¿me está pidiendo que falte a mi palabra? ¿Cómo voy a quedar ante

María, ante su familia? Sería una vergüenza. Además, yo la quiero a ella, no a esa muchacha vanidosa y malcriada.

El golpe en la mesa lo sobresaltó, a pesar de que tendría que haber esperado una reacción violenta por parte de don Sebastián. Los platos, vasos y cubiertos

saltaron por el aire y cayeron de nuevo sobre la mesa con gran estrépito.

—¡Te vas a casar con Regina Osuna, y esa es mi última palabra!

Luego se levantó y se dirigió a su recámara con paso imponente sin decir nada

más.

Roberto hubiera querido llorar, si a los hombres les hubiera estado permitido hacerlo. Su padre le estaba pidiendo un imposible.

No tenía idea de los términos del acuerdo al que había llegado con don Servando, pero era evidente que él era parte de este, y eso lo hacía sentir no solo humillado sino furioso.

¿Cómo podría enfrentar a María y decirle que no podía casarse con ella, a pesar de su compromiso? Simplemente, no podría. Más allá de su orgullo herido,

de que su palabra quedaría en entredicho, de que su carácter de hombre sería arrastrado por los suelos, estaba el amor que sentía por ella.

Pensó en Regina Osuna. Tenía fama de ser una de las mujeres más hermosas de

la región; de figura esbelta y elegante, cabello castaño y ojos color miel, atraía las miradas de hombres y mujeres por igual donde quiera que se paraba. Sí, era

muy hermosa, pero él no la amaba.

Selecta

*No
puedo
creer
que no me
quieras*
AMOR Y SALSA

NUNILA DE MENDOZA

Sin importar lo que todos digan, cuando el amor es más fuerte, no hay quien lo detenga. Dos jóvenes enamorados vencerán los dichos y crearán su propia historia.

¡Chim pum!... ¡Callao!

Virna y Antonio son dos jóvenes que viven en el barrio de Abtao, la urbanización colonial de la provincia constitucional del Callao, el principal puerto de Perú. Allí, donde las calles son estrechas e intrincadas, estos chalacos de pura cepa tendrán su historia de amor entre juegos de carnaval con barro, con pintura y hasta con sopa. Acunados por la calle y pertenecientes a la mancha que creció junta, todo Abtao sabe que ellos no solo son dos enamorados,

sino que están destinados a ser novios, esposos y amantes.

Ella, la más bonita, la más vivaz, la más intrépida. Él, el más guapo, el más atleta, el más bacán.

Y como quien tiene experiencia de vida y dice «dos soles no brillan en el mismo

cielo», estos enamorados desmitificarán el dicho y escribirán su propia historia,

la que dejará huella en todo el Callao, la que será leyenda.

Con un estilo fresco, divertido, humano y sensible, estilo al que nos tienes acostumbrado esta autora, Nunila de Mendoza nos cuenta historias de mujeres reales, que luchan por el amor de su vida teniendo como música de fondo la salsa, de la buena y de la dura.

Nunila de Mendoza nació en Lima, Perú, el primero de abril de 1973. Está casada, tiene dos hijos y es odontóloga. Escribe desde hace muchos años cuentos

y novelas de ficción. Es una apasionada de la literatura inglesa romántica y ha sido finalista en concursos de escritura internacionales.



Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Nunila de Mendoza

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las

leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra

por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase

a

CEDRO

(Centro

Español

de

Derechos

Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 97884-17606-06-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[No puedo creer que no me quieras](#)

Nota editorial

Prólogo

El amor solo espera a quien sabe buscar

No puedo, no puedo, no puedo vivir sin tu amor

Qué cosa tan linda, qué cosa tan bella

Y no hago más na´

Qué será, qué será, qué será

Que no me trate como tú, que me ame como tú nunca amarás

Faltaba una razón para este amor... y la inventamos

Quiero volver, mi vida, quiero volver

Qué locura enamorarme yo de ti

Callejón, regresé, solo en ti, la compasión hallé

Qué pena me da, qué pena me da

Amor a medio tiempo

Y tú, loco, loco, pero yo tranquilo

Pa´ bravo yo

De esas que, cuando se agitan, sudan Chanel number three

Quítate tú pa´ ponerme yo

Me gusta, me apetece y me provoca

Casi te envidio por tener otra ilusión

[Trampolín fue tu amor, mujer ingrata](#)

[¿Sí tienes quien te quiera más que yo? Adiós, amor, y que te vaya bien](#)

[Es imposible, amor, que yo te quiera](#)

[No me digan que es muy tarde ya](#)

[Y yo sin poderte hablar](#)

[No me digan que es muy tarde ya](#)

[Todo tiene su final](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nunila de Mendoza](#)

[Créditos](#)

Document Outline

- [No puedo creer que no me quieras](#)
- [Nota editorial](#)
- [Prólogo](#)
- [El amor solo espera a quien sabe buscar](#)
- [No puedo, no puedo, no puedo vivir sin tu amor](#)
- [Qué cosa tan linda, qué cosa tan bella](#)
- [Y no hago más na'](#)
- [Qué será, qué será, qué será](#)
- [Que no me trate como tú, que me ame como tú nunca amarás](#)
- [Faltaba una razón para este amor... y la inventamos](#)
- [Quiero volver, mi vida, quiero volver](#)
- [Qué locura enamorarme yo de ti](#)
- [Callejón, regresé, solo en ti, la compasión hallé](#)
- [Qué pena me da, qué pena me da](#)
- [Amor a medio tiempo](#)
- [Y tú, loco, loco, pero yo tranquilo](#)
- [Pa' bravo yo](#)
- [De esas que, cuando se agitan, sudan Chanel number three](#)
- [Quítate tú pa' ponerme yo](#)
- [Me gusta, me apetece y me provoca](#)
- [Casi te envidio por tener otra ilusión](#)
- [Trampolín fue tu amor, mujer ingrata](#)
- [¿Sí tienes quien te quiera más que yo? Adiós, amor, y que te vaya bien](#)
- [Es imposible, amor, que yo te quiera](#)
- [No me digan que es muy tarde ya](#)
- [Y yo sin poderte hablar](#)
- [No me digan que es muy tarde ya](#)
- [Todo tiene su final](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Si te ha gustado esta novela](#)
- [Sobre este libro](#)

- [Sobre Nunila de Mendoza](#)
- [Créditos](#)



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

